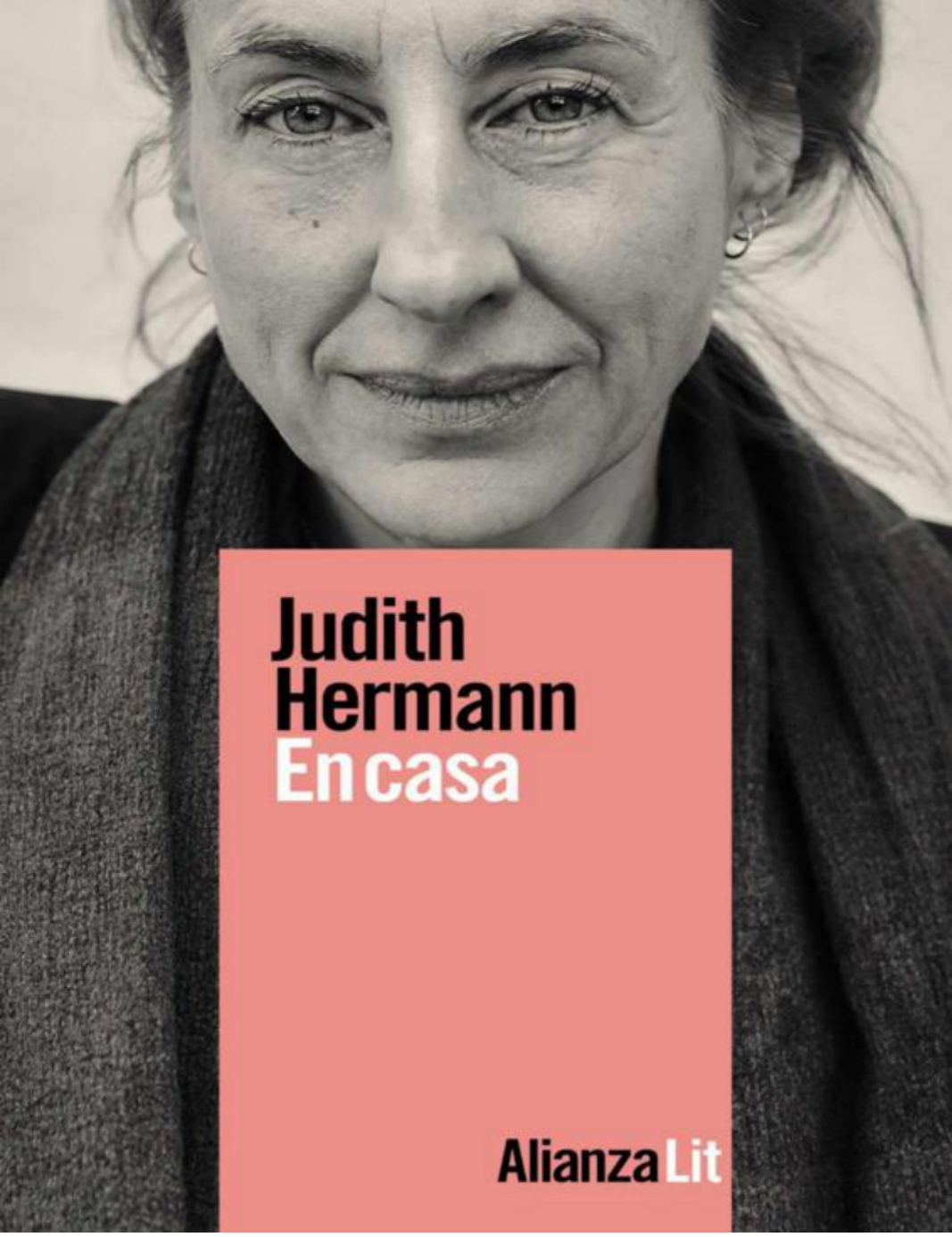
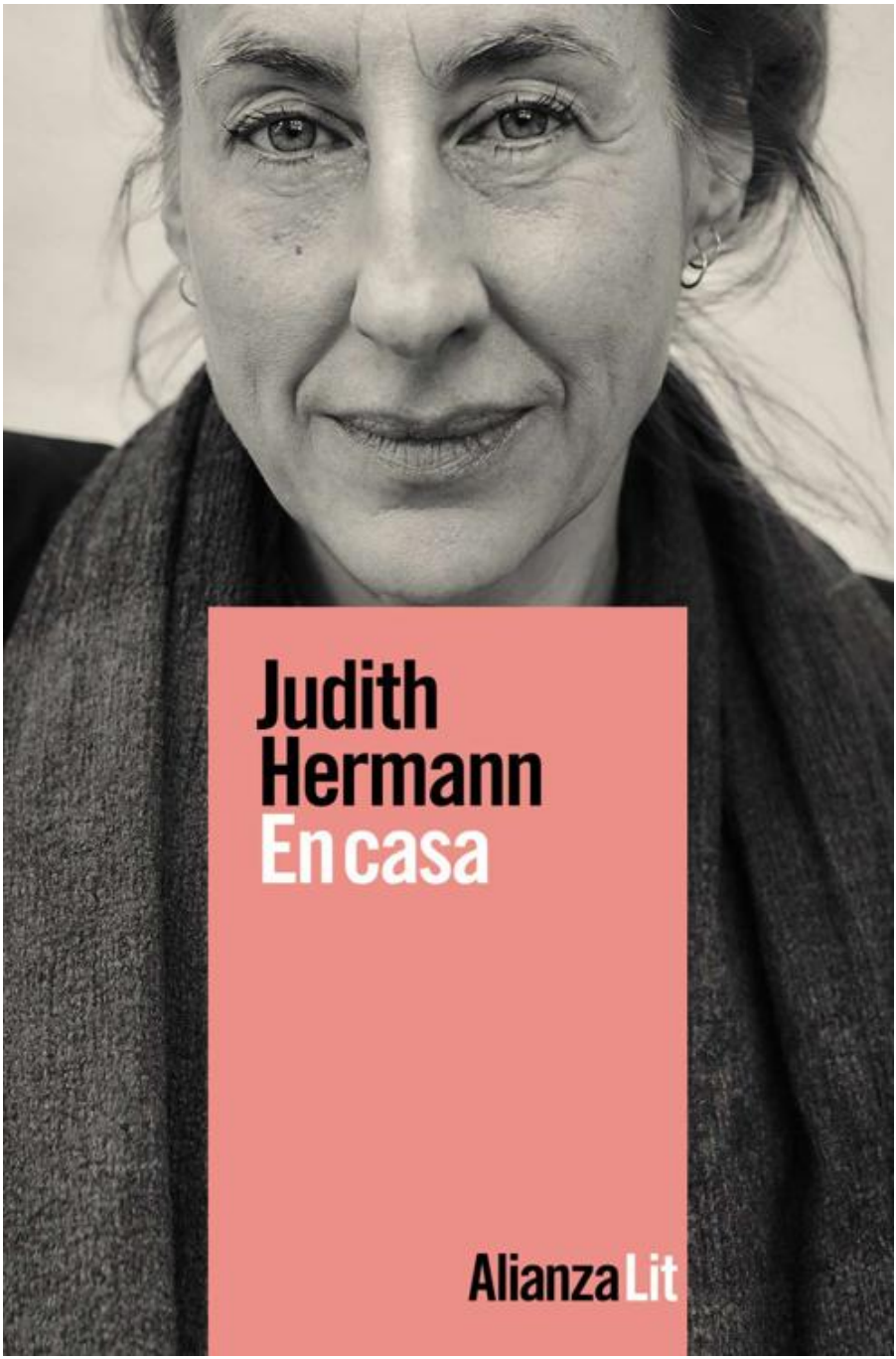


Judith Hermann

En casa

Alianza Lit



Alianza editorial

Judith Hermann

En casa

Traducido del alemán por Eduardo Gil Bera

Para K. y B.,

con mi amor y amistad

Entonces, en aquel verano de hace casi treinta años, yo vivía en el oeste y lejos del agua. Tenía un apartamento de una habitación en una zona de nueva construcción de una ciudad mediana, y trabajaba en una fábrica de cigarrillos. Mi labor era fácil, tenía que controlar que la cinta continua entrara derecha en la cortadora, eso era todo. De hecho, lo hacía la máquina, que tenía un sensor ante el que pasaba zumbando aquella banda de tabaco infinita, y, cuando no entraba derecha, se paraba (como quien choca con la pared, con un topetazo terrible). Muchas veces ese sensor no funcionaba; para eso estaba yo junto a la máquina, vigilaba la banda sin fin y la enderezaba cuando se torcía. De siete a doce, media hora de almuerzo y luego otras tres horas. Muchas veces, miraba para otro lado. Me fijaba en la cortadora, donde la banda sin fin se troceaba en cigarrillos sueltos y de donde caían miles de ellos, todos ésos que se fumaría la gente fuera en la ciudad. Antes del trabajo. En las pausas. Después de comer. Mientras se discute. Mientras dura el amor y después de él.

Humo.

El trabajo en la fábrica de cigarrillos estaba bien. Me mantenía aparte de las conversaciones o, mejor dicho, no me entrometía en ellas. Llevaba tapones en los oídos; las demás trabajadoras no lo hacían y se empeñaban en hablar entre ellas en medio del ruido infernal de aquella nave, yo no podía oírlas por los tapones, pero sí observaba cómo gritaban. Se les ponía la cara roja y brillante, se les hinchaban enérgica y hermosamente las venas del cuello.

Gesticulaban, tenían gestos precisos y escuetos para joder y fracasar, para la ira, para el final de algo, para el triunfo. Reían mucho y se señalaban unas a otras, dándose golpes en los muslos de la risa y enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano. Casi todas eran bastante guapas, a pesar de las batas deformes y las gorras de gasa deshilachada, y a pesar del calor en la nave, que nos dejaba a todas para el arrastre.

En la pausa del almuerzo, tenías que desear buen provecho. En el ascensor, en el pasillo, en la cantina, en la fila de recoger la comida: «Buen provecho». A mí no me apetecía decirlo, lo que acabó por llamar la atención, y me pidieron que fuera al despacho del encargado de turno.

Éste se sentaba tras un escritorio y rodaba con su silla adelante y

atrás.

Me miró de abajo arriba y lo que vio no le interesó particularmente. Asintió, como si hubiera algo que él sabía de todos modos y desde siempre, y bostezó por aburrimiento.

—A ver —dijo—, el saludo del almuerzo es de rigor entre nosotros.

—No entiendo de qué habla —repuse yo.

—Lo entiende usted muy bien —dijo él.

Claro que lo entendía. No entraba en mis planes quedarme en esa fábrica el resto de mi vida, sencillamente no soportaba la expresión «buen provecho».

—Fíjate, es muy fácil —dijo—. Si no eres capaz de desear buen provecho, estás despedida.

No se trataba de la expresión, sino de las reglas y del poder. Reflexioné un momento sobre el tuteo repentino y la temperatura que reinaba en su despacho, aquel recinto donde mataba el rato. Nos miramos fijamente.

Luego me dejó salir.

Por las tardes solía sentarme en mi balcón, en el quinto piso. Uno de los inquilinos anteriores dejó sus macetas, y en ellas crecían plantas que nunca había visto antes; delicados tallos verdes con flores blancas como cabezas de cerillas. Nunca las regué, pero allí estaban. El suelo era de césped artificial, había una mesa plegable y una silla, y la vista daba a la carretera de salida y a la gasolinera.

Me gustaba mucho ese panorama.

El anuncio de neón azul de la gasolinera, los coches entrantes y salientes, los maceteros con flores tristes envueltos en papel de aluminio, los sacos de carbón para barbacoa en la puerta. La gente que baja del coche y reposta, pensativa, mientras observa las cifras digitales fundiéndose unas con otras en el contador; entran y hojean los periódicos; compran cerveza, chocolate y caramelos de menta. Me imaginaba que tenían por delante un

largo viaje y llenaban el depósito para irse lejos. Gente de paso. Si les preguntas una dirección, se encogerán de hombros y dirán: «Eh, no soy de aquí, no lo sé, lo siento».

Me sentaba en la silla del balcón, ponía los pies sobre la mesa y fumaba los cigarrillos de la fábrica. Tiraba la ceniza por encima de la barandilla y las colillas en una lata de cola. Fumaba demasiado entonces. Aquel verano hizo mucho calor, por lo que me quedaba allí en ropa interior hasta que ya era tarde y por fin oscurecía. Se iban encendiendo las luces en las viviendas, los faros de los coches centelleaban sobre el asfalto de la calle, el sol se había ido y el calor quedaba, no cedía, se había encajado entre las casas y no daba tregua. Me acostumbré a bajar a la gasolinera a comprar helados.

Con un vestido de tirantes, cogía las llaves y dinero suelto, y bajaba en chancletas. Nunca usaba el ascensor, sino que bajaba por la escalera sofocante y sucia sin encender la luz. Fuera hacía aún más calor, el asfalto estaba reblandecido, por todas partes se veían las ventanas abiertas, se oían las televisiones, las discusiones, los portazos. Los coches rodaban a cámara lenta ante los surtidores, la gente repostaba medio dormida. La puerta de entrada se abría sola y el interior era luminoso y fresco. Siempre sonaba la radio. Abría el arcón de los helados y permanecía el mayor rato posible ante él; luego escogía un corte de nata. Sólo ése, ningún otro, pero siempre hacía como si no pudiera decidirme. La cajera era una mujer de mi edad actual.

Me llamaba poderosamente la atención que estuviese constantemente leyendo, menos cuando tenía que cobrar, que paraba de muy mala gana. Era la misma mujer noche tras noche, pero no intercambiamos una sola palabra en todo el verano.

Una de aquellas noches, dos personas esperaban frente a la caja después de repostar, cargados con patatas fritas, regaliz y tabaco. Yo había pensado esperar junto al arcón abierto y meter los brazos hasta los codos en ese frío seco, pero finalmente lo cerré y me puse a la fila. La puerta de entrada se abrió y entró un hombre mayor vestido con un impecable traje negro. Sus cabellos eran de un blanco impoluto y tenía el rostro curtido, como de madera. Parecía que venía de un funeral de Estado. Le observé entrar por el rabillo del ojo, se colocó directamente detrás de mí y clavó su mirada sin

más ceremonias entre mis pantorrillas desnudas. Noté su mirada y avancé un paso. Aguardó un momento y luego me tocó el codo; yo me di la vuelta.

—Es usted baja —dijo—. Perfecta para mí.

Recuerdo perfectamente su voz: muy suave, bastante clara para un anciano y algo áspera. Puede que hablase con un ligero acento

meridional.

Quisiera recalcar que lo que decía no sonaba ambiguo ni obsceno. Estaba siendo irónico, no tenía sentido. No soy de baja estatura, de hecho, mido un metro y setenta y siete centímetros. ¿Acaso eso es ser baja? Lo dudo, y así se lo dije.

Él levantó las dos manos con las palmas vueltas hacia mí, la piel callosa y limpia.

—No, desde luego que no. No es usted baja. Tiene una estatura normal, lo bastante baja para mi truco, los pies apropiados y los hombros estrechos.

Necesito una nueva asistente. Creo que es usted la adecuada.

Eso dijo.

—¿La asistente adecuada para qué? —dije.

No pretendía preguntar, en un principio. No tenía interés en hablar con aquel señor, pero antes de darme cuenta ya estábamos charlando.

—Para ayudarme con el truco de la doncella aserrada. Soy mago.

La gente con las patatas fritas, la cerveza y el tabaco desaparecieron de golpe y la mujer de la caja se nos quedó mirando y dijo:

—El siguiente, por favor. Siguiente. Le toca a usted. Un corte de nata,

¿algo más?

—No, gracias —dije—. Disculpe, nada más, eso es todo.

Pagué mi helado. El anciano seguía detrás de mí, apegado de la manera más terca.

—¿Puedo acompañarla un rato? —dijo.

—Tendrá usted que pagar, ¿no?

—No he echado gasolina. La he visto desde la calle mientras paseaba, por eso he entrado.

La mujer de la caja miraba por detrás de nosotros. Sus ojos estaban vacíos. De todas formas, si hubiese necesitado ayuda no habría podido

hacer nada. Abrió de nuevo su libro y se desentendió de nosotros, ofreciéndonos su hombro derecho, su perfil de lectora abstraída, así que salimos juntos.

Se movía deprisa para ser un anciano. Era ágil como un bailarín y más pequeño que yo, algo encorvado, y no parecía un mago.

—Vamos a ver: de ninguna manera puede usted acompañarme —dije.

—Pero ¿no va usted a pensarlo? Es muy sencillo. Sólo tiene que meterse en un cajón, yo la asierro, en apariencia, y luego la ensamblo de nuevo.

Podemos probarlo. Viene usted a visitarme y lo probamos.

Con las manos me iba mostrando los objetos de los que hablaba: el cajón, la sierra, el ensamblado. Yo ya conocía el truco de la doncella aserrada, lo había visto en la televisión. Era prehistórico, lo conocía todo el mundo.

—No estoy segura.

—Lo comprendo, no se preocupe. Mi mujer estará presente y se ocupará de que no le pase nada. Usted sólo tiene que tumbarse. Tendría que ponerse un traje rojo, eso sí. Créame, es muy fácil.

No dije nada. Él miraba por encima de mí a las ventanas iluminadas de los bloques de pisos y sonreía con paciencia y amabilidad. Su traje, probablemente cortado a medida, estaba llamativamente limpio y cuidadosamente planchado; calzaba zapatos de punta de piel de serpiente —

era lo único sospechoso en él—, extravagantes y llenos de polvo.

Escondió las manos en los bolsillos, ya me había enseñado todo.

Por lo visto, él no tenía calor.

Daba una impresión de total serenidad.

—Piénselo tranquilamente. Y luego viene a visitarnos. Calle Stein, número siete. Siempre estamos en casa.

—Lo pensaré.

Sin más, me di la vuelta y me alejé, dejándolo ahí plantado. No volví a casa, caminé en la otra dirección pero caí en que él no tendría por qué

saber dónde vivía. Le quité el envoltorio a mi corte de nata. Se había derretido y se me escurría, así que lo tiré.

Estuve dándole vueltas una semana entera. Ocho horas al día, frente a mi máquina, durante siete días. Luego permanecía en el balcón hasta bien entrada la medianoche, fumando más de lo habitual mientras reflexionaba.

Me extenuaba hasta la locura pensarlo. Al cabo de siete días, me di por vencida y busqué la calle Stein en el mapa. Vivía en la otra punta de la ciudad. No entendía qué se le había perdido por la zona de nueva construcción, ni por qué andaba por aquí con su traje planchado y sus zapatos de piel de serpiente. Necesité un buen rato para decidir qué ponerme. En aquella época, tenía solo un traje rojo y otro azul; me probé primero el rojo, me lo quité y decidí ponerme el azul. Estuve largo rato frente al espejo arreglándome el pelo; me senté a la mesa de la cocina, volví a levantarme y salí. Había decidido ir sólo para darle tregua a mi cabeza.

Cogí primero un autobús y luego otro, anduve largo rato por una calle con bungalós cercados por blancas verjas de madera, todos con sus balancines en el jardín, azaleas en macetas de barro bajo el porche de paja trenzada, los aspersores lanzando un velo de agua arcoíris sobre el césped perfectamente cortado y los caminos cubiertos de grava. A través de las puertas abiertas de los garajes se podían ver desde la calle los coches aparcados frente a montañas de leña perfectamente colocadas. Los habitantes de aquel barrio no eran pobres pero tampoco ricos, eran propietarios, a diferencia de mí.

Sólo llevé conmigo el bolso con la cartera, las llaves, el tabaco y un mechero. No necesitaba nada más en aquel entonces, o al menos suponía que no necesitaría nada más, que podría marcharme enseguida de esa ciudad mediana a otra.

El bungaló del mago era el último de la calle. No parecía distinto a los demás. Detrás de él comenzaban las montañas, terminaba la calle, se convertía en una senda que se perdía entre las retamas. El garaje no tenía coche ni leña. En el jardín había unos árboles de hojas oscuras, casi negras.

Las persianas de las ventanas estaban bajadas, seguramente por el calor. Me paré delante de la casa; a lo mejor no había tomado la decisión correcta, quizá albergaba la esperanza de que no hubiese nadie dentro. Pero entonces se abrió la puerta y salió el mago con sus zapatos de piel de serpiente,

pantalón de traje y camiseta de tirantes. Cuando me vio abrió los brazos para recibirme, estaba claro que se alegraba.

—¡Pase, por favor! Qué bien que haya decidido venir. Me hace usted muy feliz, se lo aseguro.

Así que entré.

¿Cómo habría podido resistirme?

Lo seguí dentro de la casa; me sostuvo la puerta abierta y la cerró con cuidado detrás de mí. El pasillo era estrecho. Señaló una percha en un armario vacío, pero no había nada que yo quisiera colgar en ella. Me condujo a la sala de estar. Tenía un amplio frente acristalado que daba al jardín, ahí las persianas estaban levantadas, pero las puertas cerradas. En medio había un cajón sobre dos caballetes y tres sillas alrededor; en una de ellas se sentaba una mujer. Parecía ser todavía mayor que su marido. Era bastante delgada, llevaba una blusa de seda con cuellos altos y cerrados como una reina victoriana, y su cabello corto, desgreñado y metálico parecía estropajo de acero, al contrario que su blusa. Cuando entré, se levantó, entrelazó sin más las manos a la espalda y no sonrió.

—No es tan pequeña —dijo a su marido.

—Es la apropiada. Estarás de acuerdo en eso —replicó él.

La encontré descortés, y no pude menos que decir:

—¿Por qué no hace usted de asistenta? Usted sí que es pequeña. ¿Por qué no se deja usted aserrar?

Sacó la mano de detrás de la espalda y la agitó como quien dice adiós mientras entrecerraba los ojos.

—Soy demasiado vieja. La gente no quiere ver una cosa así.

—Así es —dijo él—. Tiene razón. Siéntese. Estamos tomando té helado.

Sabía que vendría. Estaba seguro. He esperado un poco, pero sabía que lo pensaría y luego vendría. Hace mucho calor. Bebemos algo y luego comenzamos.

Nos sentamos los tres en torno al cajón y bebimos el té helado, que estaba dispuesto en una jarra en la repisa de la ventana, junto a tres

vasos.

Era como si hubieran sabido de antemano que acudiría aquel día. El té sabía a limón y miel, poco azucarado. Tenía cubitos de hielo. La mujer del mago

los masticaba haciéndolos crujir increíblemente fuerte, uno detrás de otro.

Estaba sentada en su silla y balanceaba las piernas como una niña vieja; era casi una enana. Ladeó la cabeza y me miró.

—¿A qué se dedica usted?

—Trabajo en la fábrica de cigarrillos —dije.

—Fumará.

—Claro.

—Tendrá usted familia.

—No.

—Alguien que la espere, alguien para quien tenga que hacer algo.

—No, nadie para quien tenga que hacer nada.

—Sus padres.

—Ya no tengo.

Tenía a mi madre y a mi hermano, pero no pensaba que eso fuera de su incumbencia. No sabía por qué quería saber si había alguien de quien tuviese que ocuparme, y pensé que, si me preguntaba si había comentado que acudiría hasta allí, me levantaría y me marcharía. Pero no preguntó más. Miró a su marido, y este sonrió de esa manera especial y tierna y asintió.

—Sepa usted —dijo él— que iríamos en barco. Juntos los tres: mi mujer, usted y yo. Es un crucero, el MS Aurora. Usted dispone de cabina exterior, puede ponerse en la ventanilla y fumar con vistas al mar. Hacemos tres representaciones a la semana. El barco hace la ruta a Singapur y vuelta.

Dura un trimestre. ¿Qué le parece?

No sabía qué decir. Miré la habitación en derredor: estaba vacía, no había nada personal, nada que me contara algo de esa gente, ni fotos en la pared, ni chucherías en el aparador, sólo las sillas donde estábamos. Y el cajón. Estaba un poco raspado, cubierto con papel barnizado azul y estrellitas plateadas, en medio tenía una rendija, una abertura en la esquina izquierda y dos en la derecha. Nada más. Es probable que el cajón se construyese hace treinta años, pero estaba segura de que ya entonces resultaba ridículo.

El anciano vio cómo lo miraba.

—¿Está usted preparada? ¿Tiene sed? —dijo.

—Estoy preparada. Me gustaría acabar cuanto antes.

—Estupendo. Empezamos enseguida. Ahora mismo.

Se levantó y puso su silla junto al cajón.

—En la representación hay una escalera pequeña de revista —prosiguió

—. Usted sube, yo abro el cajón y se mete dentro.

Me quité las chancletas y subí descalza a la silla.

—No tenga miedo —dijo.

—¿De qué voy a tenerlo?

Abrió el cajón; dentro había una manta cuidadosamente doblada, y en un extremo, un cojín arrugado, y en el otro estaban acoplados dos pies de atrezo con zapatos negros de charol.

Señaló primero el cojín y luego los pies de atrezo.

—Eso es adelante, claro, y eso atrás. Usted se echa, pasa su hermosa cabeza por la abertura y esta queda fuera. Empuja usted con sus pies los de atrezo, los mueve un poco, luego yo cierro el cajón y usted recoge las piernas hasta quedar en esa mitad. ¿Entendido?

Se interrumpió, no estaba seguro de si yo le entendía.

—Entendido. Siga.

—Lo mejor es que recoja las piernas hacia un lado. Es estrecho, le ruego me disculpe; no me alargaré mucho. La asierro a usted. Hago la

magia —

dijo ruborizándose, sutil y orgullosamente— y la libero de nuevo. Eso es todo.

Subí al cajón, me tendí y saqué la cabeza por la abertura. El cojín estrujado era asombrosamente cómodo. ¿Quién se habría echado en él?

Empujé hacia fuera del cajón los pies de maniquí con los míos. Él abrió el cajón. Recogí las piernas y me corté en la rodilla con una astilla. El cajón se tambaleaba, yo tenía calor. Su mujer nos miraba de cerca. Parpadeaba como un cuervo.

—Bien —dijo él—. Eso es. ¿Está usted recogida en su mitad?

—Lo estoy.

Sacó de debajo del cajón una lámina de metal y la hizo temblar; sonó como un trueno lejano en un teatro de guiñol.

—En la representación verdadera —dijo—, causamos un poco más de impresión. Es sólo una prueba, para que usted vea de qué se trata y se haga

una idea. ¿Todo bien?

—Todo bien.

Hizo temblar una vez más la lámina de metal; luego la sostuvo sobre la rendija en mitad del cajón, la hundió e hizo como si estuviera aserrando. Yo notaba la lámina en las plantas de los pies; estaba fría y hacía cosquillas.

—En directo hay además niebla. Y música. Y lo hacemos con luz, lo iluminamos. ¿Comprende usted?

—Ajá.

Estaba tumbada boca arriba, con las manos cruzadas sobre el estómago y las rodillas dobladas a un lado. Desde que puedo recordar, he tenido la capacidad de recogerme en mí misma, un caracol que se desliza a su casa, uno de esos arácnidos que se enrollan como una bola. Estaba incómoda en el cajón, no agobiada, pero incómoda, y por un momento pensé que me iba a desvanecer, que me habían echado algo en el té helado y cuando volviera en mí estaría enterrada viva.

Un instante después creí estar realmente partida en dos, no físicamente, más bien en la cabeza. Quizá en el corazón.

Mi corazón estaría partido en dos mitades, yo estaba allí y en otro lugar. En otro sitio muy lejos. Y después eso se pasó. Y tan rápido que pensé que me había equivocado.

Sacó otra vez la lámina del cajón, abrió la tapa, me estiré, metí de nuevo hacia dentro los espantosos pies de maniquí con los zapatos de charol, y salí afuera. Bajé a una silla y de vuelta al suelo. Lo miré todo desde fuera; no podía imaginar que aquello impresionase a alguien, parecía de cumpleaños infantil. De guardería.

—¿Cómo se siente? —dijo la mujer.

—¿Cómo voy a sentirme? —contesté—. Igual que antes. Me siento bien.

¿Por qué me pregunta eso?

Ella desvió la mirada.

—Por nada —dijo—. Tiene usted que poner algo más de su parte. No puede subir y bajar sin más. Debe mantener cierta actitud. Tiene que tomárselo en serio.

—Quiere usted decir que tengo que subir con solemnidad —dije—. Y

descender con solemnidad.

—Ya lo hace —dijo su marido.

Se ve que él sentía la necesidad de intervenir.

—Sé que lo hará bien, la gente estará entusiasmada —añadió—. Les va a encantar.

Me senté de nuevo en mi silla. Para mi asombro, estuvimos sentados juntos un buen rato, pero no hablamos mucho más. Ella se había calmado, y también yo. Mirábamos afuera, al jardín: el viento soplaba entre los árboles y tiraba de sus hojas oscuras, que ya no parecían hojas, sino más bien agua, una especie de agua verde oscuro, negra. Mirábamos los tres al exterior.

Probablemente el jardín no era del mago y su mujer, ni tampoco el bungaló.

Estaban allí de paso, no vivían en ningún sitio, viajaban en el barco con su cajón, de acá para allá. Eran, en definitiva, viajeros.

Reinaba tal silencio en la sala que inmediatamente pensé que me había quedado sorda. Carraspeé y sí me oí.

—¿Qué más trucos hace usted? —pregunté.

Asintió tan servicialmente que casi dolió.

—¡Oh! Trucos con cartas, con pañuelos de colores, con números —dijo

—. También con el pensamiento. Lo leo.

—¿No hace trucos con conejos, ratones blancos o palomas?

Sacudió la cabeza.

—No. Nada de trucos con conejos ni ratones blancos. No se permiten conejos, ratones ni palomas en el MS Aurora.

Me miraba. Yo lo miraba a él. Su cajón era un chiste, pero en torno a él había algo rígido y obstinado. Intenté no pensar en nada. Temía no haber sido lo bastante rápida. Quizá no lo era para él.

—¿Ha estado usted alguna vez mucho tiempo en un barco? ¿Alguna vez ha hecho un crucero?

—No, nunca.

—Un viaje en barco es algo particular. Lo encontrará usted muy hermoso. La vista del mar cada mañana y cada tarde es relajante. Y, cuando sale y se pone el sol, es un regalo.

Extendió su mano seca.

—Diga usted que sí —prosiguió—. Venga con nosotros. Dispone de una semana para recoger sus cosas, salimos justo dentro de siete días. Tendría usted que estar el lunes a las doce del mediodía en la estación, vamos en

tren durante medio día hasta el puerto, zarpamos por la noche. Puede dormir, tomarse un café tranquilamente, hacer sus maletas… Después nos vamos de viaje.

Respiré. Le di la mano; su apretón fue ligero y todo lo contrario a apremiante. Su mujer se levantó. Pensé que diría algo, pero no, se

limitó a ponerse en pie. Sus ojos eran azul oscuro, como las endrinas, sin ningún blanco en torno al iris; entonces no me pareció extraño. Tampoco me sorprendió que no me diera la mano.

A lo largo de la semana siguiente, fui haciendo mi equipaje. Cada día metía alguna pequeñez en mi maleta, y era asombroso cuántas cosas tenía entonces. Iba a la fábrica de cigarrillos, me ponía los tapones en los oídos y hacía mi trabajo; la banda sin fin entró derecha en la cortadora durante cinco días. No deseaba buen provecho; hacía como si lo pronunciara, lo decía sin hacer ruido. Estuve pensando en ir donde el encargado y decirle que lo dejaba y me iba a Singapur como asistente de un mago. Estaba segura de que nadie había mencionado esa palabra jamás en aquel despacho, e igual de segura de que él no me creería. También pensé que podía irme sin decírselo, y acabé por no contarle nada a nadie.

Por la noche, me senté en el balcón. Los coches rodaban hacia los surtidores de gasolina, se detenían, seguían por la carretera de salida, aceleraban y se iban. Los veía marcharse. Miré abajo, a la estación de servicio; pensé que el anciano vendría seguramente otra vez a observarme para asegurarse. Pero no vino, o yo no lo vi.

La mañana de la partida me levanté temprano. Bebí un café y después otro. El cielo estaba lleno de cúmulos; hacía mucho calor, opresivo y sin viento, como antes de una tormenta. Fregué la taza, apagué el calentador, hice mi cama, desenchufé todas las clavijas y cerré la llave de paso del agua. Dejé la maleta en el pasillo ante la puerta, me senté en el balcón y encendí un cigarrillo. Estuve esperando a la lluvia. A eso de mediodía cayeron las primeras gotas, que se evaporaron sobre el asfalto. Olía a polvo húmedo y a plantas.

Sí.

Eso era lo que quería contarte.

Había olvidado la historia del aserramiento de la doncella. No la recordé hasta ahora, casi treinta años después, y ha sido por la casa en el pólder, por Mimi y Arild, y por la trampa para martas. Me he parado delante de ella y el cajón ha vuelto a mí como la imagen de un sueño que se tiene por la noche y se olvida a la mañana siguiente, de repente, totalmente ingrávido, como sale a la superficie un objeto que está bajo el agua y algo lo empuja hacia arriba.

Flota.

Un corcho. O una cuerda.

No fui a Singapur. Hice otro viaje. Conocí a Otis, nos casamos y tuvimos una hija, Ann. Ya es mayor, y nosotros nos hemos separado. Desde hace casi un año vivo en el campo, en la costa oriental, cerca de mi hermano, que viajó mucho de joven, quedó prendado de esta costa y abrió un bar y se compró una casa. Trabajo para él. Podría haberme mudado a su casa, que es grande y tiene varias habitaciones; después de todo, él utiliza sólo dos, pero está en medio del pueblo, que es extraño para mí, y además es imposible convivir con mi hermano. Bastante tenemos con trabajar juntos, y, aunque sea por razones diferentes, ambos preferimos lo mismo: estar solos.

He alquilado una casa a las afueras del pueblo. Está aislada y en ruinas, es pequeña y se accede por un camino arenoso sin pavimentar que termina en el dique del pólder. Ante ella se extienden campos y praderas hasta el horizonte; por debajo fluye un riachuelo. Una alcantarilla canaliza el agua de la tierra interior al pólder y la conduce de ahí al mar. El agua es marrón y está embarrada, pero en el cañaveral viven cantidad de aves; hay fochas, ratas almizcleras y libélulas.

La casa tiene una cocina, un baño y dos habitaciones, una en el piso de arriba y otra en el de abajo. No uso la de arriba; duermo en la de abajo porque su única ventana da al prado y al agua. Es la primera vez que vivo en una casa.

Vivo sola en una casa.

Al principio, las primeras noches de enero, dormía en ella como una niña. A eso de la medianoche, me iba a la cama, leía un cuarto de hora, entreabría la ventana y apagaba la luz. Sin cortinas, sólo la oscuridad invernal completa y negra. La casa crujía, se expandía. Me dormía en el acto.

Más adelante, al cabo de cuatro o cinco semanas, una noche de febrero me desperté de frío. La habitación estaba helada; fuera corría un viento que sacudía la ventana entreabierta. El viento tenía un desagradable tono elevado, cantaba y parecía estar de manera casi física en el jardín. Me levanté y cerré la ventana; el frío apenas menguó y el viento siguió dentro pese a todo. Salí de la habitación al pasillo. La puerta de la casa estaba abierta de par en par y sobre la tarima susurraban hojas secas. Afuera, la noche era tan negra como si la casa fuese una estación espacial y ella, el universo. Caminé descalza sobre la hojarasca; era espantoso. Empujé la puerta para cerrarla, pesaba más que nunca, se me oponía con una resistencia indescriptible.

Sabía con certeza que la había cerrado cuando me fui a la cama.

La mañana siguiente escribí a Otis: «Anoche la puerta estaba abierta de par en par, la cerré de nuevo y volví a la cama»; pero no era tan sencillo.

Comencé a tener miedo. Mejor dicho, desde esa noche tuve cierto respeto y pensé que sería el precio de estar sola. Puse un pestillo en la puerta del dormitorio. Era desde luego precario y humillante, una mujer de edad que echa el cerrojo a su dormitorio. Pero el temor era más grande y, además, en aquel momento no pensaba dejar que nadie viera ni interpretara el pestillo en mi dormitorio. Me compré en internet varios botes de espray pimienta.

Otis me había traído una pistola detonadora sin cargar, por si hiciera falta.

La puse debajo de la cama junto al espray y una navaja; en la repisa de la ventana coloqué una linterna americana lo bastante sólida como para hundir un cráneo. Pero seguía siendo difícil dormir. Permanecía despierta, escuchaba con atención cada ruido, el viento, la lluvia, los gemidos de la casa, los crujidos de las ramas en el jardín, el rumor de las cañas. Oía el arranque del frigorífico en la cocina y llegué a oír un arañazo aburrido y

apenas perceptible en las vigas. Pero acabé por conciliar el sueño y dormí ocho horas seguidas. Cuando desperté, fuera hacía un día luminoso y la vista de la ventana sobre el agua me hizo feliz.

Escribí a Otis: «El invierno se acaba pronto. Los días son más largos, y podré salir y verlo todo. Me he comprado una bicicleta. ¡Ya te informaré!».

En aquellos primeros meses de enero y febrero, el bar de mi hermano aún seguía abierto. Me quedaba mucho tiempo en la cama, desayunaba tarde y, a mediodía, salía a pasear. Todo estaba gris y quieto, una quietud invernal de suavidad algodonosa, las tiendas del pueblo cerradas, las ventanas selladas con papel de periódico, la playa vacía, las puertas de los quioscos reforzadas con tablas contra los temporales, las pistas de tenis abandonadas y las islas lejanas perdidas como sombras en el aire brumoso. Caminaba hacia el oeste todo lo que podía a lo largo de la costa y luego daba la vuelta.

Por la noche, mi hermano venía de vez en cuando. Yo cocinaba para los dos y cenábamos juntos. Había empezado una historia de amor con una veinteañera. Ella lo estaba matando, y él hablaba sin parar de

ello, apasionado e incoherente como un maníaco.

La chica se llamaba Nike.

Era una especie de niña de familia de acogida y se las sabía todas. Mi hermano Sascha se acercaba a los sesenta y no había estado nunca enamorado. Se hacía raro verlo en ese estado. Me describía los tormentos que le daba Nike y le parecían algo exquisito y precioso. Estaba asombrado por la diversidad de los sentimientos y abismos posibles. Le tenía que pedir que se quitase la chaqueta al menos para cenar; lo hacía con desgana y tragaba cuanto le ofrecía: ensalada, sopa, pudín de chocolate… lo mismo daba. Fumaba entre cada plato y bebía botellines de cerveza sin parar. Yo trataba de hablar con él sobre su bar, para saber cómo era mi trabajo y qué esperaba de mí, pero su local no le interesaba nada. Tampoco yo, ni Otis ni Ann. No nos habíamos visto durante unos años, podía haber preguntado algo. Pero no lo hacía. Le interesaba Nike, y eso era todo. Sin dejar de fumar, se volvía a poner la chaqueta y se iba a toda prisa a encontrarse con ella, a que le diera tormento.

—¿Te importa que me marche? —decía cuando estaba en el pasillo.

Le había contado lo de la puerta de la casa abierta. No le dije nada del espray pimienta, de la pistola detonadora de Otis, del cuchillo ni del pestillo en la puerta del dormitorio.

Lo decía cada vez. «¿Te importa que me marche? ¿Te las arreglarás?»

—Claro que me las arreglaré —decía yo.

¿Qué habría hecho si le hubiera dicho que no me las arreglaba? «Tengo miedo. Estaría bien que estuvieras aquí, que te quedaras conmigo».

Por supuesto, eso nunca lo dije.

*

En marzo, en la casa que está bajando un poco la calle, la única que hay a lo largo y ancho aparte de la mía, se encendieron de improviso las luces al atardecer. En el camino de entrada había un coche sucio aparcado. Una mujer andaba entre la casa y el cobertizo, tendía cuerdas entre los árboles y colgaba edredones de plumas. Apagaba tarde las luces. Por la mañana, antes de salir el sol, ya estaba otra vez fuera y limpiaba las ventanas. En los días que siguieron, barrió las

hojas secas, podó las forsitias, cortó leña y pintó la puerta del cobertizo de rojo sangre de buey brillante. Al cabo de una semana, vino a casa. Llamó golpeando dos veces con la palma de la mano en la ventana de la cocina y la dejé entrar.

Mimi.

«Querido Otis, no podría no haberla dejado entrar. No tuve oportunidad».

Tenía el cabello largo y abundante, oscuro con mechas de plata brillantes y recogido en la nuca con un moño desordenado. Llevaba botas de goma y una bata verde que había ceñido alrededor de las caderas con una cuerda.

Era un poco mayor que yo. Dejó las botas de goma en el pasillo y entró con sus calcetines rojos en la cocina. Le ofrecí té; se quedó hasta la cena y más allá. Tocó todo lo que había encima de la mesa. Absolutamente todo. Mis gafas de lectura, las caracolas, las velas, las tarjetas postales en las que

pegaba collages de artículos de periódicos y fotos, los cuadernos, los lápices. Los limones. Las nueces. Era increíblemente curiosa y ni siquiera lo disimulaba. Cogió el libro que estaba leyendo cuando llamó a la puerta.

—Gerbrand Bakker, ajá. No lo conozco.

Pasó las páginas, lo cerró y lo dejó a un lado con indiferencia. Resultó que era de la zona. Había nacido allí, pero estuvo un tiempo fuera. No tenía hijos, sus tres matrimonios fallaron, como el mío con Otis. Mimi quería volver a su lugar de origen. Conocía a mi hermano, insinuó haber tenido una aventura con él tiempo atrás. Era escultora y pintora. Dijo que hacía una eternidad que no tocaba la arcilla ni el lienzo, pero que ahora había reencontrado sus raíces y estaba emocionada.

Fue lo que dijo. «Estoy emocionada».

Lo enfatizó varias veces y añadió que estaba «bien contenta».

Esa expresión me tuvo perpleja bastante rato.

—¿Dónde están tus raíces? —preguntó.

—¡Oh! Me temo que no tengo —dije—. No me mires así. Es algo

normal. Hay gente que tiene raíces y gente que no las tiene.

Levantó las cejas, frunció los labios y no dijo nada más. Sus ojos de color piedra no eran grandes. Tenía la cara redonda y, en cierta manera, campesina e infantil. Olía a algo fuerte y volátil que, de entrada, no reconocí, pero luego caí en la cuenta: aceite de árbol de té.

Luego insistió otra vez en lo mismo, lo intentó de nuevo.

—¿Qué hay de tu hermano? ¿Tiene raíces él? ¿Tú crees que las ha echado aquí arriba, en la costa? —preguntó.

Aquello de las raíces empezó a sonar raro. Reflexioné un momento sobre su pregunta y finalmente le dije:

—Creo que mi hermano ha arraigado provisionalmente aquí arriba y que en sí tiene tan pocas raíces como yo. Pero hace como si tuviera.

Pareció comprenderlo. Dudó un momento y luego preguntó por lo que quizá desde el principio quería preguntar: el marido y los hijos.

—Mi marido está en la ciudad. Nuestra hija ya es mayor. Está de viaje; de vez en cuando manda mensajes breves por un teléfono vía satélite —dije.

—Algo así como postales electrónicas —añadió amablemente.

—Sí —contesté—. Se podría decir así. Estuvo en el sur y ahora va camino del norte. El último mensaje vino de la zona llana. Igual pasa por aquí. Puede que venga.

Estaba bastante segura de que Ann no iba a venir. En todo caso, no pronto ni en una temporada previsible. No deseaba profundizar en el tema.

Mimi lo comprendió y pasó a hablar de otras cosas, del tiempo, de la comarca, de cómo iba la estación, de los turistas. Dijo que no tendría nada en contra de tomar un vaso de vino. Abrí una botella para las dos y nos la bebimos juntas. Mimi sorbía con gran soltura y expresión muy placentera.

Pasada la medianoche, se fue después de casi siete horas de visita. Se volvió a calzar las botas de goma en el pasillo y dijo:

—En todo caso me alegro de que estés aquí y de tener una vecina.

Le pregunté si, estando aquí sola, había tenido miedo.

Y, por supuesto, me miró como si no tuviera la menor idea de qué le estaba hablando.

—¿Miedo? ¿De qué?

Sacudió la cabeza. No, no tenía miedo. En verano dormía con la puerta abierta. ¿Quién le querría hacer algo aquí? ¿Por qué? Nadie.

—Mi puerta se abrió de par en par por sí sola en medio de la noche. Fue desagradable y encima en pleno invierno. Por eso lo pregunto.

—Eso fue por el viento del oeste —dijo alegremente Mimi—. Abre las puertas, pero no te preocupes por eso. Ya te acostumbrarás al viento del oeste.

Salió a la noche y desapareció.

Entré de nuevo en casa, fregué los vasos y aparté de la mesa la silla donde se había sentado ella. Escribí a Otis: «Desde esta noche, ya no estoy tan sola como estuve todo el invierno pasado. Inesperado, ¿verdad? Se llama Mimi, y supongo que dirías que es un alma cándida».

*

Durante aquella primera primavera, trabajé cinco días por semana en el bar de mi hermano. Estaba en el puerto, fuera del pueblo.

La Cáscara.

Una caseta de tablas sobre unos pilotes. Nunca supe cómo se hizo mi hermano con ella, no quería contarlo. Como fuera, se veía que estaba contento con la caseta, bien contento, por decirlo con las palabras de Mimi.

Hasta donde llegué a saber, mi hermano jamás en su vida se ocupó realmente de nada, nunca se comprometió con nada, no aprendió nada y poco o nada sabía hacer. Era un impostor cuya excelencia consistía en hacer como que lo sabía todo, y la gastronomía parecía ser una buena solución para esa constelación. La caseta era luminosa y grande, con mobiliario sencillo, siete mesas, una barra y una vista hermosa. En verano habría otras cinco mesas en la terraza, decía mi hermano. La primavera venía con retraso, había poco que hacer.

Pasaban turistas aislados, parejas silenciosas, ornitólogos de mal humor, ancianas en grupo, gente que no se quedaba mucho tiempo; comían un trozo de tarta, bebían té y volvían a marcharse.

Mi hermano se pasaba el día entero en un taburete detrás de la cafetera y se comunicaba con Nike con su teléfono móvil. Él le enviaba mensajes interminables. Ella no contestaba o lo hacía con abreviaturas que él no entendía.

«NP TA ODM»

—¿Qué quiere decir «NP TA ODM»? —preguntaba.

Yo conocía esas abreviaturas por Ann.

—Creo que NP significa «No hay plan» y TA «Te amo».

—¿«ODM»? —dijo mi hermano despacio y torpemente.

—¡Ah! «Oh, Dios mío».

Lo dejaba sentado en su taburete y bajaba al almacén, al contenedor de detrás de la caseta, contenta de poder librarme de él. Clasificaba las bebidas, reponía las existencias y anotaba los pedidos. Cuando hizo más calor, podé los arbustos desgreñados de alrededor de la caseta y quité el barro de las tablas de la terraza con la pistola de agua a presión. Hice sopa y la congelé. Encargué pescado para los fines de semana. Quité el polvo de los estantes, fregué los vasos y les saqué brillo. Mi hermano estaba sentado junto a la cafetera y me miraba hacer todo aquello. Me importaba un pimiento su bar, pero no estaba segura de que él lo supiera. Yo quería tener algo que hacer, tenía que ganar dinero, eso era todo.

—Cuando empiece la temporada y pongan a flote los barcos en el puerto, esto se va a llenar. Entonces vendrán los parroquianos. Lobos de mar rudos. Ya verás —decía mi hermano.

—Sí. De momento, parece que no viene nadie.

Seguía ordenando y, en las pausas, me sentaba fuera en la terraza y abría mi libro. Mi hermano venía y se sentaba a mi lado.

—Doderer, escalera Strudelhof —decía.

—Von Doderer, *Las escaleras de Strudlhof* —lo corregía yo.

Él hablaba y yo leía. De vez en cuando venía gente con sus perros

jadeantes y los dejaban orinar en los arbustos.

—¡Joder! Detesto a la gente —decía mi hermano.

El sol se iba poniendo. Yo me iba adentro y comía pan negro con mantequilla y sal.

*

A mi hermano no le entusiasmaba que yo tuviera relación con Mimi. Le desagradaba haber tenido una aventura con ella, y mi relación le hacía imaginar cómo sería si hoy siguieran juntos. Cada mañana, esa mujer poderosa estaría a su lado en la cama, con sus pechos pesados, sus cabellos oscuros con mechas de plata, su cuerda ciñendo la bata, sus manos anchas y sus dedos cortos, sus uñas fuertes y acanaladas como conchas.

—Si supieras qué guapa era Mimi en tiempos —me decía—. Tenía una figura espectacular. Y aquel cabello hermoso y abundante… De verdad que destacaba mucho.

—Eso nos pasaba a todas.

Mi hermano negó obstinadamente con la cabeza. Él mismo estaba convencido de que aún estaba de buen ver. Era alto y delgado y tenía algo de eterno adolescente, pero se le caía el pelo. Tenía los ojos inyectados en sangre y los iris sin brillo, le brotaban de las cejas unas cerdas aisladas y nervudas como tentáculos de peces abisales, las encías se le retraían y bajo el mentón le colgaba un saco de pellejo flácido, como a los pavos. No tenía intención de señalárselo.

Dijo que en su primera cita recogió a Mimi en la granja donde ella creció, una granja de agricultores importantes, gente influyente desde hacía

cientos de años, y que en aquel momento ella estaba visitando a sus padres.

Se subió a su coche y él se puso en marcha, y al cabo de diez minutos ella dijo que parase, él paró y Mimi salió y vomitó.

—Bajó al canal resbalando sobre el culo y echó la pota en las cañas.

Estaba enferma de emoción. ¿Tú has enfermado alguna vez porque saliste con un hombre, o sea, ponerte enferma porque lo encontraste

tan increíble y fabulosamente fuera de serie?

No se interesó por mi respuesta.

Dijo que durmió en casa de Mimi y que, por la mañana, la madre le llevó a la cama huevos revueltos con tocino y una taza grande de té. Pero que finalmente lo envió a la cuadra y tuvo que ayudar a dar de comer a los cerdos, que se pusieron fuera de sí y le daban dentelladas en las perneras del pantalón como perros, se mordían entre sí en el rabo y se lo arrancaban.

Todo estaba lleno de sangre de cerdo, una pesadilla espantosa.

—Yo no estaba hecho para eso. No lo soportaba. Aún viven esos cerdos.

Y todavía existe la granja. Algo realmente asombroso. ¿Quién querría seguir comiendo carne de cerdo en este mundo? ¿Quién querría cultivar un campo seco y drenado? El hermano de Mimi. Él se ocupa de eso. Arild. ¿Ya te ha hablado Mimi de su hermano Arild?

A Mimi le gustaba venir por la mañana y al atardecer. Poco a poco iba haciendo más calor, así que nos sentábamos delante de casa al sol de la mañana y bebíamos té. Ella arrancaba la hierba de entre las piedras y acababa agotada. Me contaba que los troncos de los alisos al borde del canal ante mi casa hacían las veces de marco de la vista del campo, y que es preciso romper las superficies vacías con líneas verticales. Me señalaba el rosa lechoso y el naranja dorado de la banda nubosa que se mecía sobre el negro brillante del campo.

—¿Ves los prados y los canales? Los prados son la colcha de retazos, y los canales son la costura.

Me preguntaba por mi vida en la ciudad, por el trabajo de Otis, por Ann; y yo unas veces esquivaba las preguntas, y otras no. Ella me escuchaba y comprendía con rapidez, pero luego divagaba y decía tópicos y banalidades.

Le pregunté por el tiempo con mi hermano; ella no contestó en un buen

rato, y luego dijo que no creía que fuera de mi incumbencia; tenía razón.

Estar con ella era relajante. Me llevaba por la tarde en sus excursiones en bicicleta. Tenía una horriblemente desvencijada y chirriante con

neumáticos incrustados de barro, en la que se sentaba encorvada como una campesina vieja y con la que, no obstante, se daba paseos dilatados. Me condujo a lo largo del dique interior. A la ida, por encima, y a la vuelta, junto al agua.

Me explicó la pleamar y la bajamar, y también conceptos como *marea muerta, marea viva* y *litoral.* Fue conmigo al indicador de inundaciones del puerto y me explicó hasta dónde nos habría llegado el agua por encima de la cabeza si hubiéramos estado allá en 1967. Señaló a nuestro alrededor.

—Dentro de cincuenta años todo esto no existirá, habrá desaparecido.

¿Tienes un calendario de mareas? Lo necesitas si quieres sobrevivir aquí.

Ignoramos qué está por venir, pero el calendario lo sabe. ¿Bajamar el 6 de septiembre? A las doce horas y diez minutos. —Asintió triunfalmente, como si la sabiduría del calendario de mareas fuera la suya propia.

Me mostró los lugares donde sumergía sus lienzos. Había inventado su propia técnica. Tensaba las telas en marcos estables, los depositaba en el limo del borde de la marisma, dejaba pasar unas cuantas mareas y luego volvía a ver qué había atrapado, qué había grabado el agua en el lienzo.

Solía decir que lo recogería y haría algo con aquello. A veces no era más que un filamento de alga. Otras, fragmentos de mejillones y navajas. Una pinza de cangrejo, una medusa, paja, percebes y quisquillas. Sedimentos y plancton. Pero una vez fue un erizo fosilizado y otra, una estrella de mar perfecta; y una mañana de finales de marzo, el contorno de un pez, una sombra sugerida y desteñida, una pintura rupestre. Mimi corría por la fila doble de postes del espigón hasta los bajíos y nunca tropezaba con la maleza que sobresalía de la fila. Corría y recogía sus lienzos como un pescador sus redes. Yo paseaba por la playa y la observaba. Las conchas crujían y se quebraban bajo mis pies. Mimi llevaba una trenca roja que resaltaba contra el cielo pálido y el limo oscuro donde se cruzaban las huellas delicadas y confusas de las aves. Chorlitejos, archibebes, ostreros, avocetas…

Hacía mucho que no iba a la costa, quizá la última vez fue con Ann y Otis, quince años atrás. A Ann le pareció bellísimo el mar. Me senté en las

dunas y cerré los ojos.

Escribí a Otis sobre el lienzo en el limo y las marcas que dejaba este, y sobre el entusiasmo de Mimi y su observación de que la zona de costa entre mareas es un símbolo, y su vacío, un centro: «La amplitud de marea es la media aritmética de la subida y la bajada de la marea. La fuerza central es la fuerza necesaria para conducir un cuerpo en una trayectoria circular. La desigualdad es la desviación astronómicamente condicionada de un valor de marea perteneciente a una sola marea del valor medio correspondiente. Se distinguen desigualdades en el tiempo y la altura. Tengo que leer un poco más sobre eso. Luego te escribo más».

«Querido Otis, desde que estoy aquí, ya no bebo por la mañana té *darjeeling* con miel, sino té *assam* con leche. ¿Y tú? ¿Qué bebes desde que Ann y yo nos fuimos y te quedaste completamente solo?»

*

A finales de abril, Mimi me habló por primera vez de su hermano Arild.

—Arild es granjero. Se hizo cargo de la finca, el terreno y los cerdos.

Emprendió la tarea de continuar lo que sus antepasados habían empezado.

Nuestros padres tenían algunos centenares de cerdos, Arild tiene casi mil.

Se interrumpió y me miró, aguardando lo que yo tuviera que comentar sobre esa revelación. Pero yo no tenía nada que decir al respecto. No le dije que ya sabía lo de los cerdos por mi hermano.

—Construyó las cuadras, instaló el depósito de purín y modernizó la granja —continuó Mimi—. Se casó con una mujer que le dio a elegir, a la mayor brevedad, entre ella y la familia. Y él se decantó por esa mujer. En contra de la familia y a favor de una furia. Cuando vi a su mujer por primera vez, volví a casa y dibujé una arpía con colmillos. Con tentáculos y colmillos. Tenía que dibujar una arpía y lo hice.

Arild se mantuvo alejado de su familia durante años. Prohibió la entrada en casa a sus padres y a su hermana, hizo su voluntad y les rompió el corazón a todos. Pero, el otoño pasado, esa mujer se marchó de repente.

Recogió sus cosas y desapareció de un día para otro. Todos contuvieron la respiración. Esperaron, pero ella no regresó. Y ahora, según Mimi, quizá se

pudiera ir otra vez a la granja. Quizá fuera posible conversar con Arild y pasar tiempo con él.

—Quiero a mi hermano. Era un rey. Es un rey —concluyó.

Fuimos a principios de mayo, una de mis tardes libres. Hacía calor y los campos exhalaban aroma a manzanilla silvestre, tierra seca y sal.

Pensábamos dar una vuelta en bicicleta a lo largo de la orilla del mar, como siempre, pero Mimi interrumpió la vuelta en el camino que va por encima del viejo dique.

Quizá ya había pensado de antemano que la interrumpiría.

Se bajó de la bicicleta y señaló a la granja que estaba al final del campo, a la sombra de unos chopos altos, como un animal en su nido.

—Ahí está nuestro terreno. Esa es la granja de Arild. Vamos allá y nos tomamos una copa con él —dijo.

Tenía el rostro serio y resplandeciente. Levantó con decisión la bicicleta por encima de la zanja del canal y la arrastró tras de sí entre los tallos de colza. No había llovido en toda la primavera y la tierra estaba ocre, llena de grietas y fisuras profundas, y salía una especie de humo de debajo de las sandalias de Mimi. Pero la colza florecía con su amarillo resplandeciente y sus tallos se veían fuertes. Una vez que se había decidido, toda rapidez le parecía poca. Yo iba sudando y tropezando detrás de ella; no estaba nada segura de si quería tomarme una copa con Arild ni de si estaría a la altura de todo aquello. Hacía años que Mimi no había estado en la granja. Se veía que tenía raíces y estaba fuera de sí.

El silencio reinaba allí. No había nada tirado, todo estaba ordenado, extremadamente limpio, casi muerto. Ya no hablábamos entre nosotras, ni siquiera en susurros. Mimi metió su bicicleta en el granero y me hizo una señal impaciente con la mano izquierda para que la siguiera. Entre los fardos de paja polvorienta, asomaban unos gatos negros diminutos. Oí a los cerdos, su chillido alto y agudo, que venía de la cuadra sin ventanas.

Atravesamos el granero a lo largo del pasillo entre los establos y salimos de nuevo por detrás. Arild estaba de pie junto a la puerta

mosquitera abierta de la cocina. Debía de habernos visto ya en su campo de colza y probablemente pensó en dispararnos. Parecía recién levantado de la cama,

con el cabello aplastado por un lado y las arrugas de la almohada en la mejilla. Sus pómulos era altos y anchos como los de su hermana, pero se le veían arrugas bastante marcadas que en ella no se notaban, aunque era algo mayor que él. Tenía los ojos tan pequeños como si realmente quisiera esconderlos. Llevaba vaqueros y una bonita camisa de franela desteñida. En las muñecas le crecían mechones de vello rubio. Sacó las manos de los bolsillos, cruzó los brazos bajo el ancho pecho y sacudió la cabeza. Por fin, se dio la vuelta y desapareció en la cocina. Para Mimi, eso era una clara exhortación a seguirlo.

Una invitación.

La cocina estaba tan ordenada como la granja. Una sola taza desportillada con el emblema del Manchester United en el fregadero, una cafetera y un calendario de maquinaria agrícola encima de la estufa, eso era todo; lo posible restante estaba recogido en los armarios de pared. En medio de la cocina había una mesa para una familia numerosa, cuya madera desgastada en la cabecera delataba el sitio de Arild. Mimi se sentó en la silla del otro extremo, muy alejada. Estuve un rato sin saber dónde ponerme, y al final me decidí por una silla en medio, entre ellos dos. Él esperó a que me sentara. No estaba claro qué pensaba de nuestra visita.

Abrió uno de los armarios, sacó tres vasos y los deslizó sobre la mesa como discos de hockey sobre hielo. Sacó un tarro del armario y lo dejó en la mesa.

—Albaricoque.

Desapareció. Oímos un abrir y cerrar de cajones, y luego volvió con una caja de bombones rota que deslizó sobre la mesa igual que los vasos.

—A las mujeres les gusta el chocolate —dijo.

Los bombones fueron a parar al regazo de Mimi, que los miró con la cabeza baja, y finalmente los depositó dignamente frente a ella.

Arild se sentó. Olía a forraje de silo y a loción para después del afeitado.

Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de la camisa, lo golpeó para

que saliera uno, lo encendió con un mechero, lo sostuvo entre el pulgar y el índice, aspiró y exhaló el humo. Hacía mucho tiempo que no veía a alguien fumando así. Acusó recibo de mi asombro esbozando una sonrisa de superioridad y luego me ofreció.

—No, gracias —contesté.

Mimi carraspeó.

—Está todo limpio aquí —dijo cortésmente—. Un poco escaso, tal vez.

Estaba sentada derecha como una vela, tenía las mejillas ruborizadas como una niña y el sudor le perlaba la frente. Empujó los bombones alejándolos un poco más, se quitó la chaqueta de punto y levantó su vaso.

—Salud.

—Salud —replicó Arild—. Escaso, es verdad. Tenía que ser así. De otro modo, no había manera.

Levantó su vaso, se apartó con la silla de la mesa, se reclinó hacia atrás, abrió mucho las piernas y arqueó el lomo como antes de una pelea. Sacudió la cabeza hacia el jardín, más allá de la ventana y le dijo a Mimi:

—¿Cómo te va en tu perrera ahí fuera?

Se vio claramente que ella no sabía cómo responder a esa pregunta.

Eso pareció tranquilizar a Arild. Vació su vaso de un trago y se sirvió enseguida otro. Me lanzó una mirada súbita, huraña y sorprendida, como si acabara de fijarse en mí. Se veía que le hubiera gustado preguntar algo más, volver a usar la voz, pero no se le ocurrió nada. Se bebió el segundo vaso y nos sirvió igualmente a Mimi y a mí. Después del cuarto parecía encontrarse en disposición de guiarnos por la casa. No tenía gran cosa que enseñar. En la sala de estar, un sofá de cuero delante de una televisión en la que se arrastraban unos elefantes a través del Serengueti; en el sofá, una manta marrón; en el suelo, un tubo de crema para los pies encima de la programación de la tele. Las estrellas florecían en el salvapantallas de un ordenador encima de un montón de cajas de mudanza en la pequeña habitación junto a la cocina. Eso era todo. Las demás estancias estaban vacías a excepción de alguna que otra de esas cajas. Era como si la casa hubiera sido la escena de un crimen, un baño de sangre, y hubiera acudido todo un equipo a deshacerse de las huellas.

Arild había hecho tabla rasa de manera impresionante.

Volvimos a la cocina y seguimos bebiendo aguardiente. Él trajo cervezas del granero y los gatos negros corretearon detrás de él por el pasillo; dijo que le daba igual dadas las circunstancias, pero que a los gatos no se les había perdido nada en casa. Mimi estaba en pie junto a la ventana de la

cocina y miraba con recogimiento cómo se ponía el sol detrás del dique y los murciélagos salían titubeando de los chopos secos y susurrantes. Los cerdos chillaban desaforados. Mimi subió a las habitaciones de arriba y anduvo rebuscando mientras Arild y yo escuchábamos atentamente, él a los cerdos y yo los pasos de Mimi, y entonces me incliné hacia delante y le puse la mano alrededor del cuello. No sabría decir de qué fue su expresión, si de ataque o de cariño; lo hice sin más, y él cedió. Se rindió a la presión de mi mano como si supiera de antemano que yo lo iba a hacer, que a eso iría a parar, y hasta mucho después no pensé que no se había rendido, sino que se había esquivado.

Mimi volvió abajo con un tocadiscos. Lo instaló en la habitación más grande y trajo a rastras una caja con discos viejos. Arild abrió bruscamente todas las ventanas. Nos descalzamos. Mimi puso a John Lee Hooker, luego a J. J. Cale, *After Midnight,* y entonces se soltó impacientemente el moño y deshizo el trenzado de su cabello blanquinegro. «After Midnight we gonna let it all hang down, after midnight we gonna chugalug and shout, soul gonna be peaches and cream». Arild bailaba en calcetines, con la botella de cerveza en la mano izquierda. Parecía un oso. Me arrinconó en la esquina de la habitación y se soltó la hebilla del cinturón. Tenía las muñecas peludas. Me puse de rodillas. No recuerdo que me hayan tocado de semejante manera nunca, ni haber sido requerida para tales cosas, directa y casi objetivamente. La música sonaba tan alta que seguro que se oía hasta en el pueblo. Fuera pasó despacio un coche, y los faros anduvieron a tientas por la habitación como el haz de luz de un faro.

Mimi se acostó en el sofá de cuero y cruzó los pies descalzos.

—Esto sí que es un exorcismo por todos los diablos y perros del infierno. Quién lo hubiera creído. Quién lo iba a pensar. Voy a descansar un rato, a cerrar un momento los ojos, seguro que os viene bien. Huele a azufre, ¿no os parece?

Suspiró satisfecha, sacó el labio inferior, se sopló el cabello de la cara,

se abanicó con la programación y se dio la vuelta hacia un lado. Los gatos se sentaron en la repisa de la ventana, levantaron las patas y extendieron las garras, se acicalaron largo rato y se acurrucaron cuidadosamente envueltos en sus colas.

Nos fuimos cuando amaneció. Salía el sol, los campos echaban vaho, los murciélagos colgaban cabeza abajo en los chopos y la carretera rural era una cinta interminable de luz rojo pálido. Arild nos acompañó al granero, sacó mi bicicleta me dio un beso y a Mimi le apretó la caja de bombones contra el pecho.

—Me voy a la cuadra —dijo.

Sonó satisfecho. Me lo imaginé abriendo la puerta de la cuadra, resplandeciente y borracho ante sus mil cerdos, saludándolos.

—Nosotras nos piramos, Arild. *So long.* Nos vemos —dijo Mimi con una sonrisa.

Luego bostezó aparatosamente, se estiró y miró a su alrededor inspeccionando el día que hacía. Todo resplandecía.

Montamos en las bicicletas y partimos. No nos dimos la vuelta para mirar.

—La guapa se lleva el beso y la gorda, el chocolate. Así ha sido siempre y así tiene que ser —dijo Mimi.

No podíamos darnos por satisfechas con eso. Tuve que bajar de la bicicleta y empujar un rato, no podía seguir.

—¿Ves? Pues así es entre nosotros, en el campo. ¿A que te gusta un poco?

*

Unas semanas más tarde, un animal se mudó a mi casa. Por la noche, me desperté al oír que corría por el plafón del techo, arrancaba el aislamiento de las juntas, arañaba la madera, corría de un lado a otro y sonaba como si fuera grande. Tal vez había estado todo el invierno y la primavera en casa y ahora se despertaba de su letargo. Al menos sabía que se trataba de un animal, lo cual era menos inquietante que cuando se abrió la puerta de casa en febrero. Me subí a una silla, golpeé con el puño el techo de la habitación y oí que escapaba corriendo. Esperé. Lo sentía trastear en la otra esquina del plafón del

techo. Luego cayó algo pequeño de las grietas de entre las vigas del techo y al día siguiente comprobé que era un excremento. Lo recogí en un vaso y se lo llevé a Mimi. Ella empuñó una lupa y lo observó. Sacudía el

vaso y examinaba el excremento con mucho regodeo y desde todos los lados.

—Es mierda de marta. No te será fácil librarte de ella. Llama a Arild, él sabe qué se puede hacer al respecto —dijo.

Yo no sabía si quería llamar a su hermano por eso. Prefería más bien esperar, pero luego pasaron los días y la marta se ponía directamente fuera de sí por las noches; el excremento que seguía cayendo en la habitación me fastidiaba y el jaleo era excesivo. Así que llamé a Arild. Fue más sencillo de lo que imaginaba.

—Tengo una marta en casa.

—Tengo una trampa para martas. La llevo.

Vino por la tarde y pusimos la trampa detrás de la casa, bajo el techo del cobertizo, por donde, a mi parecer, la marta entraba y salía del plafón del techo entre las tablillas. A dos metros de la ventana de mi cuarto, empecé a imaginar que el animal podría colarse en un descuido por la rendija entreabierta, y entonces la tendría en casa. En mi habitación. En mi cuarto cerrado por dentro. La trampa para martas era una caja alargada con dos aberturas a los dos lados y un balancín en el medio, donde se ponía el cebo.

Cuando el animal entraba, el balancín se inclinaba y caían dos tapas como guillotinas delante de las aberturas. La trampa era completamente neutral, pero emanaba una atmósfera propia, tenía un aura de locura y delirio.

Arild la instaló y yo miré entretanto cómo lo hacía. Puso un buen trozo de tocino en el balancín que, según dijo, había impregnado de hormonas sexuales. Lo dijo sobriamente. No preguntó por Mimi ni hizo la menor mención a la noche en su granja, y yo tampoco la mencioné. Colocó la trampa con cuidado, se puso en pie y se frotó las manos en los pantalones.

—Creo que no tardará mucho en caer.

—¿Qué hago cuando la marta esté dentro? —pregunté.

—Me llamas, vengo y me la llevo.

—¿Y qué harás con ella luego?

Me miró un rato pensativamente y al final dijo:

—La masacraré.

Por lo visto, supuso que el verbo *masacrar* era para mí más accesible que *matar*.

Por la noche estuve despierta y a la escucha del cierre de la trampa. Se cerró a las cuatro menos cuarto. El balancín se inclinó y cayeron las tapas.

El animal se puso terriblemente rabioso durante unos minutos; luego se quedó silencioso y ya no se movió más. Seguí despierta un rato. Me dormí al amanecer y ya no me desperté hasta el mediodía. Tomé un café antes de llamar a Arild, me comí una manzana y bebí otro café más. No podía comer nada, pero al mismo tiempo pensaba que debía tener algo en el estómago antes de llamarlo. Anduve con el teléfono móvil en torno a la casa y bajo el cobertizo. La trampa estaba en su rincón y las tapas estaban cerradas. La golpeé cuidadosamente con el pie, pero no se movió nada; estuve escuchando, pero no se oyó el menor ruido.

Llamé a Arild y se puso más o menos enseguida al teléfono.

—Estoy delante de la trampa y está cerrada. Hay algo dentro —dije.

—Estoy ahí en un cuarto de hora.

Diez minutos más tarde, llegó a la entrada en un Mercedes viejo, bajó, dejó la puerta abierta, pasó ante mí sin saludarme, fue detrás de la casa y se paró justo delante de la trampa. Estaba muy emocionado. Venía con toda evidencia de la cuadra: llevaba un mono azul sucio y unas botas llenas de estiércol, emanaba un olor intenso y fuerte y aún no se había peinado. Era un cazador que había atrapado una pieza. Iba equipado con una linterna y un martillo. Lo encontré irresistible.

—Está bien. Ahora, mantener la calma y actuar despacio.

En la parte de arriba, la trampa tenía una escotilla protegida por una rejilla. Se podía abrir y mirar dentro sin que el animal te saltase a la cara.

Arild abrió la escotilla. No vio nada; la marta debía de ser diminuta y haberse escondido en una esquina. Nos pusimos en cuclillas uno a cada lado y escudriñamos lateralmente la trampa. Él alumbró el interior con su linterna.

Un par de ojos fosforescentes nos miraban desde la esquina. Arild arrastró unas palabras:

—No creo que sea una marta. Más bien no. Podría ser un gato.

Abrió decididamente un lado de la trampa y el felino salió como un rayo; era marrón rojizo y blanco, un espléndido gato de la suerte; era precioso y había desaparecido antes siquiera de admirarlo. Escapó por debajo de los remolques y se alejó por el campo.

Nos pusimos en pie y nos sacudimos el polvo de las rodillas.

—La próxima será. Vamos a tomar un café lo primero. Y a fumarnos un cigarro. Atraparé a la marta. Acabaré con el maldito animal. Te lo prometo

—dijo Arild.

Marchó delante de mí rodeando la casa, y yo lo seguí. Y mientras lo seguía me vino a la memoria el cajón del mago. Ingrávido, como una imagen soñada. Caí en la cuenta de lo que esa trampa me había recordado todo el tiempo: la ciudad, la soledad, aquel día treinta años atrás, el calor en el balcón, la gasolinera, el mago, y que me metí en su cajón y él me aserró por la mitad.

A Otis no le escribo nada de todo eso. Nada de la granja de Arild, de los cerdos ni de las raíces de Mimi. Le escribo: «Todas las tardes se posa un halcón en uno de los tres remolques en el borde del campo, siempre en el del medio, a la derecha, sobre la rueda».

Le escribo: «En el puerto han botado los barcos al agua y, a partir del mediodía, vienen los capitanes a La Cáscara y toman cerveza con aguardiente. Todos estúpidos y todos juntos».

Le escribo: «Mi hermano debe de estar perdiendo la cabeza. Creo que le falta algún tornillo».

Pero luego ya no sé qué más escribirle y lo llamo directamente por teléfono. Es que quiero oír su voz y contarle lo de la trampa. Otis ya no es mi marido, al menos no según la ley, y en muchos sentidos ya no somos una pareja, pero no puedo dejar la costumbre de llamarlo «mi

marido» y pensar así en él. No es algo sentimental, sino simple. Hemos tenido una hija, estuvimos casados y fue nuestro primer matrimonio; en mi caso será el último, y supongo que en el suyo también. Otis y yo nos lo tomamos en serio.

Mi capacidad de memoria es escasa. Recuerdo a medias situaciones de hace poco y casi he olvidado en detalle lo que sucedió hace mucho tiempo.

No recuerdo nada demasiado específico, sino más bien ambientes, estaciones, luz o temperatura. Sé que tal o cual día fui a pasear con esta o aquella persona, que los senderos del parque estaban embarrados en primavera después de llover, y que teníamos que andar rodeando los charcos; sé de qué hablábamos y, en fin, con quién salí a pasear. He leído tal o cual historia y me he quedado absorta, pero apenas sabría reproducir el argumento. Iba de un hijo en una casa, de una madre, un hijo y una máquina tragaperras en una casa durante una tormenta de nieve, y la madre esperaba a alguien cuya función he olvidado y no sabría decir cómo sigue. Pero sé muy bien lo conmovida y consolada que me sentí con esa historia.

La capacidad de memoria de Otis es tan grande que casi es un defecto.

No sé cuán buena será en relación con su propia vida, porque es reservado y no le gusta hablar de sí mismo. Yo le he contado todo lo que sabía de mi tiempo sin él, y todo lo que he vivido sin él en los años que pasamos juntos.

Todo lo que me ha pasado, encuentros, diálogos, miradas, esas cosas que cuentas cuando vuelves a casa la noche de un día que has pasado fuera. Otis se acordaba de todo.

Lo llamo y le cuento lo de la trampa para martas. Y lo de que, precisamente por eso, de repente me he acordado del cajón del mago, un trauma, algo soterrado. No me choca que, después de tres frases, me interrumpa y diga:

—Ese cajón estaba forrado con papel lacado azul y estrellitas plateadas.

Habrías podido ir a Singapur, pero preferiste permanecer en la vivienda de una sola habitación con vistas a la gasolinera. Te gustaban mucho esas vistas.

Nos hemos tenido que reír los dos.

—Si me hubiera ido a Singapur, nosotros no nos habríamos conocido.

No me fui para que así fuera. Si no nos hubiéramos conocido, Ann no habría venido al mundo —le digo.

—Así es, sí —dice, vacilante—. Pero ése no es el motivo por el que no te fuiste. No sabías nada de mí y, desde luego, menos de Ann. Y si te hubieras ido a Singapur, no estarías hoy en esa casa oscura, mohosa y medio en ruinas, detrás del dique.

—La casa no es mohosa, ni oscura ni está medio en ruinas, Otis.

—Es igual. No tendrías que instalar trampas para animales. Podrías estar echada en la cama en una suite del piso diecisiete de un edificio residencial y beber té de flores de jazmín en una taza de poco fondo. Podrías ver un crepúsculo malayo. Seguramente no habrías vuelto. Te habrías quedado en Singapur. En lugar de eso, estás donde estás ahora. ¿Qué haces todo el día?

Otis no sabe qué hacer con este rincón del mundo donde, según sospecha, se encuentra la casa mohosa, oscura y medio en ruinas. Sin haber estado jamás, lo tiene por demasiado gris, solitario y mediocre. Y ya está. Si viajase, lo haría hacia el sur y el calor; sueña con trópicos, selvas impenetrables, montañas azules y un mar salvaje y espumoso.

—Estoy trabajando —le digo—. Como siempre. Es para mantenerme.

Intento dormir ocho horas, me tomo mi tiempo para beberme el té en la cama antes de comenzar la jornada. Trabajo, me hago algo para comer, leo mi libro. Aquí va haciendo calor poco a poco y, a veces, voy a nadar cuando sube la marea y puedo organizarme. Voy en bicicleta al trabajo y regreso igual a casa.

—Sí, pero ¿con quién hablas? Tienes que hablar con alguien. Con tu hermano no puedes. Con él no puede hablar nadie.

—Con Mimi. Con esa vecina de la que te escribí. Es maja, te caería bien, y con ella puedo hablar. Se pasa por las mañanas y también por las tardes.

Cuando viene por la noche, nos tomamos unos vinos y charlamos. Es muy abierta. Nació aquí, se siente unida al paisaje. Y yo misma también, hasta cierto punto.

—«Es muy abierta» —Otis me imita—. Mimi, ¿qué clase de nombre es

ése?

—Un nombre antiguo. De aquí.

—¿Y a tu hermano cómo le va?

—Mi hermano se está arruinando. Se deja tomar el pelo por una chiflada de veinte años. Está enamorado.

Otis no dice nada a eso. Guarda silencio y luego suelta:

—¿Y quién ha puesto esa estúpida trampa para martas?

—El hermano de Mimi.

—Ajá. Entendido.

Otis es coleccionista. Habrá quien diga que tiene un síndrome de acaparamiento compulsivo, lo cual viene a ser lo mismo. Él colecciona artículos sin valor aparente. Dicho de otro modo, objetos que han tenido un valor y lo han perdido de un día para otro. Se han desvalorizado. Vajilla rota, ollas sin tapadera, paraguas, cubertería, toallas, rollos de película, sillas plegables, sellos, periódicos, cajas de cerillas… Otis no soporta que esas cosas estén tiradas por la calle, metidas en cajas en las aceras o echándose a perder. Se las lleva consigo a casa, las limpia, las arregla y les da cobijo.

Las pone a salvo.

Además colecciona cosas que cree que necesitaremos cuando el mundo se acabe. Cuando la civilización llegue a su límite y tenga que superarlo.

Hace años que Otis está convencido de que ese momento ya llegó. Espera que falle la electricidad más de cuarenta y ocho horas, y que la gente empiece a saquear, atacarse y matarse; sabe que eso sucederá a las cuarenta y ocho horas, poco más o menos. Para ese caso, colecciona generadores, baterías, pilas, bombas de balancín, botellas y cuerdas, linternas, medicamentos, barriles de agua, radios solares, herramientas y botas de fieltro, chaquetas de algodón, clavos, alambre, transistores y calderilla.

Colecciona esas cosas para él mismo, para mí y para Ann y el resto. Está seguro de que los demás no están preparados de ningún modo para la catástrofe y de que viven como si no hubiera ninguna, y como si en esta parte del mundo la paz fuera un banco seguro.

Otis y yo nunca hemos vivido en la misma vivienda. Con Ann, teníamos dos en un edificio de apartamentos, una para mí y ella y otra para él. La casa de Otis no era, ni es, habitable para nadie, salvo para él mismo. Es un almacén, un archivo peculiar y obsesivo. Hay un sendero estrecho entre estantes repletos de objetos que están apilados y superpuestos en capas desparejadas. Por todas partes sobresale algo, parece más un nido de castores que una vivienda. Ann estaba muy contenta en casa de su padre. Yo siempre tenía miedo a que algo se deslizara de los estantes y le cayera todo encima; extrañamente, eso no pasó nunca. La colección de Otis trajo como consecuencia que, cuando Ann se mudó, no quiso traer consigo más que una mochila con el cepillo de dientes, el móvil, una camiseta y la agenda por si perdía el móvil. La colección de Otis trajo también como consecuencia que en esta casa al borde del agua haya una cama en mi dormitorio y arriba otra más, bajo el techo, para el improbable caso de que Ann venga de visita. En la cocina, una mesa y tres sillas. Nada más.

Compruebo que mi casa es tan impersonal como aquel bungaló del mago y su mujer. Está tan vacía como la casa de Arild, pero de otra manera. Cuando me fui de la ciudad, lo regalé todo y le di a Otis lo que tiene un valor ideal, y todo lo ideal corresponde a Ann. La pequeña maleta donde están las camisitas que llevó cuando era bebé, chaquetas de punto con puños de angora esponjosos… esas cosas aún tienen el olor a bebé de Ann. El collar

de cuentas de madera de colores mordisqueadas de donde colgaba su chupete, sus primeras zapatillas de correr, la carpeta con los dibujos que pintó de niña… Le gustaba dibujar un león con tres dientes y a mí, a Otis y a sí misma flotando entre estrellas y planetas. La lata con sus dientes de leche, la cartilla con sus notas escolares catastróficas, el pequeño erizo que echó de su cama cuando cumplió diez años. Todas esas cosas las puse en una caja y se las di a Otis, y él las ha guardado en su archivo, sin concederles, hasta donde he observado, un rango superior al de las tazas desportilladas y los marcos rotos. Posiblemente es el enfoque adecuado.

Otis sigue en su antigua vivienda. Nos divorciamos para que, en el caso de su muerte, yo no quede obligada como esposa a ocuparme de su archivo.

Ha tomado posesión de mi casa y ha ampliado el archivo. Mi antigua puerta apenas se abre un resquicio y para mí es un enigma cómo se las arregla para alcanzar lo que hay en la habitación trasera. Con todo, él sigue coleccionando. De vez en cuando vende o regala alguna cosa, pero encuentra mucho más de lo que desecha. Sabe con precisión lo

que tiene.

Pídele una linterna y al rato tienes una, con pilas que funcionan e intactas.

Pídele una lona de barco: te saca una de debajo de su colchón. ¿Necesitas una caña de pescar, un hacha, una lámpara de petróleo, una jeringa de insulina, un botiquín, una brújula, un libro sobre qué setas son comestibles y cuáles no, un mapa, leña para el fuego…? Todo eso Otis lo tiene y te lo da. Sin embargo, creo que su colección está llena de tristeza y que la vida se le pasa.

—¿Qué libro estás leyendo?

—Turgueniev, *Memorias de un cazador* —le digo—. El libro más bello que he leído en mucho tiempo, a ti te gustaría. ¿Y tú qué lees?

—Nada. Miro cosas en internet.

Ya sabía la respuesta. Sé que está mirando cosas en internet y que está acostado en la cama, lo noto en su voz. Desde hace algún tiempo está siempre en la cama, en el colchón estrecho en el centro del archivo, entre las estanterías, las pilas y las construcciones estratificadas de objetos, tela y papel. Abre el ordenador portátil delante de sí y ve películas donde un tren avanza a través de Uzbekistán, aviones despegando de pistas cortas y

helicópteros dando vueltas sobre el mar de Bering. Ve conferencias de gente que da por hecho que los Gobiernos de todos los países persiguen sus propios fines por encima de todo, que el capital devora a las personas, que el fin del mundo ha llegado y que estamos en medio de él. Las cortinas de la habitación están cerradas, sobre la cama luce una lámpara de pinza de la reserva de un ejército extinguido, una lámpara de filamento que ya estuvo incandescente en una tienda militar de un campo de batalla. Para Otis es suficiente. Toma té de hinojo y come bizcocho mientras ve las películas, y traga pastillas para la alergia a causa del polvo. Duerme mucho. En las cuatro esquinas oscuras de la habitación revolotean minúsculas polillas parduscas; si les das un golpe, se hacen polvo en el acto. No hay ningún proceso. Ningún cuerpo, ninguna descomposición. Las polillas consisten en polvo. Son polvo.

Pienso que las personas como Otis esperan toda su vida una catástrofe como si sólo la catástrofe diera sentido a su vida, como si esta no comenzara más que en caso de emergencia. Comenta muchas veces que hemos de estar preparados para lo peor en todos los sentidos. No

debemos creernos seguros nunca, en ningún caso.

«De todas maneras, haré lo que me dé la gana», replicaba Ann.

La actitud de Otis de estar preparado desde el principio para que yo lo dejara me resultó cargante mucho tiempo, pero, cuando lo dejé, me facilitó la separación. Sucedió no mucho después de que Ann se marchara de casa; nos separamos cuando fue lo bastante adulta.

—¿Cómo se llama ese hermano de Mimi? —dice Otis en tono amonestador.

—Arild. Se llama Arild.

—¿Y qué hace Arild? ¿En qué se ocupa?

Me aclaro la garganta.

—Es agricultor y criador de cerdos. Tiene una granja con cuadras donde viven los animales.

—Y tú andas entrando y saliendo de casa de alguien así.

—No he dicho que entre y salga de su casa. Me ha instalado la trampa para la marta. Eso es todo. Hasta ahora, la marta no ha caído, y ya no creo que lo haga.

No tiene sentido hablar de Arild con Otis. Hablar de algo que está aquí.

Ya no compartimos la vida y ya no va a tener que recordar ni archivar lo que le cuento. No hay nada malo en ello. A veces me ha dado la impresión de que su capacidad de memoria es tan grande porque saber cosas sobre las demás personas conlleva un poder.

—Está lloviendo. Tengo que recoger la colada. Pienso en ti, Otis. No mires tanto internet. Lee alguna vez un libro, como hacías antes. Uno fácil.

Victoria, de Hamsun. Léelo. Cuídate.

Después, colgamos. Me hubiera gustado contarle que el recuerdo del cajón del mago ha sido plástico, táctil, como de un material propio. No sólo me había acordado del cajón, de golpe me acordé también de todo lo demás: de la manta áspera, del relleno de la almohada para mi cabeza bajo la abertura, de la repisa de la ventana de terrazo con conchas fosilizadas, del gusto del té helado, del fuerte olor de la mujer

a pimienta y vinagre. Me acordé de mí misma. Del vestido que llevaba, largo hasta la rodilla, con tirantes finos, estampado azul con motas blancas. De mi cabello, liso, corto y castaño. Y a pesar de todo, ese recuerdo era de una extraña, de alguien que no conocía y con quien nunca me encontré. ¿Quién era ella? ¿De dónde vino y adónde fue después de que el MS Aurora zarpara sin ella? ¿Y por qué diablos participó en aquello? ¿Por qué se metió en aquel cajón y se dejó partir en dos?

Me hubiera gustado decir «Otis». Me hubiera gustado susurrarlo. Otis.

¿Por qué no tuvo ella miedo de nada?

A veces puedes hablar sobre cosas así después del sexo. Acostados juntos en la cama, el viento sopla en las cortinas de la ventana abierta. Estás rebosante de confianza no sólo en los demás, sino también en la vida en sí.

Casi todo está apaciguado y sumido en su propio sentimiento. En la época en que nos acostábamos, Otis y yo solíamos hablar muchas veces de esa manera después de haber dormido juntos, envueltos en una ceguera silenciosa, sorda, confiada y tierna.

Antes de levantarnos, vestirnos y volver a separarnos. Ya no compartimos la cama y esas conversaciones acabaron, y no está claro si

sirvieron en definitiva para algo, si nos llevaron a alguna conclusión.

Por supuesto que no está lloviendo. No ha llovido una sola vez desde que estoy aquí; ya no llueve propiamente y Otis lo sabe. La ropa está tendida, seca y rígida. La recojo y la llevo a casa. Los faisanes espantados irrumpen a través de la maleza al borde del prado, su aleteo apresurado suena mecánico y duro. El mediodía de entonces, aquel en que no fui a Singapur, llovía a mares. Recuerdo que era una borrasca de verano. Me acuerdo muy bien.

*

Cuando era niña, Nike estuvo encerrada en un cajón. Su propia madre la metía; a veces sólo una hora, a veces durante unos días. Según. Según cómo se encontrara su madre, los quehaceres que tuviera, si tenía que ir a algún sitio, venía visita o no quería que la molestaran. Según cómo se portara Nike, si hacía lo que se le decía o si se resistía y no lo hacía. Posiblemente ella llorara, ofreciera algún tipo de

resistencia y quisiera otra cosa. Algo propio.

El cajón estaba en casa de la madre, en una habitación que quizá fuera el cuarto de cuando Nike era niña, pero que no tenía nada aparte del cajón.

Parece ser que había una silla, una persiana y, en la ventana, una pegatina de un zorro en paracaídas. El cajón era espacioso, en todo caso, lo bastante grande como para que Nike aún cupiera a los doce años. No estaba claro cuándo la encerró por primera vez, probablemente ya de pequeña, a la edad de un año y medio; en cualquier caso, la última vez tenía doce. El cajón era de madera sin desbastar, con grietas entre las tablas, agujeros de nudos a través de los cuales respiraba y veía el exterior. En el interior había un saco de dormir o algo semejante. Cuando Nike estaba mucho tiempo dentro, su madre abría de vez en cuando la tapa, le daba algo de comer y la volvía a cerrar, asegurándola con un candado. Después de días de estancia, la niña tenía que limpiarlo ella misma, deshacerse de sus heces y lavarlo todo con agua caliente.

Cuando Nike estaba acostada de lado, con las manos juntas bajo la mejilla para que hicieran de almohada, veía a través del agujero de un nudo la ventana, el zorro con su paracaídas en el cristal y el mundo exterior.

Otras ventanas.

El cielo sobre casas altas.

La luna.

Pájaros lejanos, negros y minúsculos, un garabato incierto contra el cielo encapotado.

El zorro tenía nombre. Nike no lo revela. Se movía, subía y bajaba con el paracaídas, entraba en el cajón y volvía a salir de él. Era totalmente silencioso y susurraba. Era libre. No fue Nike quien puso la pegatina en la ventana, fue algún niño en otro tiempo.

Un día, cuando Nike tenía ocho años, se encontró la baraja de cartas *Skip-Bo* en el cajón. Alguien la había metido, probablemente para apaciguarla y distraerla de la creciente estrechez en el interior. Las estancias se hicieron más largas, y se agravaron las palizas que las precedían. La baraja se componía de ciento cuarenta y cuatro cartas, con series de colores del uno al doce y dieciocho comodines. Nike no sabía leer ni escribir, tampoco hacer cuentas, no conocía ningún

número. Pero alguien le había enseñado a escribir su nombre, y reconoció la «i» en *Skip-Bo,* y sabía de algún lado cómo eran el uno y el dos; el resto lo dedujo ella. Sostenía las cartas en el rayo de luz que pasaba por el agujero del nudo, se daba la vuelta a un lado, apretaba las piernas, ponía la boca en el agujero del nudo y respiraba hondo. Recogía las cartas y las abría y cerraba como un abanico.

Una vez se elevó sobre las casas un arcoíris y se curvó de manera impresionante sobre el cielo negro. Las cartas tenían los mismos colores que aquel arcoíris. Eran un arcoíris en un cajón.

Mi hermano me habla de Nike y me cuenta lo que ella le dice. O lo que, a su parecer, se concluye de las insinuaciones y fragmentos que, de vez en cuando, ella deja caer.

—Creo que estuvo de niña encerrada en un cajón. Creo que su madre la vendió a otros hombres. Era una enferma mental. Nadie sabía que Nike estaba en el mundo. Nadie lo sabía.

Mi hermano la recogió en el puente del pueblo como un gato empapado por la lluvia. Había salido a dar un paseo nocturno y se la encontró en medio de la noche. Ella trabajaba en el bar El Ancla, donde él tenía prohibida la entrada. La gente allí se había hartado de sus imposturas y jactancias hasta tal extremo que lo vetaron. Él sabía que ella trabajaba allí y se hubiera apalancado con mucho gusto en la barra durante su turno. Ella le había llamado la atención cuando pasaba en bicicleta por el pueblo, esquelética y con una sudadera con capucha y el retrato de Charles Manson, que debía de haberle comprado al indio que los viernes suele estar con su puesto en la plaza del mercado. Llevaba flores blancas de plástico envueltas en el manillar. Lotos. Tocaba el timbre a menudo y sin motivo, se veía que disfrutaba del sonido. Tenía los cabellos en punta y llevaba tacones altos como una bailarina de estriptis aunque hiciera frío. Tenía algo de animal hipersensible, no era de extrañar que mi hermano se hubiera fijado en ella.

Pero fue casualidad habérsela encontrado por la noche en el puente. Nike había terminado su turno y dijo haber perdido la llave de su habitación de camarera de temporada, no sabía dónde, y él se la llevó consigo a casa.

—No había experimentado algo así en toda mi vida. Amor. Ternura. Es complicado, pero me alegro de haberlo conocido antes de que apaguen las luces. Estoy agradecido —dice mi hermano.

No sé muy bien de qué clase de amor y ternura habla. Sospecho que no se refiere a la que hay entre Nike y él, sino a su ternura y su amor por ella.

Por otra persona. Él le dice exactamente lo mismo que les ha dicho a todas sus mujeres: «Te voy a enseñar el mundo, *baby»,* pero, en el caso de Nike, lo dice en serio, y ella le contesta: «El mundo no me interesa. Tu mundo no me interesa». Parece despreciar a mi hermano. Ve lo que es: un bocazas que no da un palo al agua.

«No puedes enseñarme nada. Eres incapaz de lo más mínimo. *Nada*.

Mala sombra, anda y piérdete», le suele decir.

Por lo visto, los años en el cajón le han enseñado algo.

A veces, desaparece y está ilocalizable durante días. Luego se planta de repente a las tres de la madrugada ante la ventana de mi hermano, golpea en el cristal y grita: «¡A levantarse, viejo! ¡Enciende la luz! ¡Saca tabaco!».

Y duerme con él esas noches. Él quiere que se quite su pantalón sucio de camarera, pero ella se lo deja puesto. Él quiere que apague el móvil, pero ella lo pone a todo volumen y se sumerge en juegos donde melones, naranjas y limones ruedan de la nada a la pantalla y desaparecen en la nada.

Él quiere apagar la luz, pero ella dice que entonces se va inmediatamente a casa. Mi hermano cede. A veces se queda dormida con su uniforme, que siempre huele a fritanga y tabaco, en su cama, siempre extremadamente limpia. El móvil se le desliza de la mano y se le cierran los ojos. Antes de dormirse del todo, cae en una especie de posesión; mi hermano dice que no se puede llamar de otra manera. Se enrolla hacia atrás sobre sí misma. Saca la lengua y dobla el tronco tanto que podrías pensar que las costillas se le van a romper. Respira deprisa y febrilmente, agarra el vacío y habla en una lengua que él no entiende. Tiene todo el tiempo los ojos cerrados y gotas de sudor en las sienes. Así pasa un buen rato; luego se interrumpe y cae en un sueño profundo. Empieza a roncar y pone perdida de babas toda la almohada, y sus grandes globos oculares se mueven de izquierda a derecha bajo los párpados.

—Eso podría ser una especie de juego previo. Una aproximación.

¿Tendría yo que corresponderle? Puede que ella se imagine así la sexualidad. ¿Qué dices de eso? ¿Se te ocurre algo? —pregunta mi

hermano.

No se me ocurre nada.

—¡Cielo santo! ¿Qué se me tiene que ocurrir?

Mi hermano no se ha interesado por las mujeres en su vida. Ha tenido un montón de amigas, a algunas las he conocido, mujeres de los más diversos estratos sociales: taxistas, peluqueras, una presentadora de televisión con lápiz labial en los dientes, una bióloga, una arquitecta, una veterinaria. Las ha despachado a todas, al final ninguna de ellas le ha interesado. Tampoco se interesa por los hombres, bastante quehacer tiene consigo mismo, y eso es todo. No tengo ni idea de por qué justamente Nike lo ha atrapado, qué los une. Hasta donde sé, mi hermano y yo no estuvimos en nuestra niñez encerrados en un cajón. Quizá hay una respuesta a esa pregunta, o quizá no.

La situación es como es y ya está.

—Lo único que se me ocurre es que tienes sesenta años y ella veintiuno.

Es de la edad de Ann. Incluso algo más joven —le digo.

—Aún me falta mucho para los sesenta. ¿Por qué exageras? Estoy a mitad de la cincuentena, como mucho. No me siento tan viejo como indican los años. Es algo que no depende de esas cosas —dice mi hermano con solemnidad—. Cuando Nike duerme, parece una morena, el pez —me asegura—. Le faltan varios dientes, la parte inferior de la mandíbula se le cae y la superior sobresale, tiene los ojos demasiado juntos y al dormir parece un alevín de morena. Y te juro que los cabellos le relucen en la oscuridad.

Nike le ordena a mi hermano que la lleve a la ciudad. A la droguería, a un centro de manicura vietnamita y a donde otros hombres. Hace que le pague el gasto en la droguería (crema de manos Miel Doré, fragancia Vanille Deo, sérum crecepestañas Xlash y rasuradora) y que espere fuera mientras ella se pone uñas postizas sobre las suyas mordidas. Él se queda en el coche delante del centro de manicura y no puede apartar la mirada del escaparate.

Sin duda contempla asombrado la gracia con que Nike le tiende la mano sobre la mesa a la vietnamita, y admira su puntapié, que no acierta al pequinés de la vietnamita debajo de la mesa. Se pone uñas plateadas y adornadas con lentejuelas. Mientras espera, me llama y dice:

—¿Tú sabes si es mucho rato «Esperemos que no haya mucho que hacer, vuelvo dentro de media hora»?

No espera a que le conteste y cuelga. Nike viene del centro de manicura, se sienta en el coche y le indica por dónde tiene que salir de la ciudad, como si mi hermano fuera taxista. Manda que la lleve donde los remolques y que espere delante de los tableros donde están atados unos rottweilers que tiran de las cadenas con tal furia que sus babas vuelan por el aire y aterrizan en el parabrisas. Espumarajos. Mi hermano dice que no sabe qué hace ella en esos remolques; están en ninguna parte. La lleva cada vez a uno distinto.

Ella se atusa los cabellos brillantes en el espejo retrovisor, se baja, marcha haciendo equilibrios en sus tacones altos sobre el barro (porque los remolques siempre están metidos en un barrizal; aunque no llueva, siempre están en una ciénaga que sin duda proviene de la propia tierra) y no se asusta de los rottweilers. Llama, la puerta se abre, entra y la puerta se cierra.

Está dentro veinte minutos, a veces treinta. Entonces sale otra vez.

—¿Tú me puedes decir qué hace ella ahí dentro? —pregunta mi hermano.

—No me lo preguntarás en serio.

—Pues sí. ¿Tendrá que ver con aquel cajón? Es porque estuvo encerrada doce años.

Me mira y veo que me lo pregunta en serio, con una solemnidad poco menos que desesperada. Tiene ojeras y la piel cenicienta; en el dorso de sus manos grandes se extiende un liquen escamoso. Ya no duerme. Pasó una buena temporada sin beber, pero ahora ha vuelto y fuma más de una cajetilla de cigarrillos al día. Tiene aspecto de cumplir setenta años.

No puedo menos que decirle:

—Quizá ahí dentro juegue con alguien una partida de *Skip-Bo*.

Escribo a Otis: «¿Conoces un juego que se llama *Skip-Bo?* Lo inventó alguien de Texas, es una variante de un juego que en origen se llamaba *Spite & Malice,* despecho y malicia. No sé a quién se le ocurrió cambiarle el nombre por *Skip-Bo*. ¿Has jugado alguna vez? Gato y ratón, un solitario para dos. Tú y yo no hemos jugado nunca a las cartas, sólo Ann y yo, y hoy lo lamento. Lamento tantas cosas… Y

estoy segura de que tú no lamentas nada, pero posiblemente me equivoco. Escríbeme. Cuéntame lo que lees y lo que te encuentras, lo que transmites y lo que conservas, estoy sola y te echo mucho de menos. Ann telefoneó y envió sus coordenadas (https://t1p.de/a9os). Manda saludos. Pienso en ella todo el tiempo, espero que le vaya bien».

Mi hermano y yo no hablamos de Nike en el bar. Ahí es donde lo dejo a su aire. Se sienta solo tras la cafetera y, subido a su taburete, parece un pájaro mustio y desplumado, el último de su especie. No le puedo descifrar los mensajes crípticos que le envía Nike, tengo otras cosas que hacer y me alegro. Tengo que llenar las soperas, emplatar los arenques, esparcir el berro sobre los tomates, servir cervezas, apuntar pedidos, hacer ingresos en la caja, recoger las mesas y poner otras nuevas, porque ya viene la primera ola de calor; mi hermano ha puesto cinco mesas en la terraza y el trabajo se ha duplicado. Tengo que bajar las cajas de cascos por las escaleras de detrás de

la caseta al contenedor en la cámara frigorífica, clasificar botellas vacías y llenas, y volver a subir las cajas a la caseta. En la cámara frigorífica, el sistema zumba a toda mecha, suena como el de la cocina de *El resplandor;* quizá es también el frío lo que me hace pensar en esa película. El niño, su cuchicheo con el dedo índice de la mano derecha, los pasillos interminables, las gemelas ante las puertas ensangrentadas del ascensor, las tomas panorámicas sobre el bosque nevado. Quizá es el sentimiento de estar en una situación peculiar junto con mi hermano. Acarreo para arriba las cajas de bebidas pasando a su lado tras el mostrador y las saco afuera, pero él ni se inmuta.

—¿Podrías poner el lavavajillas? —le digo por encima del hombro.

—Ahora voy —contesta.

No escucha nada en absoluto. Está completamente ausente. Se inclina sobre su móvil como si fuera un pozo profundo, su gran índice se balancea sobre el teclado. El móvil vibra, suena como una afeitadora rota.

—Me escribe que me vaya al infierno —dice.

—Sascha —le digo—, tira el teléfono por la ventana, tíralo de una vez.

Me voy, bajo las escaleras, vuelvo a la terraza y anoto los pedidos. La gente tiene un hambre y una sed insaciables, piden siempre más de lo que pueden comer o beber, no tienen medida, se sientan ante el hermoso panorama como si lo vieran por última vez. Veleros,

catamaranes, camaroneras rotas, yates, pasarelas blanqueadas por el sol, prados de un verde pálido estepario, hileras de ovejas sobre el dique, la marea que sube y baja, los cormoranes en los pilotes para el amarre que se acicalan las plumas y las secan al viento. Todo eso nunca más. Otis diría que es la desmesura antes de la catástrofe, el conocimiento de la ruina, y pienso que posiblemente tiene razón. Hay poca gente de cuyo rostro y forma podría y querría acordarme. Apenas alguna vez; en realidad nunca.

Los patrones miran, preocupados, hacia la ventana detrás de la cual está mi hermano sentado en su taburete. Algunos son habituales, están acostumbrados a intercambiar chistecillos con él y a sus altivos comentarios casuales. No es nada cortés. No deja que los demás se queden sin saber qué piensa de ellos, y a los patrones les gusta eso, les impresiona. Miran hacia él

y murmuran: «Qué pasa con el jefe. No es el de siempre. No nos gusta nada».

Me encojo de hombros.

Podría decir que tiene mal de amores, pero no le hago eso.

Hablamos de Nike cuando lo visito el día libre y podo sus rosas tempranas de junio. Hace décadas que plantaron rosas de Oklahoma alrededor de la casa de mi hermano; son extraordinariamente elegantes y tan fragantes que las percibes sólo con pasar junto a ellas. Sé que las rosas y los brotes marchitos necesitan podarse para que broten nuevos. Si tienes suerte, florecen hasta noviembre. En primavera, hay que cortar sin piedad la planta y cuanto más abajo la podas tantas más flores produce a lo largo del año.

Otis me lo enseñó. Nunca le he indicado que esa particularidad de las plantas también se puede entender en sentido traslaticio. Él, por su parte, tampoco me ha indicado nada al respecto.

Tengo mano para las rosas de Oklahoma de mi hermano. Voy alrededor de la casa y las riego. Como ya no llueve, hay que regar el jardín. Lo hago con la manguera hasta que el suelo duro se reblandece y el agua no se queda encima como sobre una tabla. Entonces podo los brotes marchitos y quito las hojas secas de las ramas. Las rosas son de un rojo brillante, las hay oscuras y pálidas, y las pálidas son las que tienen el aroma más fuerte. Mi hermano me sigue como una sombra. Viene de mata en mata detrás de mí y habla sin parar. Dice que tiene que dejar a Nike y que no puede, porque quiere enseñarle que tiene

sentido tener confianza, que él está a su favor y que quiere ser su amigo.

—Yo nunca la encerraría en un cajón —dice.

Me inclino sobre las rosas, cierro los ojos y me concentro en su aroma.

Clavo, esencia de citronela, trébol, un toque de berro y miel.

—Quizá nunca estuvo encerrada en un cajón. Igual te lo cuenta porque piensa que lo quieres oír —le digo.

—Sí, puede ser. Pero ¿para qué quiero yo oír una historia tan terrible?

—Eso es, ¿para qué?

Una vez que he podado todas las rosas, nos sentamos uno al lado del otro bajo el árbol de delante de la casa y tomamos té turco con miel.

Observamos las rosas y su resplandor enigmático, que aumenta con el crepúsculo. Los mosquitos bailan sobre nuestras cabezas, no anda el aire, el sol está encima de la casa; finalmente se pone tras el tejado. Dicen que el calor seguirá semanas, sin lluvia, sin que refresque y sin final a la vista.

—Rosas —dice mi hermano.

—¡Hombre!

Es muy tarde cuando oscurece del todo. Por la noche, se ponen en marcha los aspersores de los jardines de alrededor. Llega Nike en su bicicleta con la flor de loto aplastada. Toca el timbre, aunque no hay nadie más que ella. Entra por la puerta del jardín, se baja de la bicicleta, la deja en medio del camino, pasa por delante de nosotros dando la vuelta a la casa y entra por detrás en la cocina, como si no estuviéramos. Como si la casa fuera suya. Y nosotros nos levantamos sin chistar y la seguimos.

La casa de mi hermano está amueblada. La mujer que se la vendió no tuvo el temple ni la fuerza para recoger, empacar y llevárselo todo, o bien sacarlo a la calle para que se lo llevaran. Le ofreció la casa con todo lo que había dentro y él aceptó la oferta.

«Ningún problema. Adquiero la casa tal y como está», dijo él.

Esta casa es casi un museo. Está llena de muebles del principio del siglo pasado, camas pesadas de ébano construidas para gente pequeña,

cómodas, armarios con espejos empañados, divanes polvorientos con cabezas de esfinge doradas, fotografías descoloridas en marcos apolillados, una atmósfera como de inframundo. Candelabros de cinco brazos, grabados coloreados de Luxor y las pirámides de Guiza, y un montón de relojes en marcha. Mi hermano nunca les da cuerda, pero ellos siguen funcionando todo el tiempo, la casa está llena de su tictac flotante. Tic. Tac. Yo no podría soportar los relojes, pero a mi hermano no le molestan, así como tampoco el resto. Ha despejado dos habitaciones y dejado las demás como están. Dice que esas estancias le transmiten asombrosamente un sentimiento de pertenencia. Como si en ellas también tuviera ancestros y antepasados y

perteneciera a una estirpe. Dice que a veces se imagina saber efectivamente quiénes han sido las personas de las fotografías, cuándo viajaron a Egipto y en qué días de fiesta se reunieron para los retratos de grupo.

A Nike, los relojes y el mobiliario no le estorban más ni menos que el resto de la casa; ella es de la opinión de que mi hermano debiera darle fuego, quemarla y hacer una nueva. Se sienta en la cabecera de la mesa en la cocina, se desabrocha la blusa de camarera, se la quita con un movimiento pragmático y se queda en camiseta. Es de una delgadez extrema y lleva un sujetador donde sus pechos de blancura lechosa se esconden en copas con relleno. Su cabello es realmente raro, erizado y salvaje como una aulaga. La cabellera de Medusa, con sus párpados pintados de oro y las pestañas reforzadas con rímel como gruesas patas de mosca. Su perfil ofrece una expresión completamente distinta a la de su rostro de frente, que da la impresión de inacabado e indefenso, mientras que aquel es atrevido y arrogante.

—Aquí viene el sol. Vamos a ello —dice.

Desde que Nike ha entrado en la vida de mi hermano, él siempre tiene patatas fritas y cocacola en casa. Antes nunca tenía nada, ahora, en cambio, hay varias cajas de refrescos en el cobertizo y, en el estante de la cocina, patatas fritas saladas con vinagre para años. Mi hermano pone, orgulloso y al mismo tiempo humilde, una bolsa en la mesa, y Nike tira de ella hacia sí y la golpea con el puño. La bolsa revienta y ella sigue golpeando hasta que las patatas se hacen polvo. Entonces, se lo echa en el hueco de la mano y de ahí a la boca. Mi hermano me ha avisado antes:

—Es que le quedan pocos dientes.

Nike señala la fila de tazas que cuelgan de un anaquel sobre la mesa.

Tienen nombres marcados, a alguien se le ocurrió eso: tazas para una familia.

—¿Quién eres tú? —me dice.

—Soy… Theda.

—De acuerdo. Espera. Yo soy Alma.

Así que coge las tazas de Alma y Theda del anaquel, me sirve cocacola y luego llena la suya hasta que rebosa.

—Uy, lo siento, mierda, qué horror. Lo siento —exclama.

—No importa. Son cosas que pasan —dice mi hermano.

Él friega la mesa y la vuelve a fregar.

Luego le sonríe a Nike y me sonríe a mí.

Ella levanta la taza con gracia y brinda a mi salud.

—Salud, Theda.

Bebe como una niña, a tragos hondos y gorgoteantes. Eructa, deja caer la taza al suelo, empuja los trozos debajo de la silla con la punta del tacón alto de su zapato, suspira, contenta, y dice:

—Alma ha estirado la pata.

Después saca de su bolso de Hello Kitty varias cosas: una armónica, cigarrillos, protector labial con aroma a vainilla, caramelos de frambuesa, su móvil y la baraja de *Skip-Bo,* envuelta en cuerda de embalaje. Las cartas increíblemente sobadas parecen de papiro, como si hubieran estado en remojo. Tienen las esquinas redondeadas y desbaratadas y los colores del arcoíris extinguidos. Nike las baraja con recogimiento y devoción. Luego nos las reparte. Quince a cada uno. Me cuesta tocarlas, tengo la sensación de que me dan calambres, como pequeños alfilerazos; vibran, tienen una energía desagradable. Las dejo en la mesa delante de mí y les doy empujoncitos con la punta del dedo índice.

Mi hermano parece haber captado las reglas conforme a las cuales Nike quiere jugar, pero que no tienen nada que ver con *Skip-Bo*. Nos pasamos las cartas sin ton ni son, las amontonamos y desbaratamos una y otra vez, hacemos como que contamos algo, jugamos en el sentido de las agujas del reloj y al revés. Jugamos a que estamos

jugando.

De vez en cuando, mi hermano me dice:

—Tienes que descartar cuatro. A ver, ten cuidado con los comodines.

Fíjate en lo que hacemos nosotros.

—De acuerdo. Disculpa, es que no me aclaro.

Nike no me hace advertencias. Se sienta derecha como una gobernanta, sostiene en la mano las cartas abiertas en abanico y chupa caramelos de frambuesa. A veces observa a mi hermano con la cabeza inclinada. Su mirada es severa y tiene extrañamente algo de maternal.

—Mientes cuando abres la boca —le dice, y vuelve a mirar sus cartas —.

No puedo mejorar la oferta.

Da un beso al aire, muestra sus cartas con elegancia y gana implacablemente cada partida.

—He ganado y habéis perdido. Eso es todo —concluye.

Al recoger todas las cartas sus uñas repiquetean en la madera de la mesa.

Las apila, las ata con la cuerda y las guarda de nuevo en su bolso. Se me acerca, apoya su hombro frío y blanco en el mío y nos fotografía a las dos con el móvil. Exhala un olor empolvado a aroma de frambuesa, patatas fritas y humo. Creo que no se da cuenta de que podría ser mi hija. Pienso que seguramente no sabe nada de Ann.

Me enseña la foto. Tiene una aplicación instalada; no aparecemos como somos, tenemos las orejas cubiertas de un pelaje blanco, los ojos como de alienígenas y flotan espirales alrededor de nuestras cabezas.

—Theda y yo —dice tiernamente.

—Hacerte a ti una foto no tiene sentido —le dice a mi hermano.

—Sueles hacer esas fotos también en los remolques. Te fotografías con la gente también allí. ¿Puedo verla yo? —pregunta él.

—No puedes —le contesta ella.

—¿Por qué no? ¿Por qué no me la enseñas? ¿Por qué no me dices lo que haces en los remolques?

—Que te jodan —dice ella.

—Cuando te vaya a llevar la próxima vez, me acordaré.

Nike gime y se tira de los pelos como si fueran hierba. Se tapa con las manos los oídos mientras abre la boca y los ojos. Igual que la figura del cuadro *El grito,* de Munch.

—¡Déjala en paz! Haz el favor de dejarla en paz —le digo a mi hermano.

Nike permanece mucho rato en esa postura, con las manos en los oídos y la boca abierta, hasta que se asegura de que mi hermano ha entendido. Sus pocos dientes son perlas sobre negro azabache. Abre el estuche de la armónica y me enseña sin decir nada el esqueleto yacente de una rana; lo cierra y asiente burlona y cómplicemente. Luego se pone a bailar en el rincón, enfrente del horno. Pone música *country* y baila dándonos la

espalda. Cruza las manos detrás de la nuca, abre los brazos y mueve con pereza su culo plano.

Mi hermano la mira. Abre una cerveza tras otra y fuma en cadena. Hace coro:

Come along with me and we will get away from it all We'll go through the mountain past the shining waterfall The only sound we'll hear at night will be the whippoorwill And the chirpin' of the crickets on Chinky Pin Hill.

Me señala a Nike, como si fuera posible que yo la pasara por alto, como si hubiera algún modo de que su presencia pasara desapercibida ante mis ojos.

La señala como si fuera su criatura. No me choca nada que ella lo mande al infierno.

Se inclina hacia mí y dice:

—En noches así, me imagino que la cocina es un refugio nuclear, el mundo exterior ha perecido y sólo quedamos nosotros, Nike y yo. Estamos solos en Chinky Pin Hill. No te puedo describir qué feliz me hace esa visión.

No le digo nada. Recojo mi tijera de podar, friego la taza de Theda y la vuelvo a colgar en su gancho. ¿Quién era Theda y dónde estará ahora?

—Me largo —digo.

—«Me largo» —repite mi hermano—. ¡Pero bueno! ¿Desde cuándo hablas así? Igual que Mimi.

—Pues ya te digo.

—¿«Pues ya te digo»?

Me mira escrutándome, directamente y en serio por primera vez en todo el día. Parpadea.

—Bien podrías pasar la noche aquí. En el piso de arriba. Puedes dormir en una de las muchas camas que hay. En la de Theda. O en la de Alma.

Me imagino cómo sería ir a dormir arriba. Meterse en una de esas camas, taparse con una manta húmeda y oír a Nike gritar como un pavo real. Me imagino el camino de regreso, las calles nocturnas, las casas silenciosas y el agua oscura ante la ventana de mi cuarto.

—Gracias, pero prefiero irme a casa, necesito dormir. Tú también.

—A casa —murmura mi hermano pensativamente—. A casa. Hay que ver cómo suena.

—Suena normal. Suena totalmente normal.

—¿Es que te sientes en casa? Quiero decir, ahí fuera, en esa casa en el pólder.

—¿Y qué si fuera así?

Le doy a Nike las buenas noches, pero ella no me oye. O al menos no reacciona. Baila en la esquina del horno, con el móvil encima de su cabeza para grabarse. Y, cuando mi hermano trata de meterse sigilosamente en la imagen, ella deja caer el móvil y dice:

—Anda ya, por favor, viejo. No me estropees el vídeo.

Salgo de la cocina al jardín y cierro la puerta. La noche es cálida, ya se han apagado las farolas, todos duermen, el cielo está alto y lleno de estrellas.

Salgo del pueblo andando por la oscura carretera rural, la granjas aisladas yacen pesadamente en la llanura. Este mundo es mi mundo porque estoy aquí, eso es todo (puede que quisiera dar esa respuesta a mi hermano). Las zanjas se han secado y cubierto de zarzas, los animales nocturnos susurran en los setos y chirrían las cigarras. Los campos exhalan un olor acre a facelia y alfalfa, con un deje de estiércol líquido y brea caliente; son interminables, demasiado grandes. Los caballos en los prados están juntos, bajan la cabeza y resoplan. La barandilla del puente despide una tenue luz blanca, el agua está inmóvil, una pincelada de frío como una sombra esbozada. Me figuro que es transcendental pasar por este puente y cruzar el río, como si en la orilla de enfrente hubiera otro país. La única luz encendida en toda la redonda está en casa de Mimi. Se ve que aún está despierta. Miro el interior de su casa desde la calle a través de su ventana baja; está sentada en el sillón, en ropa interior, y en su cabellera atada en alto tiene metido un lápiz rojo de carpintero. Parece darle igual que cualquiera que mire la vea así. Hay una botella de vino en la mesa y al lado un vaso medio lleno. Está amasando algo que tiene en el regazo, un trozo de arcilla. Completamente ensimismada. Está tan absorta que no se da cuenta de que estoy fuera mirándola. La dejo tal y como está, aunque me hubiera

tomado a gusto un vaso de vino con ella. Le hubiera contado que mi hermano se imagina que está con Nike en un refugio nuclear. Me gustaría saber qué diría ella de eso, qué se le ocurriría al respecto.

Sigo adelante hasta mi casa, abro la puerta y me quedo parada y escuchando en el pasillo. Trato de averiguar si el animal está dentro, si alguien ha estado aquí mientras estuve fuera; alguien, no podría decir en quién pienso ni por qué. Ann. Otis. ¿Arild?

El animal está fuera en su ronda nocturna, o me ha sentido y se ha quedado quieto, conteniendo el aliento y aguzando el oído, como yo, o hace horas que ha caído en la trampa y se ha encerrado a sí mismo. Enciendo la luz de la cocina y espanto a dos polillas enormes, que vuelan contra la lámpara y revolotean en el techo.

Me bebo un vaso de agua del grifo.

Escribo: «Querido Otis, Nike lleva consigo el esqueleto de una rana en un estuche de armónica forrado con terciopelo verde. ¿Alguna pregunta?

Me voy ahora a dormir, bien pasada la medianoche, y detrás del pólder ya retumba la marea en el dique».

*

Mimi me lleva a nadar con ella en mi día libre. Me obliga a acompañarla.

Golpea como acostumbra, con la mano abierta, en la ventana de la cocina, sostiene con aire acusador el calendario de mareas en alto y proclama:

—¡Hay marea! ¡Coge el bañador y la toalla! ¡La marea no te espera!

¡Soy yo la que te está esperando!

Y luego da unas vueltas impacientemente con su bicicleta destartalada alrededor de la casa. Jura que nadar en el mar es un elixir que nos alarga la vida y nos hace felices. Es un regalo de los dioses.

Vamos a lo largo del río, por la sinuosa carretera rural hacia el pueblo, y lo atravesamos. La plaza está llena de gente, huele a calor, algodón de azúcar y almendras garrapiñadas. La multitud curiosea con indecisión las tiendas de recuerdos, se sienta junto a la fuente y come helado. Muchos hacen cola para conseguir un sitio en el bar y otros sestean en los bancos del

jardín del balneario bajo los árboles frondosos. En el quiosco de música toca la banda, cuyos músicos se alojan en barracas al final de la playa. Los instrumentos brillan al sol mientras ellos tocan con indiferencia, totalmente ausentes. Todo el lugar es horrible, es un milagro que mi hermano haya aguantado tanto tiempo y que siga haciéndolo. Mimi pedalea delante de mí, su bicicleta se tambalea y chirría. La gente deja caer los cubiertos que usan para comer pasteles, se baja las gafas de sol y se queda mirando. Me observan a mí. Sé que alguno que otro me conoce; oigo que alguien dice:

«Ésa es la camarera del bar del jefe. Ésa, la de la bici. No, la alta no, la otra».

Nadie sabe que soy la hermana del jefe. Mi hermano no quiere que se sepa porque supone que lo hace mayor, y yo no quiero que se sepa que trabajo en su negocio porque sencillamente no quiero relacionarme con nadie. Ignoro las miradas de la gente; voy detrás de Mimi y me pregunto qué traza tenemos. No llevamos calzado. Nuestras bicicletas no son alquiladas. Ella se sienta tan torcida en el sillín que parece borracha, con la falda remangada y enseñando los muslos desnudos. Cruza la plaza por el medio, todo para ella. La

gente, sorprendida, se aparta tropezando y nos deja la calle libre. En el puerto, empujamos las bicicletas por el dique y las dejamos inclinadas juntas con descuido, sacamos las cestas del portaequipajes y salimos corriendo hacia el muelle. La Cáscara, en el otro extremo de la dársena, está concurrida. Veo a mi hermano balanceando con cuidado una bandeja con vasos y botellas mientras baja la escalera. No quiero llamar su atención. Mimi corre delante de mí, no puede esperar para meterse en el agua. Se va nadando desde el muelle hasta la dársena, dice que desde niña ha ido a nadar allí. Encuentra que el mar abierto no tiene suficiente fondo, hay que adentrarse chapoteando un cuarto de hora, para que luego con la marea el agua llegue hasta las corvas. Nada para Mimi.

Ella tiene que poder sumergirse, estar en su elemento.

Hay una escalera de madera que baja desde el muelle hasta el agua.

Antes la desmontaban cada invierno y la volvían a poner al principio de la estación. Los dos últimos inviernos ya nadie la ha desmontado; las tormentas invernales y las mareas han pasado sobre ella, y las ha resistido.

Mimi valora como un signo pésimo el hecho de que ya nadie se ocupe de la escalera, que tales cosas ya no interesen a nadie.

Somos las únicas que vamos a nadar en la dársena. A pesar del verano temprano y caluroso, el agua sigue gélida, de color marrón ocre y fangoso.

Los veleros pasan ante el muelle y salen a alta mar. Por fuera navegan petroleros y barcos de guerra. La resaca es fuerte cuando la marea baja.

Tienes que ser buena nadadora, necesitas fuerza. Mimi se arranca el cierre de la falda, se saca la blusa por la cabeza, se despoja impacientemente de la ropa interior y se desnuda como si el mar fuera su amante. Suele bañarse en cueros. Mete las cosas en su cesta, se ata el cabello, baja los escalones y, sin dudarlo ni un momento, entra en el agua. No se salpica primero sobre los hombros y el pecho, no resopla, no contiene la respiración, sencillamente entra de inmediato. Su abuela se lo enseñó. Ella también se bañaba en diciembre y enero; a continuación bebía aguardiente de la petaca y se secaba al viento. Le enseñó a Mimi cómo resistir el frío. Creo que, si pudiera ver a su nieta, estaría orgullosa de ella. A veces hay gente que se aproxima al muelle y se pone en la escalera, como si Mimi fuera una atracción de circo.

No pueden creer que alguien vaya a nadar en este mar salobre y con esa temperatura. El agua rara vez pasa de veinte grados, y, si lo hiciera, asegura ella, le resultaría demasiado caliente.

Nada como una reina, con la cabeza alta por encima del agua, contra el sol con los ojos cerrados. A eso lo llama «bañarse en la luz». Nadie se atreve a gritarle nada ni a molestarla.

Nada a lo largo del muelle y más allá, bastante más; apenas se le distingue la cabeza. Tiene su propia ruta, no cruza por el canal en marea baja, la resaca la arrastraría. Suele decir que siempre hay algo que la llama, pero que puede resistirlo, no se deja seducir. A los veinte minutos, vuelve.

Viene nadando despacio, se agarra a la barandilla al pie de la escalera, se pone de espaldas y se deja arrastrar por la corriente; luego sale del agua.

Respira fuerte y se sacude como un perro. Su cuerpo desnudo se ve lozano y hermoso, todo lo tiene abundante, los pechos, el culo, los hombros redondos llenos de pecas. Sus huellas mojadas desaparecen enseguida.

—Magnífico, increíble —dice.

Se envuelve en la toalla, se sienta a mi lado, escudriña su cesta en busca de chocolate y albaricoques y me da uno.

—¿Tú no vas a entrar en el agua?

—Sí, más tarde.

En el muelle, después de bañarse, Mimi me cuenta la historia de la ondina; se le debe de haber ocurrido mientras nadaba. La ondina adorna el escudo de la región, una muchacha domesticada con la cabellera trenzada, la mano izquierda tapando el pecho y la derecha levantada en juramento. La atraparon con la red los pescadores hace doscientos años, la trajeron a tierra, la deshonraron y luego volvió al mar. La última gran marea viva del siglo dieciocho fue la venganza de la ondina o algo parecido.

—Lo cuestionable es que esa sirena tenga que adornar el escudo de la región —digo.

—Ondina, llámala ondina. La sirena necesita redención, la ondina, en cambio, no —replica Mimi.

Rechazo el albaricoque.

—De acuerdo. Cuestionable por qué la ondina adorna el escudo de la región.

—Porque es de aquí —dice Mimi y me mira como si yo fuera un caso sin remedio—. Porque su historia es de aquí. ¿Conoces tú una sola historia de esta comarca? ¿Sabes por qué es la gente como es? ¿Sabes de verdad dónde estás?

—¡Cielo santo, Mimi! No pienso quedarme aquí. No quiero arraigarme aquí.

—¿No? Así que no quieres. Ajá.

Guarda silencio, saca un bote de crema solar de su cesto y se la extiende con movimientos pragmáticos sobre los hombros y la cara, como si fuera su propia hija. Me da el bote y yo la imito, en consideración a ella, que espera y me observa.

—Las orejas. Te has olvidado de ellas. —Finalmente dice—: ¿Quieres saber ahora cómo fue la historia de la ondina?

—Por supuesto.

—Muy bien, me alegro.

Clava los dientes en el albaricoque, señala el agua con la fruta mordida.

Es de color pizarra, estancada. Los postes que señalan el cauce son pinceladas que se pierden y borran en la lejanía.

—La ondina quedó atrapada en la red de los pescadores en el Blaue Balje, en el agua libre de la zona pantanosa. La subieron al barco y la llevaron a tierra. Era un ondina joven, prácticamente una niña. Tenía las escamas de color turquesa con los bordes dorados, la piel como el alabastro, el cabello largo y verde alga, un raro y magnífico ejemplar de su especie. Se la llevaron consigo a tierra, la arrastraron a una de sus chozas, la encerraron y la atormentaron. La torturaron a lo largo de días y noches.

—¡Ay! —exclamo.

—Pues sí. ¿Te imaginas cómo se tortura a una ondina?

—No quisiera imaginarlo.

—Entonces te lo contaré. Le arrancaron las escamas una a una, la violaron, golpearon y patearon, todos, uno tras otro, y vuelta a empezar. No habían visto en su vida nada tan maravilloso como aquella ondina y no se les ocurrió otra cosa que destruirla. Cuando acabaron con ella, la cargaron de nuevo en su barco, salieron al mar y la tiraron por la borda en el mismo sitio donde la pescaron.

Mimi toma aliento. Deja estar un rato el cuento. Chupa con cuidado el hueso del albaricoque, lo escupe en la mano y lo observa.

—Ahí estuvo su fallo. Porque, si la hubieran enterrado bajo uno de sus fogones, como solían hacer, quizá todo habría sido distinto. Pero querían echarla lejos, estaban atemorizados y avergonzados. Pensaron que era mejor devolverla a su elemento.

—¿Y entonces?

—Pues entonces la tierra se puso blanca de gaviotas —dice Mimi amenazadoramente—. A la mañana siguiente, la tierra estaba blanca de gaviotas, eran millares y millares. Las que ves hoy en una tormenta no son más que una sombra de ellas. Estaban posadas en los campos y las marismas, no se movían, esperaban. Subió la marea y por la tarde llegó el viento, que aumentó con la oscuridad. Luego salió la luna y el agua no bajó, siguió subiendo. A medianoche pasó por encima del dique. Por encima de lo que entonces la gente llamaba dique, por encima de su raquítica pared de

tierra, paja y animales muertos. El temporal estuvo desencadenado durante tres días y tres noches. El agua se llevó consigo a aquella pobre gente y destruyó todo lo que tenían. Lo arrasó todo. Ésa es la leyenda. Eso es todo.

Te lo cuento porque me has preguntado en qué me ocupo.

No consigo recordar haberle preguntado a Mimi en qué se ocupa. Puede que haya pensado en preguntarle en qué trabaja cuando se sienta por la noche en su silla junto a la ventana con un trozo de arcilla en la mano.

—¿No te suena familiar?

—No —le digo—. ¿El qué?

—¡Pero bueno! Si te suena familiar esa historia. Es un relato feminista.

¿Cómo es que no la conoces? Antigua y aburrida, la historia más

antigua del mundo. Mujeres. Mujeres oprimidas, atormentadas, esclavizadas y maltratadas.

—No sé dónde quieres ir a parar.

—¡Ni yo! Me gustaría encontrar algo de esa ondina en mis lienzos.

Captar algo suyo cuando tengo mi arcilla en la mano. Apoderarme de algo de ella. La capacidad defensiva, la ira, todo eso.

Me mira de reojo y me doy la vuelta.

—¿Tú has sido alguna vez capaz de defenderte?

—Más bien no. Bueno, puede ser. Igual es que tampoco he tenido motivo.

—Pues, si nadas aquí, es algo que adquieres seguro. Está en el agua. Se te transmite, quieras o no.

—¿Crees que me haría falta? —le digo.

Mimi se ríe.

—¡Qué pregunta! Pues claro. Nunca tiene una suficiente. ¿No te parece?

Me levanto, me desnudo y me pongo el traje de baño. Bajo con precaución los escalones hasta que el agua me llega a la cintura, me mojo los hombros, el pecho y, por último, la cara. Al principio, Mimi me da instrucciones malhumoradamente («No te quedes ahí tanto rato, tienes que entrar enseguida, no dudes, échate a nadar, no seas tan melindrosa»), pero finalmente calla y me deja en paz. El agua es de una frialdad estimulante, huele a algas y a limo. Tomo aire, me sumerjo, me impulso desde la

escalera y salgo a nadar con los ojos abiertos. Allá arriba, las gaviotas dan vueltas en la columna de aire ascendente, se inclinan y se ciernen, esperando. Los rayos de sol se reflejan y rompen entre mis manos. Mimi no sabe que hace algún tiempo que me da miedo nadar en agua profunda; antes nunca tuve ese miedo a la hondura, y sospecho que tiene que ver algo con Ann, con su partida de casa, su despedida de Otis y de mí. Como si estuviera menos segura sin ella, y también quizá sin Otis. Sólo soy capaz de nadar a lo largo del muelle, ida y vuelta. Entretanto tengo la sensación de haber dejado de saber nadar de repente, de ya no saber coordinar mis movimientos; si tuviera un

ataque de pánico, haría pie en la base de piedra del muelle. No entro en pánico, pero mi forma de nadar es la contraria de la de Mimi. Me digo que el miedo se irá otra vez, que es tornadizo, como casi todo.

Nos quedamos media hora en el muelle, extendemos las toallas, nos tumbamos de espaldas y cerramos los ojos. El sol quema. El agua sube, chapotea sobre los peldaños de la escalera, nos lame los pies descalzos, vuelve a caer y se retira. No hay viento. Las jarcias de los barcos tintinean despacio y las voces de los clientes en la terraza de La Cáscara suenan muy lejanas.

—La vida se ralentiza —dice Mimi—, ¿no te parece? Yo encuentro que se vuelve más y más lenta. Desagradable, en cierto modo. Pero te da tiempo para comprender qué tienes: ponlo delante de ti. Entonces sabes lo que necesitas y a qué puedes renunciar. Ya sabes lo que quiero decir.

—Sí. Tal vez. Tengo que pensarlo.

Nos estiramos, nos damos la vuelta a la vez y nos echamos boca abajo; ahora permanecemos calladas un buen rato. Parece como si no tuviéramos nada. O como si guardásemos lo que tenemos para nosotras. No sé en qué piensa Mimi, tampoco yo, realmente. Cuando abro los ojos, ella tiene la cara apoyada en las manos y me observa con seriedad, adormilada, casi con ternura; luego se incorpora bruscamente y dice:

—Parece que eres libre, ¿no? Que no debes nada a nadie. ¿Me equivoco?

Los cormoranes en los postes de amarre abren las alas y las extienden.

Mimi añade con desdén:

—¿Vamos a tener que adorarlos como a ídolos?

Da unas palmadas y los cormoranes levantan el vuelo y cruzan sobre nosotras. No contesto a su pregunta, tampoco ella pide una respuesta. Se levanta, nos vestimos, recogemos nuestras cosas y empujamos de nuevo las bicicletas por lo alto del dique hacia la playa. Veo de reojo que mi hermano nos ha descubierto; nos hace señas, pero yo hago como que no lo veo.

Tengo el día libre, sé que quiere convencerme para que lo sustituya una hora y luego irse durante tres. Saltamos del dique y La Cáscara queda atrás.

Mimi dice:

—Vamos a casa de mis padres a tomar té.

Amke y Onno viven en su casa de retiro. Cuando en la familia de Mimi los mayores transmitieron la granja a los jóvenes, se trasladaron allí, justo detrás del dique. Si el agua sube y lo rompe, se llevará la casa por delante.

La rodean arbustos de berberis y budelias exuberantes, tiene varias habitaciones, una cocina luminosa, un jardín espacioso y ningún cajón de cultivo, sólo unas gallinas moteadas de gris perla y negro bajo una red tendida a baja altura. Cuando Mimi y Arild eran niños, Amke tenía huéspedes y jornaleros en la enorme granja, siempre había extraños. Los forasteros se sentaban en la cocina, desayunaban con la familia y cenaban juntos por la noche. Había un jornalero que sabía tocar el piano y Amke lo retiró del trabajo en el campo y le pagó para que interpretara a Rajmáninov hasta bien entrada la noche. Mimi cuenta historias de ese estilo para quitarme la timidez en la visita a sus padres. Supone que tal vez sea tímida, pero no lo soy. Es agradable visitar a Amke y Onno, son distraídos, ecuánimes y amables. Tomamos té en la terraza y, como estamos hambrientas por el baño, nos dan pan de pasas con mantequilla y también pan negro con mermelada y pastel de mantecado. Onno tiene un invernadero donde, según Mimi, cultiva especies extintas; se va con el té allí, nos saluda por la ventana y luego se inclina sobre sus recipientes llenos de tierra. Incluso sentado es claramente el padre de Arild, sólo que ligeramente más encorvado por la edad. Amke se sienta erguida en la pared de la terraza con las manos cruzadas sobre el regazo. Es alta y severa; ella llevaba la granja y Onno cultivaba la tierra y se mantenía al margen de todo.

Nos mira tomar el té y se fija con la misma atención en las gallinas moteadas de gris perla que picotean en el polvo.

—Sí, hace demasiado calor —dice Amke—. Demasiado calor para todo, hasta para las gallinas. Me pregunto cómo aguanta Onno en el invernadero, por qué demonios quiere estar ahí.

—Papá necesita su espacio —dice Mimi.

—Ah, bueno, eso será.

A mí no me pregunta nada. Estoy segura de que se acordará muy bien de mi hermano, del desayuno que ella le llevó a la cama, de su jactancia juvenil, de su incapacidad para dar de comer a los cerdos. No dice nada de eso, seguro que está más que contenta de que su hija se lo haya pensado mejor en lo referente a él. Escuchamos las tres el

murmullo del agua que corre detrás del dique, el rumor de la resaca y el estruendo del oleaje a lo lejos en la orilla. A veces hablamos de la lluvia que no llega. Otras Amke pregunta a Mimi por Arild; hasta donde sé, ella aún no ha vuelto a estar en la granja, pese al cambio de las circunstancias. Cuando ella habla de su hermano, la madre me inspecciona de arriba abajo con el rabillo del ojo. Me da la mano al despedirnos; su apretón es firme y sus manos son inusualmente suaves.

—Creo que la ondina era extranjera —dice Mimi en el camino de vuelta a casa—. Vino de algún sitio, tenía un aspecto distinto al del resto de la gente.

No hablaba su lengua y les dio miedo. La encerraron, la violaron y la mataron, y más adelante le echaron la culpa de las plagas, la inundación y la peste. Es lo que pienso, pero en realidad no me interesa. Es como es. Mi bicicleta chirría horriblemente, ya lo has notado. ¿O es que no te has dado cuenta? Tengo que encontrar un poco de aceite. Necesito con urgencia hacer algo al respecto.

—Nike no sabe nadar —le digo—. Esa amiga de mi hermano; creo que no sabe nadar.

—La loca. Esa enferma mental andrajosa. Con la sudadera de Charles Manson, el pelo desgreñado y los *stilettos* de TK Maxx. La que da patadas a los parquímetros para ver si sale dinero. Otra ondina, ¿no crees? Más le

valdría aprender cuanto antes. Tu hermano debiera enseñarle a nadar antes de que sea demasiado tarde.

Pienso que mi hermano sería el último que enseñaría a nadar a Nike.

Nadar es trabajo. Es Mimi la que tendría que hacerlo, pero seguro que tiene mejores planes.

—¿Tienes noticias de Arild?

Me lo pregunta como si lo uno tuviera que ver con lo otro.

—No, no sé nada. ¿Y tú?

No me contesta; me guiña el ojo. Luego pone el pie en el pedal, silba, arranca y se aleja de mí. La sigo con la mirada; va sentada derecha como una vela en su sillín y pedalea deprisa. Las golondrinas silban tras ella y cruzan su camino como puntadas. Su falda amarilla emite

un breve resplandor ante los prados agostados y los campos en barbecho. Aún la veo mucho rato. La tierra es plana, salta a la vista todo lo que viene o se va.

Esa noche he llamado por primera vez en meses a Ann por Skype, por primera vez desde que me alojo en la casa del pólder. Su último mensaje desde la llanura fue hace unas semanas y no sé dónde está ahora. Yo le enseñé a nadar. Antes de que aprendiera todo lo demás, sabía nadar, y es una buena nadadora, tiene hombros firmes y una sólida tracción pectoral, es capaz de mantener la mano adelantada en movimiento y nadar contra corriente, con lo cual puede ponerse de espaldas cuando está cansada; me hubiera gustado decírselo a Mimi. Pero Ann no está en línea, estará ocupada. Ni siquiera sé qué quería decirle, la llamo por una repentina debilidad sin fundamento que tiene algo de físico. Debo aprender a estar sin ella, a pasar tiempo sin ella y a no pensar en ella; creo que cuando lo haya aprendido desaparecerá el miedo a nadar en aguas profundas. Me hubiera gustado oír un momento su voz, saber dónde está y qué tal le va.

*

He mentido a Mimi. Tengo novedades de Arild; me llamó y me invitó a comer. Por lo que sea, se lo quiero ocultar. Me invitó a ir a su casa y le dije que iría con mucho gusto. Salgo a primera hora de la tarde. No voy por el

camino rural por donde fui la primera vez con Mimi a la granja, sino por la carretera local. Huelo la granja antes de llegar. Estiércol. Los cerdos, el depósito de purín, el forraje ensilado, el heno seco, luego la fila de altos chopos, la fachada de la casa y detrás el imponente granero y los barracones sin ventanas de las cuadras. Arild está fuera y lleva cosas bajo el brazo; recoge algo y se le cae, desaparece en la cuneta y vuelve a salir maldiciendo.

Envoltorios de hamburguesas y Big Macs, cajas de poliuretano, bolsas de patatas fritas, vasos de café aplastados, botellas de plástico, latas de cerveza. Es lo que está recogiendo.

Me bajo de la bicicleta.

Pasa a mi lado como si yo no estuviera ahí, desaparece con la basura en el granero, oigo que abre y cierra la tapa del contenedor y luego vuelve a salir. Recoge una última cajita de Happy Meal. Se seca la boca con el dorso de la mano, se para ante mí y me observa con una expresión totalmente insondable. Al cabo de un rato, dice:

—La gente tira su basura por la ventanilla del coche. Van conduciendo, comen sus guarradas y tiran por la ventanilla la basura en que han envuelto sus guarradas. Al próximo que pille haciéndolo, le pego un tiro.

No he importunado a Arild, no le he pedido que me invite a comer, pero da la impresión de que ha sido así, y estoy pensando en dar la vuelta y regresar.

En lugar de eso, empujo la bicicleta entro al granero y él cierra la puerta detrás de mí. Nadie sabe que estoy aquí. Igual es que no quiero que nadie lo sepa. Me toma de la mano con soltura y camina conmigo a lo largo de la cuadra hacia la casa.

—Quítate los zapatos —dice.

Los gatitos negros no se dejan ver.

Arild no ha empezado aún a cocinar, quiere hacerlo conmigo. Me lleva al cuarto junto a la cocina, donde se almacenarían en otro tiempo las provisiones para la familia, el servicio y los invitados. Las estanterías de las paredes están llenas de polvo. En la esquina hay un arcón congelador. Él lo abre y me enseña lo que ha comprado. Se ha decidido por coliflor

congelada, guisantes y escalopes precocinados. Hay pescado y muslos de pollo empanados y cajas con bloques de espinacas congeladas. Agarra las cajas, las levanta, las sacude y luego las deja caer como si fueran objetos sin peso. Es inevitable acordarme de mi hermano. Comprendo lo que quería decir con su fantasía del refugio nuclear, me pasa lo mismo con Arild.

Estamos por casualidad juntos y solos en un planeta extraño.

—Entonces, ¿qué quieres comer? —me pregunta.

Menea el contenido de una caja de bayas. El frío seco y la luz submarina que viene del congelador me ponen nerviosa. Sé lo que Otis diría de esta acumulación de provisiones. Descomposición y decadencia.

Arild se apoya en el borde del congelador, se queda mirando fijamente el interior y luego me mira a mí.

—Pareces descansada.

—Coliflor y un escalope pequeño. Quizá tengas patatas, auténticas y verdaderas patatas. Yo podría pelarlas —le digo.

De manera asombrosa, Arild encuentra varias y un pelapatatas.

Llevamos todo a la cocina. Me siento a la mesa y las voy pelando. Mientras él calienta agua para la coliflor y prepara la sartén para el escalope, se hace evidente que considera desperdiciado el tiempo que se tarda en hacer las patatas. No porque tenga hambre, sino por otras razones que tienen que ver con su inquietud interior, con el hecho de que, para pasar el rato, tengamos que hablar entre nosotros. ¿De qué? He traído conmigo una botella de vino, le digo que podría abrirla.

—No bebo vino.

—Pero yo sí. Yo bebo vino. Y también lo tomo sola.

Consigue un sacacorchos y abre con poca habilidad la botella para mí.

Sorbo el primer trago de un tarro de mostaza mientras pelo las patatas.

Observo cómo remueve el agua caliente, pone la sartén en el hornillo y la vuelve a quitar, y cambia su peso del pie izquierdo al derecho y al revés.

Cruza las manos detrás de la nuca y suspira.

—Podrías poner la mesa. Podríamos, los dos —le digo.

Al principio, Otis y yo comíamos siempre del mismo plato. Muy en los primeros tiempos. No podíamos separarnos ni soltarnos en ningún sentido,

era imposible comer de dos platos. Él ponía uno en la mesa, nos sentábamos juntos y comíamos patatas con aceite de linaza con remolachas rojas y sal gris gruesa. Ya no recuerdo cuándo cambió eso, debió de ser algo relacionado con Ann. Un día había dos platos en la mesa y entre ellos otro hondo infantil, de plástico; más tarde, un plato con jirafas y números pintados en el fondo. En cierto momento, tres platos igual de grandes, blancos con el borde azul, y luego vino un tiempo en que Ann sólo comía fideos chinos de la caja de cartón, de pie y con palillos, diciendo: «Me tengo que ir enseguida» y «Os quiero», y la veo cómo se apoya en el armario de la cocina, con la caja en la mano izquierda y retorciendo los fideos con los palillos con la derecha, hambrienta, ausente, enganchada a algo; aún oigo los palillos

raspando el fondo de la caja. Ann descalza, con las plantas de los pies manchadas de verde por el césped de la ciudad, sus hermosas piernas desnudas llenas de picaduras de mosquitos y arañazos.

Sus manos, las cintas y los cordones en torno a los tobillos, numerosas cadenas, su cabello enredado, los pendientes de plata, su tabaco y su papel de liar en una bolsa de tela, su móvil con la pantalla rota, la llamada perpetua de ese móvil y cómo contesta y dice: «Hey, dude!», y luego:

«Estoy con mi madre en la cocina, luego te llamo», y su sonrisa. La cicatriz en la sien izquierda, el párpado derecho siempre algo caído, las pestañas densas e inusualmente rectas, cómo me devuelve la mirada y cómo la desvía. Bosteza con indiferencia. Deja la caja y los palillos pegajosos en la mesa y el olor a fideos chinos permanece durante días en la cocina. Y

finalmente se ha ido, y durante un corto tiempo Otis y yo comemos de dos platos, sentados frente a frente, en silencio, y luego me voy. Una vez que está solo, él ya no necesita ningún plato. Bizcocho y té, alimentación para los habitantes de islas, atolones y barcos. Antes de que pase mucho tiempo, sé que también renunciará a los bizcochos, dejará el té y beberá agua. Si hace veinte años no hubiera comido del mismo plato con él, no estaría observando cómo pone la mesa Arild. Lo uno está unido a lo otro, lo uno pasa porque lo otro pasó. Es lo que me gustaría escribir a Otis: «Es el estado de las cosas y, ¿sabes qué te digo?, no es triste».

Arild pone dos platos en la mesa, el suyo en la cabecera y el mío a su lado.

Parece ser que hace un siglo aquí se sentaban muchas personas y comían juntas. Saca para él una cerveza de la nevera y se va poniendo contento de manera gradual y cautelosa, no por mí necesariamente, sino más bien por la compañía en sí, la idea de un almuerzo en común.

—Entonces, ya comes carne —me dice.

—Pues sí, ya ves. Pese a todo, me gusta comer carne. Probablemente hoy por última vez.

Frunce el entrecejo y se decide por hacer que no ha oído. No tiene sentido del humor o es tímido, o las dos cosas. Se sienta, se levanta, vuelve a sentarse, luego consigue por fin freír el escalope, poner las patatas en agua caliente y buscar en el cajón especias que no

encuentra, porque no hay ninguna, salvo sal y pimienta. Las patatas están listas y las escurro. A él se lo ve muy aliviado.

—Ha sido fácil, ha ido como la seda —dice.

Me sirve una porción generosa en el plato y pone el doble en el suyo. La coliflor está demasiado cocida, falta nuez moscada, no hay mantequilla. Las patatas están bien. El escalope, desamparado. Tengo hambre. Me tomo el segundo vaso de vino. Tenía miedo de esta comida, y ahora ya casi ha pasado, la he sobrevivido. Va bien, asombrosamente damos por supuesto que no tiene sentido hablar de determinadas cosas, como ir a la cuadra o definir muestra relación. Lo dejamos estar. Oímos a los cerdos, probablemente eso basta y sobra.

Arild se lo come todo y enseguida recoge la mesa sin más. Todos sus movimientos tienen algo de rudo, de impaciente; tira los platos al lavavajillas, es un milagro que sigan enteros, cierra la máquina de un portazo. Lo recoge todo, hasta la sal, limpia la mesa dos veces y reflexiona si podría retirar alguna cosa más. Se sirve otra cerveza de la nevera, saca los cigarrillos del bolsillo de la camisa y pone el cenicero en la mesa. Sale, vuelve con un montón de álbumes de fotos y me lo pone delante. Por lo visto, se ha preparado para mi visita. Saco uno y lo abro. Pienso en Nike escogiendo una carta, dándole la vuelta, frunciendo los labios y sonriendo.

Una foto aérea de la granja, la casa y el granero hace unos cincuenta años, amplios campos alrededor, la carretera blanca como una raya de tiza,

un cochecito azul en la entrada, alguien ha escrito debajo un verso con caligrafía: «Señor de nadie, siervo de nadie».

Arild de niño.

Él y su hermana desnudos delante de un estanque azul en un prado lleno de dientes de león. Cabritillos. Coronas de margaritas. Fiesta de la cosecha.

Arild en el tractor con el pelo rubio blanqueado por el sol. Mimi con flequillo corto y un vestido camisero verde de mangas cortas con puños de lino planchados. Instantáneas desenfocadas de colores desvaídos, tonos marrones, sepias y grises. El campo entre la granja y el dique en primavera, colzas y trigos, el campo negro en otoño, los gruesos terrones con nieve en invierno, bayas de serbal con un ventisquero de nieve al fondo. Abetos navideños. Arild contento y desconcertado. Parece que tienen una relación tan estrecha como mi

hermano y yo.

Voy pasando las páginas. Él saca un cigarrillo de la cajetilla, golpea con la punta en la mesa y lo enciende. Se echa para atrás y controla con severidad cómo doy la vuelta a las páginas y cuánto tiempo dedico a las fotos.

—Antes no existía esta tierra. Era un pantano inhabitable. Luego se retiró el mar y la gente se aventuró y estableció asentamientos. El suelo era fértil…

Espero antes de seguir pasando páginas.

—Por eso quisieron quedarse —concluye.

Una foto de Mimi en la gigantesca haya púrpura detrás de la casa, en una de las bifurcaciones superiores, a horcajadas sobre el ancho tronco. Las rodillas con magulladuras y postillas, el cabello atado con dos trenzas gruesas, sin dientes incisivos. Tendrá unos cinco años, parece la personificación de la capacidad defensiva.

Arild levanta el cigarrillo cortésmente lejos de mí y el humo se disuelve en lo alto de la cocina.

—Estaba oscuro, no había colza ni nada fosforescente. Turba y escoria, y lluvia interminable; la gente enterraba sus bebés muertos bajo el fogón.

Enterraban animales muertos bajo el fogón. Eran salvajes.

—Sí, ya me lo contó Mimi —le digo—. Está claro que queréis que lo sepa. ¿Eso tiene que decirme algo?

Arild da una calada a su cigarrillo.

—Puede ser —dice con sorpresa—. Puede ser que eso tenga que decirte algo. Esto no es romántico.

—Quién lo hubiera pensado.

—¿Tú también tienes álbumes así?

—Parecidos, quizá sí.

—¿Y dónde están?

—En la ciudad, en el archivo de Otis, mi marido. Los guarda en su

apartamento para nosotros y también para nuestra hija.

Hablamos de dos cosas distintas. Arild habla de nuestra niñez, yo hablo de la niñez de Ann. No sé si él también lo nota, en todo caso no dice nada al respecto. Entrecierra los ojos, apaga el cigarrillo y cruza los brazos sobre el pecho. Asiente como si lo hubiera sabido.

Carraspeo, cierro el álbum y lo deslizo sobre la mesa hacia él.

—¿Sueles ir a nadar?

—¿Aquí o dónde? ¿En el mar? No. Nunca. Ni se me ocurre —dice.

Lo había sospechado, pero me entristece. Me había imaginado que podríamos ir a nadar juntos Mimi y Arild, los dos niños regios y yo misma.

En fin, es un deseo piadoso.

—¿Y has vivido en alguna otra parte? ¿Has salido de aquí? ¿Has viajado alguna vez?

Él sacude la cabeza con decisión y abre la mano derecha con un gesto definitivo.

—Nunca. No me he ido nunca, ni he viajado, ni estuve jamás en otra parte. Tampoco sabría para qué.

Más tarde, me abre todo serio la puerta del medio del gran armario de pared. Tras ella aparece una escalera que desciende cinco escalones hasta una estancia oscura. El dormitorio de Arild. Las persianas están bajadas, la habitación está sellada y cerrada, un centro, una central ejecutiva de un sistema complicado y personal. Una habitación donde alguien como él se pone a salvo del mundo, y tengo la sensación de que soy la primera que entra, aparte de él.

Junto a la pared hay una cama ancha de hechura militar, a sus pies una reliquia de una televisión, en la esquina un perchero; eso es todo. La ropa de cama es de la época de su niñez, azul con estrellas doradas y una luna amable. Me desnudo. Podría colgar mis cosas en el perchero, porque no hay ninguna silla, pero finalmente las apilo en el suelo. Me echo en la cama, las sábanas están frías, huelen a jabón y a piel. Oigo a Arild en el baño, todos sus ruidos son inequívocamente masculinos y privados, expresión de satisfacción y posesión. Me pongo de lado; estoy mareada, borracha y cansada. No sabría decir qué espero, pienso que la primera impresión suele ser asombrosamente

engañosa. Arild viene a la habitación y cierra la puerta.

La acústica queda embotada como en la sala de grabación de un estudio.

Está desnudo. Su vientre es firme, su sexo confiado. Permanece un instante así, luego apaga la luz y la oscuridad a nuestro alrededor se abre como el agua.

Al amanecer, suena el móvil. Arild se despierta en el acto. Durante el sueño, se ha apretado contra mí; ahora pone la mano en mi pecho izquierdo, presiona con la cabeza entre mis paletillas, suspira, aparta la manta y se levanta. Se lleva el móvil y el sonido se aleja. Abro los ojos y escucho.

Viento en torno a la casa. Rumor en las hojas de los chopos. A lo lejos, las llamadas agudas de los cerdos como el quejido de un solo animal mítico.

Son los sonidos de fondo del inicio de la jornada de Arild. Entre los huecos de la persiana flotan suaves rayos de luz finos como hilos. El quejido crece, persiste, se hace infernal, se rompe. Me quedo en la cama media hora, una hora; finalmente me levanto.

La mesa está preparada para dos en la cocina. Ha cocido tres huevos para mí y preparado una tetera. No le he dicho que tomo té, lo sabe de algún modo. La radio está encendida. Arild lee el periódico, lo desdobla y me da una parte. Fuera el sol ya está alto sobre la colza y hace resplandecer las flores. Me siento. Rompo el primer huevo contra el canto de la mesa; está más o menos duro. Otis perdía los nervios por la mañana a causa de los huevos más o menos duros. Se flagelaba por no ser capaz de conseguir hacerlos pasados por agua. El huevo debía de tener para él un significado primordial, y hasta última hora, hasta que Ann tuvo dieciocho años, no he

entendido cuál. El recuerdo de los nervios de Otis ha sido tan repentino y preciso como el del cajón del mago ante la trampa para martas, aquella expresión con la que Otis examinaba su huevo y el mío, desechaba ambos y cocía otros. La mesa en la cocina por la mañana temprano, la sal en el cuenco de madera, mi tranquilidad de vez en cuando. Domingos. Domingos incontables. Ann en pijama, los cabellos sedosos de la parte posterior de la cabeza despeinados por el sueño. En mi regazo. Su cabecita apoyada en mi hombro.

Pienso en por qué se me ocurren todas esas cosas y creo que quizá porque voy a morir bastante pronto, y tengo que reflexionarlo todo

antes de tener que morir.

Pelo el huevo, lo corto en rodajas, las pongo en el pan negro y les echo sal amarilla por encima. Arild hojea ruidosamente las páginas del periódico.

Es probable que coma siempre huevos duros. Seguro que piensa que los pasados por agua son para gente fina. Gente que tiene tiempo para poner un cronómetro para huevos y prestar atención a algo inútil.

Creo que podría ser otra persona distinta a la que soy. También podría ser alguien que desayuna cada mañana tres huevos duros y mientras tanto lee un periódico donde no hay malas noticias. Y me asombro de creer aún que puedo decidir quién quiero ser y quién podría ser.

Rompo el segundo huevo contra el canto de la mesa, lo pelo, me lo como y echo a rodar el tercero sobre la mesa hacia Arild, que lo atrapa sin levantar la vista del periódico.

Me tomo el té y le agarro un instante de la mano. Él deja la suya en la mía, sonriendo de forma ausente. No me mira. Tiene la palma dura y callosa. No he hecho muchas veces en mi vida ese gesto de tomar la mano del otro; antes de Otis quizá dos o tres veces, después no, y ahora inesperadamente otra vez, y tengo la sensación de repetir un movimiento cuyo significado he olvidado.

—Tendría que irme —le digo.

Él no levanta la cabeza del periódico, pero dice:

—¿Qué haces aquí?

—Vivo aquí. Trabajo. Como tú. Trabajo fuera, en el puerto, en el bar de mi hermano. La Cáscara. Ven a visitarme. Te pondré una cerveza.

Él asiente tan despacio como si antes tuviera que traducir lo que digo.

Me pongo el calzado en la estancia sin ventanas entre el granero y la casa.

Arild está sentado en un sofá cama desechado, con las manos entre las rodillas, y espera. Imposible decir qué se le pasa por la cabeza. Luego toma aire y dice:

—¿Quieres verlos?

—¿Los cerdos?

—Sí, los cerdos.

—Claro.

—Vamos.

Va por delante de mí hacia el pasillo de la cuadra. El sol entra por las ventanas del lado derecho, mientras que en el lado izquierdo alternan tragaluces con puertas. Nos paramos delante de uno y Arild acciona el interruptor junto a la puerta; se enciende la luz de neón en el recinto detrás del cristal. Cientos de cerdos en jaulas, sobre suelo emparrillado, desnudos y parpadeantes, se echan unos sobre otros, tropiezan entre ellos, se suben a los comederos, se lanzan contra las barras de las pocilgas. Sobre las jaulas penden unas barquillas de acero. Son todos exactamente iguales; es curioso que no parezcan en realidad cerdos, son demasiados. Casi todos nos miran.

Bastantes no tienen rabo; los lomos y los flancos están arañados; alguno yace solo en un rincón con las patas cortas estiradas ante sí, imposible decir si respirando. La luz excita a los otros, su quejido crece y suena horrible.

Estamos en pie juntos y observando un rato; finalmente Arild apaga la luz.

Vuelve sin decir nada hacia el granero y cierra la puerta.

—Que te vaya bien —dice.

Saco mi bicicleta, subo y me pongo en marcha. No me vuelvo; también estoy segura de que él se ha ido y de que la puerta se cerrará de nuevo.

Cuando llego, mi hermano está sentado delante del bar vacío. Las gaviotas posadas en fila en el muelle nos miran, la marisma embarrada y amplia refleja el cielo opaco.

Se está tomando un café. Después de todo, ha montado la terraza y escrito hasta la mitad de la pizarra:

Arenque fresco

Helado

NO HAY GAMBAS

Pan negro

Su letra es desproporcionadamente violenta y exaltada, como si en realidad hubiera querido escribir otras palabras. Espera a que aparque la bicicleta mientras yo evito su mirada.

—¿Qué pasa? ¿Dónde has estado? Estuve en tu casa para buscarte, no quedaba pescado al por mayor ni nada más, los almacenes están vacíos. No podemos vender nada, el arenque es cualquier cosa menos fresco, se está desmoronando. No estabas allá. No has abierto la puerta. He andado alrededor de la casa y mirado dentro, pero nada. ¿Dónde te has escondido?

—Preferiría que no anduvieras alrededor de la casa ni fisgaras en mi habitación.

—¿Por qué no me dices dónde has estado? ¡Vaya pinta tienes!

—¿De qué tengo pinta?

—De loca.

—Mejor si te ocupas de tu negocio. No quiero ir contigo a por pescado a la lonja. Quería darme una vuelta en bicicleta. Tengo cuarenta y siete años, estoy un poco sudorosa, eso es todo.

Paso a su lado y subo al bar por la escalera. Oigo que echan a volar las gaviotas detrás de mí, arrancan resueltamente en enjambre como si estuvieran hartas de nosotros. En la barra, me pongo el delantal, me aliso la blusa, me subo el cuello y le doy la espalda al espejo que hay encima de los vasos. Se me ocurre que la uniformidad de los cerdos incontables es como una palabra que repites y repites hasta que no tiene sentido. La muñecas me huelen ligeramente a esperma, loción de afeitado y amoníaco.

Impresionante.

*

Ann devuelve la llamada por Skype unas semanas después. No me avisa, sencillamente lo intenta y tiene suerte, estoy aquí con el ordenador en línea.

Sus últimas coordenadas las envió hace diez días y entretanto ha llegado asombrosamente lejos: un punto entre los archipiélagos del norte, oculto en el agua azul entre islas verdes como un embrión en un saco amniótico, sin duda en barco. No sé si sigue ahí o si se ha ido.

—Mamá, has llamado hace poco. ¿Era algo importante?

Otis opina que los hijos despiertan sentimientos en ti, se van y te dejan plantado con ellos bajo la lluvia. Ahora negará haberlo dicho jamás, pero yo sé lo que dijo, de manera excepcional me acuerdo muy bien. Eran alrededor de las dos de la madrugada en mi cocina, tomábamos vino, compartíamos un cigarrillo de hierba y era la primera noche sin Ann. La primera noche después de que se mudara, recogió sus pocas cosas y se despidió de nosotros. Dio las gracias y se marchó. Otis y yo la seguimos por la ventana con la mirada, estuvimos de acuerdo en que Ann tenía una manera de andar elegante, libre y recta, confiada en sí misma, un tanto desafiante. Luego dobló la esquina y desapareció. Nosotros nos quedamos sentados en la cocina, en una mesa demasiado grande, y abrimos una botella de vino, y más tarde Otis dijo esa frase. No amargado, sino más bien asombrado. Dijo que había aprendido con Ann a preocuparse de alguien, a estar ahí para alguien, a depender de alguien. Que le había enseñado eso y ahora se había ido, y que él no sabía qué hacer con esos conocimientos. Me lo preguntaba como si yo sí lo supiera, como si diera por supuesto que yo tampoco había conocido el amor y la preocupación más que con Ann. Le dije que tenía que pensarlo. Y es lo que hago. Lo estoy pensando.

Estoy sentada en la cocina con el ordenador. Me he despertado temprano porque ha caído un pájaro en la trampa y sus aleteos y piadas me han alarmado. Me he levantado de madrugada y he dado la vuelta en torno a la casa. Aunque he pensado en llamar a Arild, luego he temido quedar en ridículo si le pedía que viniera a causa de un pájaro en la trampa. La he abierto. Un tordo. Negro brillante, desgarrado y confuso, ha salido tambaleándose y saltando a medio lado. He aguardado a que levantara el vuelo y he cerrado la trampa. No tiene sentido querer atrapar una marta y que caigan continuamente otros animales. He desayunado delante de casa,

sentada al sol; a mediodía he vuelto adentro, encendido el ordenador y pedido bebidas, servilletas, velas y manteles para La Cáscara. También café en grano y té. Tendría que haber pedido pescado, pero es que no hay gambas ni arenques. O habrá más tarde, o ha pasado algo y nos han dejado sin nada. Tendría que haber pedido nata, pero ya hay, están los estantes llenos; Otis diría que muy bien. Pero mi hermano ha perdido el sentido de la realidad; si sigue así, puede que cierre La Cáscara y que tenga que buscarme otro trabajo.

Las ventanas están abiertas.

Mimi corta el césped. Mediodía del lunes, día libre.

Ann me está viendo ante la pared blanca de la cocina, también ve una parte del jardín delante de la ventana, una malva que florece con un vigor sorprendente y una cola de caballo fabulosamente gigantesca; alguien la sembró, se ocupó de ella durante unos veranos y luego se mudó a otra parte.

También podría estar viendo a cierta distancia a Mimi con su delantal verde, que aparece en pantalla empujando la cortadora de césped y desaparece de nuevo. Mimi da importancia al césped cortado. Dice que los jardines en este rincón del mundo son tan ordenados porque lo demás está sumido en el desorden de los vientos constantes y los cielos desolados. Como ya no llueve, tampoco crece la hierba, y ella hace rodar la cortadora de césped sobre la tierra seca. Dice que, si dejara de cortarlo, no llovería nunca, y que su segado es un conjuro.

Por su parte, Ann está sentada en una especie de camarote, en una mesa plegable. Tiene detrás un banco y sobre él hay un ojo de buey. Fuera, por lo que distingo, hay unas cuerdas y una luz bastante clara. Puede ser que el camarote sea una caravana y las cuerdas pertenezcan a tiendas de campaña.

Hay alguien echado en el banco, unos pies enfundados en calcetines sobresalen a la izquierda por encima de los hombros de Ann. Debe de hacer mucho frío: viste un jersey recio con mangas holgadas. Lleva el cabello muy corto, probablemente se lo rapó del todo hace una semana, quizá tenía piojos. Se tira avergonzadamente de los lóbulos de las orejas. Hace una mueca infantil a modo de saludo y luego me sonríe. Encantadora.

—¿Has soñado alguna vez contigo misma, o sea, que una persona está en el otro lado de la calle y que esa persona eres tú misma? Es lo que he

soñado esta noche y te puedo decir que ha sido de lo más inquietante —

dice.

Ann nunca quiso ir a la guardería. No quería pertenecer a ningún grupo, ni vestirse a la moda, ni comer lo que comen los demás, ni caminar en filas de a dos en las excursiones, ni ponerse en el centro de un círculo, ni decirle a nadie cómo había pasado el fin de semana. No se aficionaba a objetos, no había nada, aparte del pequeño erizo, importante para ella, ningún libro, ninguna imagen. Durante una

temporada tuvo tics, carraspeos, muecas y cabeceos; era preocupante, pero ya se le pasaron. Otis le aconsejaba no confiar en nadie por sí misma. Escucharse a ella y a nadie más. No esperar nada, salvo la catástrofe. Le enseñó a llevar consigo una navaja y a mantenerla afilada, a encender la estufa, a hervir sopa aguada, a hacer nudos y a clavar un clavo derecho en la pared. Era del parecer de que Ann creció casualmente en años en los que se llevaban los círculos de sillas, las excursiones con la guardería y las clases por la tarde en las que coloreaban mandalas sin parar. No estaba de acuerdo con esas condiciones de vida para ella, pero no las podía cambiar, se tenía que conformar. Y lo hizo. Por la mañana, le llevaba a la cama un té de verbena de limón y por la noche, una leche caliente con miel. Le leía en voz alta, la acompañaba a la escuela y la recogía después, aunque era de la opinión de que los niños sólo aprenden algo a través de la pérdida y la vulneración. No era capaz de ocasionar él mismo esa vulneración y se tranquilizaba pensando que eso se solucionaría solo. Ann era mediocre en clase. Tuvo una maestra que la apreciaba y determinó que necesitaba más espacio a su alrededor que el resto de la gente; alguna vez Ann fue buena en biología con esa maestra y alguna otra vez en historia. Le gustaba montar en bicicleta. Nunca fue capaz de ordenar su habitación. Sacaba prendas del contenedor de ropa usada, las lavaba dos veces y se las ponía. Empezó pronto a fumar tabaco y porros; hasta donde supimos, no tomaba drogas químicas. Una temporada escuchó a Monk. Leía libros que nos ocultaba y no quería compartir con nosotros; sólo cuando leyó a Murakami quiso saber si también nosotros lo considerábamos un sádico. A los catorce años, vino a casa con el primer tatuaje, una raya azul de tres centímetros en la espinilla que, según dijo, debe recordarle siempre

algo específico; luego vinieron faros, brújulas y constelaciones. Nunca me preguntó por mi niñez, ni a Otis por la suya. Cuando cumplió los dieciocho años, dejó el colegio y se fue. Estuvo dos meses fuera, volvió, se quedó una semana (siete días en los que durmió, se bañó, comió y durmió) y volvió a desaparecer sin habernos contado ni siquiera lo más mínimo. Pero luego comenzó a mandarnos sus coordenadas, quería hacernos saber dónde estaba, dónde se encontraba en el mundo. Cuando me mudé y dejé a Otis, ella tenía diecinueve años y estaba en http://t1p.de/dxx5, un punto parpadeante en una isla del sur. Nunca sintió curiosidad por mi mudanza.

No estoy segura de si le preguntó a Otis cómo le iba sin mí. Cuando era niña tuvo un amor apasionado por mi hermano, su tío. Él aparecía a veces, pasó dos o tres noches en nuestra casa y se marchó; no se interesó realmente por Ann, la dejó en paz, seguramente por eso se

sintió atraída por él. Le enseñó a hacer la señal de victoria con los dedos índice y medio, y a decir: « *Never give up. Nevergive-up.* Casi lo tienes, otra vez. *Nevergiveup.*

Eso es, ya lo tienes. Pero no levantes la mano, sólo los idiotas lo hacen. Haz la uve con la palma de la mano, venga».

—¿Qué le has enseñado realmente a Ann? —me preguntaba Otis a veces.

—Le he enseñado a ser cortés.

Dejé sin mencionar todo lo demás. Nadar. Guardar silencio.

No recuerdo haberme encontrado conmigo misma en un sueño nunca.

La figura en el banco detrás de Ann se sienta, se estira y por fin se levanta. Es un joven delgado con cabellos rojos en vaqueros de color claro; vuelve a estirarse, se apoya en la mesa junto a Ann y bosteza a la cámara.

Sus ojos son de un peligroso color verde absenta y tiene los dientes casi tan mal como Nike. Levanta la mano y dice:

—Hey.

—Éste es Gap —dice Ann.

El susodicho desaparece de la pantalla; hay un ruido de fondo, se cierra una puerta, voces bajas en una lengua sonora ininteligible, la pantalla parece oscilar. La luz exterior se posa como paja en el ojo de buey y todo deslumbra. La mano de Gap pasa por delante de la cámara, pone una taza

con algo caliente junto al teclado, y Ann le toca por un instante el brazo; luego hurga en lo que hay encima de la mesa, busca algo, se inclina y ocupa la pantalla por completo; se retira, desaparece debajo de la mesa y vuelve a aparecer. Papel de liar. Muestra los papelillos a la cámara, lía un cigarrillo, aprieta el tabaco y lo enciende aparatosamente con una cerilla.

—¿Cuántos cigarrillos te fumas al día?

—Diez.

—¿Dónde estás? ¿Qué ruta lleváis ahora?

—Bueno, en ruta hacia el norte, noreste, ahí vamos.

Tuerce la cara, no quiere decir en qué ruta, teme que le diga que vuelva a casa, como si tuviera que prepararse contra lo que pueda decirle. Pero no digo nada. Estoy completamente dedicada a mirarla y admirarla.

—El tío Sascha me ha mandado una foto de Nike, su nueva novia.

Me sorprende que mi hermano también se lo haya contado; sin duda, está mucho más chiflado de lo que parece.

—No es su nueva novia. ¡Si es de tu edad! No es más que un tic.

—Un tic. Venga, mamá. Vale.

Sopla en su taza, toma un sorbo con cuidado y vuelve a dejarla. Reprime un bostezo y me pregunta cortésmente:

—¿Qué estás haciendo ahora?

—Comprar en internet. Encargo algo para la despensa. El tío Sascha no está en disposición de hacerlo a causa del tic. Tengo el día libre, luego iré a nadar.

Ann mira por encima de la cámara a algo que sucede junto a la puerta del camarote, que se balancea notablemente. También una caravana podría tambalearse; no acabo de decidir dónde quiero ver a Ann, si en una caravana junto a unas tiendas de campaña o en un barco en el mar norteño, ni en qué trayecto ni con qué destino. Dos personas extienden una tela ante el ojo de buey, la arrastran detrás de ellas y desaparecen de la vista. ¿Una vela? Quizá gotas de agua en el cristal de la ventana, quizá arena.

—Sólo quería saber qué tal estás —digo.

—Estoy bien. Sí, claro. No te preocupes, estoy bien. El tío Sascha me pregunta qué significa todo y si tengo idea de lo que él está viviendo con Tic, si sé de dónde procede eso.

—¡Vaya! Eso te pregunta. ¿Y tú qué le contestas?

—Es gracioso que me pregunte eso, ¿no? Es tan mayor… Yo soy joven, y él me pregunta como si fuera al revés. ¿Sabes qué? Le digo que eso no tiene ningún significado. Que sólo existe lo que estás experimentando, y que cualquier explicación que tengas para eso está

inventada y no existe hasta que la formulas. Vosotros creéis que tenéis una biblioteca en vosotros, una colección de imágenes y recuerdos que os hacen lo que sois. Las razones para lo que os gusta y lo que no. Pero esa biblioteca es una invención. El tío Sascha piensa que Nike tiene sus razones, yo le he dicho que creo que se engaña.

—Y bien podría hacerte caso en eso. Pero no sé si puede. Tampoco yo estoy segura de poder hacerte caso.

—Es que no escucha —dice Ann afablemente—. Él pregunta, pero no escucha la respuesta. Lo que pasa siempre, ¿no?

Gap reaparece. Se sienta en el banco detrás de Ann; tiene un tarro con alcachofas en vinagre y rebusca dentro, resignado, con dos dedos; está claramente de acuerdo con las explicaciones de ella. No sé si sabe que está hablando con su madre ni si se ha enterado del principio de nuestra conversación.

—¿De dónde has sacado eso de la biblioteca?

—Gap y yo lo hemos leído en la red.

Entrecierra los ojos, algo le llama la atención detrás de mí y se distrae, arruga la frente.

—Tú piensas que lo inconsciente se puede explicar, como si fuera una caverna donde entra la luz. Pero esa caverna no existe.

Se echa para atrás y suspira con satisfacción. Le pasa su cigarrillo por encima del hombro a Gap, que deja caer las alcachofas en el tarro y se aparta un poco de la pantalla.

—Le he dicho al tío Sascha que no va a encontrar ninguna verdad. Él es quien es. Se interpreta a sí mismo y esa historia con Nike, pero su interpretación no sirve, es una acumulación de huellas. Tú y él. De cuando erais niños. Huellas de entonces.

—¡Estrellas! —exclama Gap triunfantemente desde fuera de la pantalla

—. Como estrellas que ya no existen, luces que ya no están ahí. Pues lo

mismo pasa con el recuerdo.

Ann se vuelve hacia él, que la agarra y tira de ella hacia abajo. Ella

dice algo que no consigo entender y luego se vuelve hacia la cámara, hacia mí.

—¿Cómo es Nike? —dice con rubor.

—Es una niña sin dientes. Estuvo encerrada en un cajón. No sabe leer ni nadar. ¿Qué quieres que te diga? El tío Sascha se ocupa de ella. Es todo lo que sé.

Ann asiente comprensivamente.

—Papá irá a visitarte alguna vez.

—No creo. No creo que salga del archivo. Pero se alegrará si tú le haces una visita. Si vas a casa, te plantas ante su puerta y lo sorprendes.

Ahora lo he dicho: «a casa». No quería, se me ha escapado.

Ann bosteza largamente. Se estira las mangas del jersey sobre las muñecas, limpia los restos de tabaco de la mesa con ellas, se chupa el dedo índice y frota algo de la superficie de la mesa.

—Bueno, aquí tenemos nuestros quehaceres y nuestros planes, no puedo irme ahora. Ya entiendes lo que quiero decir.

—Me temo que no. Lo siento. Sé demasiado poco para entender algo.

Me gustaría decir: «¿No te acuerdas de cuando eras niña? De cuando, una vez que nevó, Otis subió cubos de carbón por la escalera y tú dos pequeñas briquetas, una en cada mano: el tiro del horno estaba abierto; eso te gustaba. ¿Te acuerdas de la nieve? ¿Es la nieve una fantasía, una huella o un error? Y si quiero recordarla en tu lugar, ¿eso no significa nada? ¿Qué pasa con el tatuaje en tu espinilla? ¿Te acuerdas de lo que tenía que recordarte o lo has olvidado?». Me gustaría decir que «ahí donde vosotros estáis quizá es la única manera de resistir. Hacer planes y no pensar en que esos planes pueden fallar, porque fallarán, porque casi todo en la vida falla, Ann, y sé de qué hablo», pero naturalmente no lo digo.

Gap ha apagado el cigarrillo y se ha acostado de nuevo con los pies metidos en los gruesos calcetines apoyados en el reposabrazos del banco; se saca un instrumento del bolsillo del pantalón que se mete en la boca y en el que pulsa.

Ann pone los ojos en blanco, sacude delicadamente las muñecas, se

acerca mucho a la pantalla y dice:

—Bueno, Gap es realmente genial, pero por desgracia toca el birimbao.

Eso me pone aquí un poco de los nervios; en realidad, a todos nosotros. A ver si le quito pronto esa mala costumbre.

Se aparta de nuevo y deja la vista libre a Gap, el ojo de buey, el mundo exterior borroso, el cordaje que parece estar en tensión por una vez. Los tonos que salen del instrumento flotan, son desagradables y atractivos al mismo tiempo.

—Ann… —Quiero hacerla desistir, apartarla de algo—. ¿Con qué has soñado? ¿Dónde exactamente te has encontrado contigo misma?

—Estaba en el otro lado de la calle, enfrente, y allá estaba yo. Me miré; yo y yo nos miramos. Fue una cosa rara.

Pone los dedos índices en las comisuras de los ojos y se estira los párpados. Se inclina y murmura:

—Nos tenemos que ir… ¿Quién es esa mujer que anda ahí por el jardín detrás de ti? ¿Por qué va desnuda?

—Ah, ésa es Mimi. Mi tic. Mi vecina. Cuídate. Que vaya bien. Hasta pronto, Ann. Te llamo otro día, ¿vale?

—Hazlo. Hasta pronto, mamá. Saludos a papá.

Levanta la mano, se besa tres veces la palma, le da la vuelta y me la enseña con toda seriedad.

—Adiós.

Sorprendentemente, fuera, en el prado reseco, Mimi está, en efecto, desnuda. Ha terminado por hoy de cortar el césped y se queda en pie, desnuda al sol, de espaldas a mí, inmóvil, con los brazos colgantes.

La conversación con Ann me ha dejado más fatigada que nunca. Debo acostarme en el acto. Me invade una nostalgia absurda de todo lo que tuve una vez. No puedo moverme de tanta nostalgia que tengo. Ann diría que es por las huellas. ¿Huellas de qué? Cierro la ventana, echo el cerrojo a la puerta de casa, me acuesto en mi cama y cierro los ojos. No me duermo, pero las imágenes pierden por un momento la conexión. Ann en traje de nieve, su cara de niña dulce y encantadora

enmarcada por la piel de un *chapka,* sus mejillas rojas de frío, sus ojos brillantes y redondos. La cama junto a la ventana en el recinto de la fábrica abandonada, donde vivía Otis

antes de que Ann viniera al mundo. Mi hermano en uniforme y Nike en el agua, con los hombros desnudos y flores de loto en el cabello, como una ondina. Oigo que llaman a la puerta, me doy la vuelta hacia un lado y me tapo la cabeza con la manta.

Al anochecer, me siento delante de casa con una botella de vino y dos vasos. Mimi no tarda mucho en aparecer. Trae bajo el brazo un paquete que parece pesado. Saluda de lejos de manera absolutamente oficial. Señala la luna, en lo alto, dorada, redonda, gigantesca y reluciente sobre el dique, y yo asiento: ya la he visto. Nos sentamos juntas en el banco delante de casa.

No hablamos mucho. Vemos más allá de los campos las chimeneas de la refinería en el horizonte; hace semanas que ya no echan humo. Escuchamos el chirrido de las cigarras, suenan como incontables aspersores minúsculos que riegan la tierra. El anochecer huele a retama y piedras calientes.

Aguardamos que griten las lechuzas y los corzos se atrevan a salir a campo abierto. No le pregunto por qué está desnuda a plena luz del día en el prado, y ella no me pregunta por qué no he abierto la puerta al cartero. Las dos callamos. El paquete viene de la ciudad y es de Otis. No lo voy a abrir delante de Mimi y ella lo sabe.

Lo abro cuando ya se ha ido a casa y la luna es muy pequeña, allá arriba, fría y de color cáscara de huevo. Sobre el prado junto al agua descansa la niebla, y en ella hay por fin cuatro corzos. Me apoyo en la ventana de la habitación oscura y los miro. Luego abro el paquete: dentro hay una carta y un segundo paquetito, pesado y rectangular, envuelto en papeles de periódico del año pasado, del tamaño de una caja de zapatos. Ese paquetito me lo reservo. Me llevo a la cama la carta que me ha escrito Otis.

Querida mía, lo he pensado otra vez. La historia aquella de Singapur, aquella cosa con el mago.

Tú no estabas entonces en las máquinas. En la primera fábrica estuviste en las máquinas, sí, pero en la segunda tenías ese otro trabajo donde acompañabas a la gente por la fábrica: ingenieros, constructores de máquinas, técnicos, estudiantes, trabajadores sociales, sindicalistas, médicos…

Acompañabas a jefes por la fábrica, por eso llevabas ese traje de azafata. Te disfrazaron. Falda y blazer azules, blusa blanca, medias de nailon y los zapatos que compraste en una tienda para bailarines porque eran baratos. Zapatos de tango. Andabas en zapatos de tango por la fábrica y los tacones dejaban rayas en el linóleo; eso era un problema. Ibas a comer al mediodía con esa

gente. Os sentabais entre las mesas de los encargados de turno y las de las trabajadoras, justo en medio. No pertenecías a los unos ni a las otras; también eso era un problema. Llevabas pendientes de perlas. Pintalabios. En aquella época, ya no vivías en ese apartamento de una habitación junto a la gasolinera. Tenías un apartamento de dos habitaciones en la planta principal de un edificio antiguo. Ningún balcón. Un mirador donde arrastraste tu cama. Estabas en el supermercado con ese traje de azafata comprando chicles de canela y agua cuando el señor mayor te dirigió la palabra. Se dirigió a ti porque llevabas ese traje. Era igual que el de su asistenta, si alguna vez tuvo una. Te vio en el supermercado, te esperó fuera y se dirigió a ti. Ya te habías fijado en él dentro. Parecía no estar en sus cabales.

Estoy sentada en la cama con las piernas recogidas, dos almohadas en la espalda y las hojas de la carta. Tiene tres, escritas por los dos lados. He leído la primera y no estoy segura de querer leer el reverso y la tercera hoja.

Me quedo un rato así. Luego doy la vuelta a la hoja.

Cuando no tenías que trabajar, volvías a la cama después de desayunar. Te levantabas, tomabas café, te comías un huevo pasado por agua y una tostada con mantequilla y luego se te caía la cabeza sobre la mesa y tenías que acostarte otra vez. No sabías en absoluto qué hacer con tu tiempo. No lo sabías. No leías, ni paseabas, ni tomabas una cerveza con alguien, no eras capaz de ir a un museo ni al cine, ni de buscarte un segundo trabajo. No hacías nada de eso. A veces llamabas a tu hermano, pero luego no sabías qué decir. Algunos días ibas a la piscina y nadabas media hora. Pero generalmente te volvías a la cama y dormías hasta que fuera se hacía de noche.

Pediste a la gente de la fábrica que te dejaran trabajar más. No podía ser, tenían que darte dos días libres. Así que fuiste al médico. Él te dijo: «Eres joven, estás perdiendo una piel y formando otra nueva, eso cuesta energía». ¿No te acuerdas de eso? ¿Te acuerdas de que llamaste a tu madre? Después del encuentro con el mago. Llamaste a tu madre y le preguntaste qué tenías que hacer. Si tenías que ir a Singapur o no. Si debías dejar tu vivienda, empacar tus cosas y desaparecer o no. Si podías confiar en el

mago o no. Si te preguntas por qué sé todo eso, te lo digo: lo sé porque tú me lo has contado. Me lo has contado todo. Un beso de tu Otis.

Dejo las hojas a un lado, apago la luz y me quedo así. En el techo surgen sombras oscuras de plantas. Tomo aire hasta dilatar el estómago y lo vuelvo a exhalar, oigo a las polillas confundidas que revolotean contra el cristal de la ventana. Me gustaría estar echada al lado de Otis, justamente ahora. Me gustaría decirle: «No me cabe en la cabeza, Otis. Te lo has inventado. Casi nada de lo que dices es verdad».

*

Mi hermano y yo no teníamos llave de nuestra casa. Por entonces, cuando éramos niños, los demás llevaban una llave en un cordón alrededor del cuello, todos menos nosotros. Nunca ha habido nada que yo deseara más que una llave en un cordón alrededor del cuello.

Cuando volvíamos de la escuela, ella estaba en casa, y si no estaba teníamos que esperar a que viniera. No podíamos salir, ir a otra parte y luego volver, teníamos que esperar hasta que viniera. Era como una cita.

Vivimos un tiempo en el segundo piso de un edificio de apartamentos en la ciudad. La escalera era húmeda, los peldaños resbaladizos estaban cubiertos con un linóleo verde agrietado y las paredes, pintadas de colores al aceite. La luz del pasillo era tenue y se apagaba sola al cabo de dos minutos. Nos sentábamos en el rellano de la escalera delante de casa y esperábamos. A veces, cuando mi hermano había terminado antes la escuela, él ya estaba allí cuando yo subía la escalera. Otras veces, yo estaba sentada sola y él llegaba luego. Por entonces se notaba que era mayor que yo, era casi alto. Si me ponía delante de él, se apartaba.

Había días en que debíamos esperar durante horas. Los vecinos y visitantes que iban al tercero o al cuarto piso pasaban a nuestro lado al subir y, cuando bajaban de nuevo, seguíamos allá ante la puerta cerrada. Alguno que otro nos ofrecía ir con él y aguardar en su casa, y teníamos que negarnos. No recuerdo que hablásemos mucho mi hermano y yo; nos sentábamos como si no nos conociéramos, como si el otro no estuviera allá.

A veces, él sacaba un cuaderno, garabateaba algo y lo volvía a cerrar. A veces, yo leía una página de un libro. Pero era demasiado fatigoso levantarse una y otra vez a encender aquella horrible luz del pasillo,

así que nos quedábamos sentados sin más. Nos dormíamos, estoy segura de que nos dormíamos muchas veces con los brazos cruzados sobre las rodillas y la cabeza apoyada encima, o recostados contra la pared o la barandilla de la escalera.

Flotábamos. En este rastreo de un recuerdo mío, flotábamos en el rellano con las altas paredes en el crepúsculo entre las puertas cerradas pintadas de marrón oscuro.

En algún momento llegaba a casa nuestra madre. Conocíamos su paso; entonces nos levantábamos, echábamos al hombro las carteras, nos frotábamos los ojos y sacudíamos las piernas dormidas. A veces no venía hasta la noche. Recuerdo días en que llegaba de noche y días en que la puerta se abría sin más y ella nos indicaba que entrásemos. Un movimiento escueto con la mano derecha. No nos miraba. Había estado allá todo el tiempo. Había sabido que estábamos delante de la puerta y que la esperábamos, y nos había dejado allá sentados hasta que, a su parecer, era el momento. Nunca decía nada. Para nosotros sólo tenía ese movimiento con la mano, a veces con la cabeza.

No sé qué hacía nuestra madre cuando estaba fuera, ni tampoco cuando estaba en casa y no nos dejaba entrar. Nunca se explicó, jamás se disculpó.

Tenía que estar a solas, a causa de su necesidad de un espacio para ella, un tipo de estado en que estuviera sola y pudiera atender sus aficiones. No me puedo imaginar que yo le hubiera contado algo del mago a esa madre, de su cajón, del papel lacado azul, de las estrellas, que yo le hubiera preguntado si podía confiar en él, si debía quedarme o partir.

Se lo pregunto a mi hermano.

—¿Te acuerdas de cuando teníamos que esperar en la escalera hasta que mamá llegara a casa? Nos quedábamos sentados esperándola, no podíamos esperar en otro sitio, debíamos estar ahí cuando ella llegara, y a veces no venía hasta que ya amanecía fuera.

Mi hermano me mira de reojo y levanta sus cejas pobladas; la pregunta le extraña.

—Me acuerdo, sí —carraspea—. También me acuerdo de la escalera de casa. Tú te sentabas un peldaño por encima de mí; en realidad tendría que haber sido al revés.

—¿Por qué?

—Porque soy mayor que tú. En el cristal del tragaluz de la escalera había flores, lirios engastados en plomo. Uno estaba roto, alguien había insertado la tapa de un tarro de mostaza, que encajaba exactamente en el hueco. Eso me llamaba la atención. ¿Por qué lo preguntas?

—Lo pregunto, sin más.

—Pues me acuerdo de todo —dice con indolencia—. Con claridad cristalina, como si no fuera hace cincuenta años, como si hubiera sido ayer mismo.

—No puedo decir lo mismo. —Dudo un momento, luego se lo pregunto

—. Si te acuerdas de todo con claridad cristalina, también te acordarás de que casi me fui a Singapur. Y deberías acordarte del mago de aquel entonces, de cuando yo trabajaba en la fábrica y vivía en ese apartamento junto a la gasolinera.

—Un apartamento como en una película finlandesa —dice mi hermano

—. Te sentabas en el balcón y fumabas como una chica en una película finlandesa.

Tiene razón, así era. Fumaba como mujer de *La chica de la fábrica de cerillas;* era rubia, silenciosa, se sentaba en una habitación en la que había una mesa de billar en el medio y nada más, y el humo de sus cigarrillos se veía plateado por el contraluz. Es conmovedor que mi hermano me compare con ella.

—Yo también estuve a punto de irme a Singapur. Hace tiempo. Con Chris, o Marion, o Stine, o como se llamara esa polaca con el labio leporino, espera, Maria, Agniezka, cielo santo… Creo que era Nan con la que casi me fui a Singapur; era azafata y tenía esa postura de piernas tan sexy, como si llevara un leño apretado entre los muslos. Lo recuerdo y al mismo tiempo lo he olvidado. ¿Qué mago? No recuerdo nada de un mago.

—Levanta el botellín de cerveza y exclama—: ¡Salud, Bea, Tabea, Tanja!

¡Todas mis mujeres desembocan en Nike!

Tenemos esta conversación en casa de Mimi, en su jardín, en torno a

su mesa. De repente los anocheceres son tardíos y dilatados como en pleno verano, llenos de inquietud y desconcierto. Las golondrinas trazan sus círculos descendentes al borde del campo, las últimas amapolas se han marchitado, la colza está abrasada por el sol. Sorprendentemente, nos sentamos juntos en torno a una mesa Mimi, Arild, mi hermano y yo, y Nike, pero ella está abajo, en la orilla, al teléfono. Mimi ha puesto un mantel con el mapamundi estampado, los continentes y los mares, los dos polos, pero

las proporciones están confundidas, América es pequeña, África es el continente más grande, España está donde debiera estar Italia. Con todo, tiene los mares, los desiertos de color ocre y el agua azul. Ella y yo bebemos vino blanco; mi vaso está en un continente abollado neozelandés y el de Mimi, cerca de Nueva York. Arild bebe cerveza y tiene su botellín en la mano, pero no brinda con mi hermano.

—¿Qué hay de ese mago? ¿Por qué Singapur? ¿Y qué pasaba con vuestra madre? ¿Se puede saber de qué rayos estáis hablando? — pregunta Mimi.

Mi hermano ha venido con Nike para que esta le enseñe a Mimi unos dibujos. En realidad, él no quiere tener nada que ver con Mimi. Ella le da miedo, teme que lo agarre y lo derribe encima de la mesa, le meta mano y posiblemente lo devore. Pero es que no puede más de estar sólo con Nike, de las noches en su cocina, del *Skip-Bo* y de la música *country;* tiene que salir de una vez y hacer vida social. Aparte de Mimi y de mí, no tiene muchas opciones.

Arild ha venido para renovar el cebo en la trampa. Es el motivo de su visita, dice. Ni palabra sobre haberla encontrado cerrada y vacía. Ha puesto el cebo fresco, la ha instalado y se ha lavado con extraordinaria meticulosidad las manos en mi baño; después ha dicho:

—Vamos a casa de Mimi. Ya que estoy aquí, también podemos tomarnos unas cervezas, ¿no?

—¿Por qué no?

Nike ha venido porque quería pedirme algo. Pensé que querría que le hablara de mi hermano, pero me ha pedido que le dibuje la raya del ojo. Se la he dibujado en la mesa, al sol crepuscular, bajo la estricta vigilancia de Mimi, la devoción de mi hermano esforzándose en guardar la compostura, y la observación distante de Arild. He tenido a Nike muy cerca de mí, con su cara de seriedad papal y los ojos cerrados, su piel de poros gruesos empolvados, sus pestañas retocadas,

su nariz estrecha y torcida y su olor a pachuli y a gato. Le he pintado una hermosa raya en el izquierdo y una un poco borrosa en el derecho, y hasta que no he terminado no he caído en la

cuenta de que Nike llevaba una raya de ojos perfecta cuando jugamos los tres a su variedad del *Skip-Bo*. He caído en su trampa.

Mi hermano lleva consigo una carpeta de cartón donde guarda los dibujos de Nike. Le ha comprado rotuladores gruesos y finos, cajas de pinturas, blocs de dibujo, pinceles, ceras blandas y duras, gomas de borrar, sacapuntas… ha pensado en todo. Ella llega después del trabajo y, a veces, se implica y pinta un poco, chupa el lápiz y traza un garabato pensativamente en la esquina inferior izquierda del papel. Mi hermano lo guarda todo. Coloca el cuaderno delante de Mimi. Quiere que ella diga algo al respecto.

Esta deja caer su mano firme y regordeta sobre el cuaderno como si fuera el flanco de una vaca.

—Recuerdo bastantes cosas —dice con jovialidad—; algunas las pierdo y sé que las pierdo, y en cambio vuelven a surgir otras completamente distintas. Olores. Luces. Por ejemplo, cómo era la luz a las seis de la mañana en invierno, cuando esperábamos al autobús escolar: un hilo plateado tejido en un lienzo de tinta mojada y negra como la pez. ¿Verdad, Arild?

Mira a su hermano y sonríe. Él, por su parte, se mantiene inexpresivo e inmóvil. Mimi sigue sonriendo pese a todo. Abre la carpeta de cartón y saca los dibujos de Nike. Corazones rotos, soles de tinta, un árbol como un icono, una estrella, un arcoíris, un cuadrado amarillo.

Sostiene una hoja en la que hay un corazón del que crece algo.

—¡Dientes! Si no me equivoco, son dientes. Yo diría que esto es un corazón del que crecen dientes.

Arild se inclina someramente y mira el corazón, pero no dice nada.

Mi hermano y yo intercambiamos una mirada.

—Igual tampoco es un corazón —sigue Mimi—. Quizá es más bien un trasero, un enorme trasero femenino del que brotan dientes o garras. Lo que pretenda significar me resulta incomprensible.

—Sí. Pero es bueno —dice mi hermano.

—No, no lo es —replica Mimi, airada—. Es una imbecilidad. Puedes darle la vuelta y ponerlo del revés, como quieras, da igual, no es nada. No significa nada y no comprendo cómo lo tomas en serio.

—Debo tomarlo en serio. Es mi deber. ¿Cómo podría no hacerlo? Eso sería estar solo en el mundo —dice mi hermano.

—Es que tú te portas como si estuvieras solo en el mundo. Tú actúas como si estuvieras solo como un pedrusco —insiste Mimi.

Saca el corcho de la botella de un tirón violento y se sirve otro vaso de vino. Entrecierra los ojos y mira a mi hermano. No estoy segura de lo que piensa de él, de lo que piensa hoy de haberse interesado una vez por alguien que es como él. Me pregunto si está ofendida o rabiosa. Quizá las dos cosas.

—Actúas como si estuvieras solo en el mundo con Nike. Pero a tu alrededor hay cosas. Suceden cosas. Tienes una responsabilidad.

—¡Cómo! ¿Responsabilidad por qué? —pregunta mi hermano, asombrado y estirando las palabras.

—¡Tío, por qué va a ser! Quizá por todas las cosas. Nos vamos a pique, eso lo sabes. Nos asfixiamos, nos morimos de hambre y sed —dice Mimi poniendo lo ojos en blanco.

—¿De qué hablas ahora? ¿Te refieres a las ballenas? ¿A la basura? ¿A los insectos o algo así? ¿A los mil quinientos cerdos de Arild? —dice mi hermano.

El susodicho no reacciona. Mira a Nike, que está abajo en el jardín, entre la hierba, al borde del agua, plantada sobre sus tacones altos como una garza fantástica. Lleva una especie de *négligé,* un camisón de tirantes de satén violeta. Sus extremidades son blancas, largas y estiradas, sin tatuajes.

Lleva el cabello recogido con una legión de horquillas en una torre que parece hecha de algodón de azúcar lacado en negro. Es un pálido fantasma de verano que habla por teléfono, o simula hacerlo, que se enfada y gesticula con elegancia y grandes aspavientos. Toda su apariencia es exaltada e infantil al mismo tiempo. Difícil decir qué piensa Arild, si la encuentra atractiva, si le parece extraña.

—Puede ser —dice Mimi—. Sí, puede ser que me refiera exactamente a eso. No tiene sentido hablar del tema contigo. Me refiero a todos vosotros, a todos nosotros, yo incluida.

—No tiene sentido en sí mismo hablar de eso —replica mi hermano—.

Tú no tienes nada que decir al respecto. Claro que conozco la relación, ya

sé lo de la basura, las ballenas y los insectos. Guardo los cuadros de Nike porque nos estamos yendo a pique.

—Pues vale, entonces todo está bien —dice Mimi.

Arild bosteza. Se apoya con las dos manos en la mesa, se inclina hacia delante y dice sin mirar a nadie:

—Voy a buscar otra cerveza. ¿Alguien quiere una?

—Yo me tomaría otra —dice mi hermano.

Arild se levanta, se vuelve hacia nosotros en la puerta mosquitera, mira la tierra llana y amarilla y se estira distraídamente. Su camiseta se desliza hacia arriba y me enseña el vientre desnudo, la franja de piel más oscura, el inicio del pubis. Luego desaparece en la casa y apaga la luz para no atraer a las polillas. De la puerta que se cierra emerge un olor a aguarrás tan explícito como si estuviera coloreado; me pregunto cómo afectará a las personas la hormona con la que Arild instala la trampa. Mi hermano me pisa el pie debajo de la mesa. Querría intercambiar miradas conspiratorias, entenderse conmigo sobre esa gente; no puede establecer ninguna conexión entre Arild y yo, entre la visita de Arild en casa de Mimi y yo. No se le ocurriría ni en sueños que ese granjero y yo tengamos algo en común. A veces pienso que no le gustaría que yo tuviera nada en común con nadie en absoluto. Retiro el pie. Arild regresa con dos cervezas y otra botella de vino. Me vuelve loca su manera de andar, con los hombros levantados, las piernas abiertas, la mirada susceptible y obstinada dirigida hacia abajo.

Parece tener una fuerza masiva concentrada en el pecho y los brazos.

Aparte de su camino toda suerte de cosas invisibles.

Se sienta, aparta su silla a una ostensible distancia de nosotros, abre el botellín con los dientes y bebe el primer trago sin brindar con nadie.

—Arild… —dice Mimi mientras remarca las dos sílabas de su hombre con el canto de la mano en la mesa; ella ha sacado el tema y por lo visto no piensa permitir que decaiga tan pronto—, tus mil quinientos cerdos… ¿Qué imaginas para ellos?

—Cerdos en un prado verde —dice él.

—Ah, bueno, ¿tienes un plan para hacerlo?

—En absoluto. Tú me has preguntado qué imagino, ¿es que he entendido mal? Lo uno no tiene que ver con lo otro.

—Así se habla. Eso es exactamente lo que quiero decir —interviene mi hermano.

Pero Arild niega con la cabeza y dice con frialdad:

—No quiero más que pasar un buen rato, eso es todo, y el resto aquí no me preocupa.

Cuando anochece, Mimi cuelga farolillos en el seto y pone dentro velas y las enciende. No se mueve el viento y el seto se llena de lunas anaranjadas.

Mi hermano llama a Nike:

—¡Ven aquí arriba con nosotros!

Ella sube y trae consigo lo que ha arrancado mientras hablaba por teléfono, hierba de pantano, aquilea y cardos, un ramo silvestre. Deja caer el ramo al césped junto al asiento de Mimi, se alisa el camisón, se recompone el cabello, ignora el encendedor que le ofrece mi hermano, se inclina sobre el farolillo y retrocede cuando la llama se dispara hacia arriba con la cabeza gacha como un pájaro. El cielo tiende sobre los campos una franja brillante de rojo coral que se vuelve negra. En la oscuridad, los avispones zumban contra los farolillos, en la lejanía se oyen las cosechadoras, un ruido que inquieta e irrita a Arild. ¿Qué necesitamos y a qué podemos renunciar? Pienso que somos satélites, orbitamos en torno a nuestros soles, cada cual alrededor del suyo. Mi sol es Ann. Otis y Ann.

—Os voy a enseñar mi captura. La tengo en el cobertizo —dice Mimi.

Nos levantamos y vamos juntos allí. No es demasiado espacioso, así que Mimi ha clavado fuera clavos para colgar objetos: rastrillos, horcas, carretes, ruedas, tijeras de podar… El cobertizo tiene algo de fabuloso y por la noche tiene algo de refugio para tótems. Mi hermano se queda pegado detrás de mí. Sé que no le interesa el trabajo de Mimi. Es una desconsideración preguntarle su opinión sobre los dibujos de Nike y no considerar para nada su trabajo. No sé cómo hacérselo entender, supongo que es una causa perdida.

Mimi ha cerrado el cobertizo como si su captura estuviese viva. Como si se le pudiera escapar. La llave cuelga de un clavo junto a la puerta, es enorme, como de atrezo teatral. La levanta, nos la enseña, abre, enciende la luz y se hace a un lado.

Ha puesto el lienzo en una silla y despejado todo el espacio. La luz de lámpara que cuelga del techo es débil, demasiado crepuscular para ver algo con claridad. La marea ha presionado un pequeño cuerpo contra el lienzo.

Lo ha raspado algo que parece un cuerpo pequeño, cuatro extremidades cortas y una cabeza estrecha. No es más que una silueta, un contorno, podría ser cualquier cosa.

—Sólo es una sombra —dice Mimi.

Mi hermano abre mucho los ojos y dice:

—¿Una sombra de qué?

No entiende nada. No sabe nada de la técnica de Mimi.

—Claramente, un cocodrilo —dice Nike—. En fin, si me lo preguntáis, se trata de una cría de cocodrilo. Un caso claro.

—¡Menos mal! —dice Arild con alivio—. Ya empezaba a pensar que era un cerdo.

—No es un cerdo ni una cría de cocodrilo —dice Mimi mientras me da un empujón.

Yo me encojo de hombros.

Ella chasquea la lengua y sacude la cabeza.

—Quizá se te ocurra si lo piensas.

A eso de la medianoche, Mimi saca de casa la radio, la pone en la mesa y sintoniza el servicio meteorológico marítimo. Ya no queda cerveza y Arild y mi hermano beben vino blanco como si fuera agua; Nike no bebe nada.

Escuchamos la voz del locutor, su estilo soñoliento y relajante, una canción de cuna náutica, como si los mares del mundo fueran de papel, reductibles, inventados:

«Borrasca 1103 en las islas Aland, moviéndose lentamente hacia el

sudeste, vaguada 1010 sur del Báltico hacia sudeste, anticiclón 1021

Inglaterra, pocos cambios, cuña anticiclónica 1018 debilitándose hacia las Shetlands. Vaguada de Islandia 1015 Hébridas tendiendo lentamente hacia el sudeste. Dogger, vientos flojos. Fischer rolando al oeste, estrecho de Skagerrak un metro, estrechos de Belt y Sund disminuyendo de norte a noroeste de tres a cuatro». Nike se quita los zapatos de tacón alto, hunde la

cabeza en el regazo de mi hermano y hace una imitación adormilada del locutor:

—Norte, nordeeeste, eeeste, norte.

Arild me pone la mano en la rodilla. No estoy en disposición de poner la mía en la suya, así que la retira y queda un breve calor húmedo. Ann me ha enviado esta mañana sus coordenadas; estuve dudando, pero luego las comprobé: ahora ella es un punto minúsculo en un mar azul oscuro y se ha puesto en camino.

—Cuando oigo el servicio meteorológico marítimo, me da una nostalgia que pierdo la cabeza —dice Mimi.

Al principio de agosto, paso en varias ocasiones por los campos que Arild ya ha segado y ahora está labrando. Dejo la bicicleta junto a la zanja y camino campo a través por la tierra de labor hacia él, que se detiene, espera a que llegue y abre la portezuela del tractor como si fuera la de una carroza.

Subo adentro y me siento en el transportín —he traído dos cervezas de La Cáscara—, es estrecho y hace un calor abrasador. Apoyo los pies en el asiento, abro las cervezas y le doy una a Arild. El arado se afana a través de la tierra reseca y detrás de nosotros se alza una nube humeante que oscurece el sol. Ninguna gaviota; sobre el dique una fila de ovejas con destino dudoso. El ruido del motor es demasiado alto para hablar. Tampoco hay nada que quiera contarle a Arild, y todavía menos algo por lo que me gustaría preguntarle. Huele a sudor, su camiseta azul está gris de polvo, tiene la cara sucia y le cuelgan pajas del pelo. La piel de su cuero cabelludo es más clara que la de la nuca y los brazos bronceados, parece sensible y delicada. Podría apoyarme en él, me gustaría hacerlo y me dejo ir. Algún anochecer pasa Onno con el coche. Va a lo largo del campo hasta la zanja y vuelve, se detiene, dirige los faros al campo, se baja y mira cómo trazamos los surcos. Lo saludamos los dos, y él nos saluda a su vez; parece aprobar que esté sentada con Arild en el tractor. Su figura en el camino lateral, una

silueta que se recorta ante los campos cosechados. La carretera, un río; Onno, un barquero.

—¡Es su tierra! —grita Arild por encima del ruido del motor—. Todo es suyo. Yo la labro, pero es su tierra, y de sus padres, así ha sido siempre.

Suelo dar tres vueltas con él, rara vez más. Cuando nos hemos bebido la cerveza, se detiene y me bajo.

—Buenas noches —digo—. No sigas mucho rato.

—Bueno. Ya veremos —contesta.

Nunca dice que me quede, y yo tampoco le pregunto nunca si puedo quedarme. Empujo mi bicicleta de nuevo por la carretera, le doy la mano a Onno y me voy.

*

La luna crece, se llena, vuelve a menguar y desaparece. Es el cumpleaños de Amke. A Mimi le gustaría que yo también acudiera, le parece que tengo que relacionarme.

Le digo que he pasado todo el verano entre gente, pero Mimi replica:

—El verano se acaba, luego viene el otoño y después el invierno. La Cáscara cierra. Las cosas cambian. ¿Quieres quedarte o quieres irte?

En lugar de responder, le muestro mis manos vacías y separo los dedos.

—Bueno, ya se verá. Como quiera que sea… —suspira Mimi—, si te quedas, estarás más sola que nunca. Más sola de lo que te imaginas.

Dependeremos la una de la otra.

Me pone las manos en los hombros y me sacude suavemente.

—¡Verás qué silencio! El silencio hace humildes a unas personas y trastorna a otras. Será difícil. Créeme.

—Mimi, te creo. Ya pasé aquí el primer invierno.

Amke cumple ochenta y dos años. Lo celebra en casa. Mimi y Arild han intentado disuadirla; ellos dos querían celebrarlo en la posada,

alquilar un reservado, encargar comida y despachar el asunto. Pero la mujer se ha salido con la suya. Ha dicho que es su cumpleaños, así que puede hacer lo que le dé la gana.

La fiesta comienza a las once de la mañana. Viene una multitud de invitados: el párroco, gente del concejo municipal y de salvamento

marítimo, granjeros… Hay té y pasteles de mantequilla rellenos; al mediodía, sopa; por la tarde, té y licores; y por la noche, cerveza, pan negro y cangrejos; nadie sabe de dónde los ha sacado Amke.

—Ven cuando quieras —dice Mimi—. Ven como invitada. En todo caso, no vengas a fregar los vasos.

Trabajo hasta última hora de la tarde y luego dejo a mi hermano solo en el bar. Mimi tiene razón. El verano ha pasado, el cambio de luna ha traído el frío, hay muchos menos clientes en el lugar, vienen otros que esperan, pasan, miran sin decidirse, consultan y finalmente se van; gente que está media hora en el muelle con el motor en marcha, contempla La Cáscara, levanta el pie del freno y sigue conduciendo. Esa gente vuelve loco a mi hermano. Sólo vendemos una cuarta parte del pastel. Muchas veces no tenemos nada que hacer. Él tiene mucho tiempo para sus monólogos invariables sobre Nike y yo lo evito. Me siento con mi libro en una de las mesas junto a la ventana. Fuera van sacando algunas embarcaciones del agua, las ponen en remolques y se las llevan. Mi hermano se sienta delante de mí y yo levanto el libro y lo mantengo delante de la cara.

— *Once tipos de soledad* —dice mi hermano.

—Richard Yates, sí —digo—. Pronto serán las cuatro. Me iré entonces.

—Puede ser que, a las cuatro y media, haya aquí veinte clientes.

Sabe como yo que tal cosa no sucederá.

—Probablemente debiéramos cerrar —dice.

—Sí, probablemente.

—¿A dónde vas?

—A casa de Amke y Onno.

Mi hermano levanta las cejas y frunce los labios.

Dejo el libro, me levanto, me suelto el delantal y me arreglo el cabello

ante el espejo sobre los vasos. Me siento como una niña por ir al cumpleaños de la madre de Mimi. Mi hermano se saca el teléfono del bolsillo del pantalón, lo conecta y lo apaga. Ningún mensaje para él.

—Esa gente es engreída.

—Tú también.

—Sí, pero quizá me vaya. Puede ser que emprenda un viaje a través del mundo con Nike.

—¿Habéis estado alguna vez en la playa? ¿Has ido por ahí a comer algo con ella? ¿Al cine? Empieza con eso.

Él se me queda mirando y no dice nada. Sin afeitar, con las mejillas hundidas…; está acabado.

—Es demasiado tarde para los viajes a través del mundo —le digo.

—¿Tú crees?

Hay muchos coches aparcados ante la casa de Amke. También está el de Arild. Dejo mi bicicleta junto al garaje. Mimi está esperando junto a la puerta abierta. Lleva un vestido azul ciruela que le llega a la rodilla, con una banda en torno a la cintura y un collar grueso de ámbar cuyas piedras doradas reposan sobre su pecho como joyas de una duquesa; aplaude y me llama desde lejos.

—¡Entra! Me alegro de que estés aquí.

Amke se ha hecho una trenza ceremonial que le rodea la cabeza. Hoy sus ojos están todavía más entrecerrados que los de Arild, toda su actitud es escrutadora y distante. Ha preparado un sitio para mí en la mesa, junto a su hijo, y ha puesto una tarjetita donde ha escrito nuestros nombres, en torno a los cuales hay flores de cerezo pintadas.

—Las flores las ha hecho Amke —dice Mimi—. Yo no tengo nada que ver.

Arild se hace a un lado y se incorpora de manera insinuante. Si este orden en la mesa le gusta, lo oculta bien. Lleva un traje negro con el que parece un novio apuesto, pero le da vergüenza y acaba por avergonzarme a mí también. Onno se sienta frente a nosotros. Es mucho más amigable que Arild, incluso comunicativo, en comparación. Una persona pacífica. Tiene un audífono en la oreja izquierda y continuamente le da vueltas al dial.

Sospecho que lo apaga cuando todo es demasiado para él.

Me tiende su mano grande y cálida por encima de la mesa.

—La amiga de Mimi también ha venido de visita, ¡qué bien!

—Es que eso no sucedía antes —explica Arild—. Eso de la amiga de Mimi es inusual, en nuestra familia a nadie le va bien del todo con las

amistades.

Onno sonríe dando su aprobación, como si eso mismo fuera lo que él iba a decir. Como si Arild tuviera razón. Sirve un vaso de licor para mí y otro para él, levanta el suyo y nos guiña el ojo. Sé, porque me lo ha dicho Mimi, que Onno solía recogerlos de la discoteca a ella y a Arild cuando eran jóvenes, todos los viernes y sábados a las dos y media de la madrugada. Me ha contado que alguien le daba un codazo y le decía que su padre estaba allá, y ella miraba alrededor y Onno estaba al borde de la pista de baile, un poco encorvado, con las manos en los bolsillos de su limpio mono de trabajo y sonriendo. Los llevaba a casa y decía que había valido la pena.

Entonces se metía inmediatamente en la cama y dos horas después se volvía a levantar para dar de comer a los cerdos.

—No tienes que beberte el licor —dice Arild.

—Lo sé.

—¿Tienes hambre?

—Sí.

Me llena el plato de cangrejos y acerca la mantequilla a mi sitio, la cesta del pan, la pimienta y la sal.

—Gracias. Disculpa. Estoy un poco cansada.

—Yo también —dice—. No tienes que disculparte. Has estado trabajando.

—Tú también.

—Sí, aún no he acabado. La verdad es que tendría que volver.

Pero no parece que vaya a volver enseguida.

Llaman de continuo a la puerta. La gente viene y va. Las mujeres de la tertulia del té, las del coro, las familias de los granjeros con las que Amke y Onno han celebrado toda su vida la fiesta de la cosecha, la de la trilla, el Año Nuevo, Pascua y Pentecostés. Amke da instrucciones constantemente a Mimi y a Arild; ambos tienen mucho que hacer. No es difícil ver de quién ha heredado Mimi su resolución pragmática y Arild su terquedad no menos pragmática. Amke quiere que su hija acompañe a las tías abuelas a sus coches, que Arild suba licor y cerveza de la bodega, que Mimi recoja la mesa y la vuelva a poner, que quite los pasteles y ponga la tarta de limón, que está decorada con naranjas sanguinas y nata; la fruta brilla con

intensidad irreal sobre el fondo blanco. Quiere que Mimi friegue a mano la vajilla usada porque en el lavavajillas se desprende el borde dorado, y contra eso no hay remedio.

—Te lo he dicho. Estate sentada. Míralo todo y quédate donde estás —

dice mi amiga. —Me señala las naranjas sanguinas—. Casi obsceno, ¿no te parece?

Se para junto a mi silla, se apoya un momento en mi respaldo y luego vuelve a partir, dejando atrás su calor y su olor a algodón, almidón y colada secada al viento.

Me quedo sentada, como Onno; nos sonreímos. Pone las manos en la mesa, a izquierda y derecha de su plato, se inclina y dice:

—Escucha, este año ha llovido menos que nunca en toda mi vida.

—Pero un poco sí que ha llovido.

—Una nadería. En realidad no ha llovido nada de nada. ¿Tú sabes cuando la lluvia hace agujeritos en la arena? ¿Cómo huele un campo cuando ha llovido? —pregunta Onno.

—Yo sé cómo huelen las calles en la ciudad cuando ha llovido. A asfalto, a polvo, a flores de tilo… —digo.

Onno niega con la cabeza.

—He cultivado muchos campos bajo la lluvia. Y, sin embargo, ya no sé cómo era exactamente ese olor, lo he perdido. Lo reconocería en el acto, pero lo he perdido. —Aparta su vaso de licor muy lejos de sí y dice enseguida—: He oído que has puesto la trampa para martas en tu casa.

—Arild la ha puesto, sí.

—Arild la ha puesto, pero él no es trampero. Tiene una trampa, pero no es lo mismo. ¿Te ha dicho que la marta vuelve si no se lleva lo bastante lejos?

—No ha dicho que haya que llevarla lejos. Dijo que la va a masacrar.

—¿Eso dijo?

No podemos menos que reírnos de una manera extraña, como conspiradores. Onno toma de nuevo su vaso, lo levanta, entrecierra un ojo y mira dentro.

—O sea, aún no ha entrado en la trampa.

—No, aún no ha entrado.

—Igual está entrando en este momento.

Ambos escuchamos atentamente como si oyéramos que se cierra de golpe la trampa, bajo el techo del cobertizo, en mi jardín silencioso, a cuatro kilómetros de distancia.

—Hace poco, cayó un tordo en la trampa. Y al principio, un gato gordo.

—Así es —dice Onno—. Rara vez atrapas lo que quieres. De vez en cuando coger algo totalmente distinto. Entonces tienes que ver qué haces con ello.

—También creo que la marta se ha ido. Ya no está en casa. Hace semanas que no hace ruido por la noche, todo ha quedado en calma.

Onno me observa, pensativo, y luego se levanta y dice:

—Bueno, creo que debo echarme. Sólo un cuarto de hora. Una cabezada y vuelvo enseguida. Discúlpame.

Cojo una cerveza de la cesta que Arild ha dejado en las escaleras del sótano y me siento en el sofá. La casa de los padres de Mimi es cálida y luminosa, llena de dibujos y colores, todo está en su sitio. Hay una estufa de azulejos blancos con un banco de madera cubierto de gruesos cojines bordados. En las ventanas cuelgan bolas de cristal donde se reflejan el dique y el cielo.

Cortinas de color marfil. Encima de la mesa del comedor cuelga uno

de los cuadros de Mimi, en gran formato de tres por dos metros, pintado al óleo.

Una mujer desnuda y voluptuosa que nada en el mar; en la profundidad, debajo de ella, restos de naves y ciudades hundidas. El agua es verde botella. La nadadora sostiene en el aire un vaso de vino tinto y un pez le muerde el pie izquierdo; el cuerpo de la mujer es anguloso, con los senos sostenidos por el agua y la vulva cerrada pero evidente. Es sorprendente que sus padres cuelguen semejante obra encima de su mesa del comedor. Amke va y viene entre las habitaciones, pasa junto a ese cuadro y vuelve; la pintura le pertenece y a la vez destaca por sí misma. Ella se dedica a sus invitados; el pasillo abovedado que va al comedor está lleno de voces y movimientos, y tiene para cada uno un tiempo exactamente medido.

Reconozco al hostelero para el que trabaja Nike, a la mujer de la taquilla de la playa, al capitán del puerto; los tres me miran con frialdad y curiosidad, y yo hago como si no me diera cuenta. Miro por la ventana: Arild está

fumando junto a la red bajo la que las gallinas escarban en el polvo. Se pone la mano en la nuca, pisa el cigarrillo con el talón, levanta la colilla y se da la vuelta porque siente mi mirada.

—¿Quieres venir, por favor? Mi padre no se encuentra bien —dice Mimi.

Me señala detrás de ella una habitación estrecha junto al pasillo. Onno está echado en un diván. Parece totalmente normal.

—¿Cómo va ese entumecimiento, papá? ¿Y el mareo? —pregunta, inclinándose sobre él.

—Tengo el brazo izquierdo entumecido —dice Onno amablemente—. O

lo recorren mil hormigas. Algo parecido. Cuando me levanto, me mareo.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo te suena eso? —me pregunta Mimi.

—No suena nada bien.

—Mi madre dirá que lo hace adrede. —Se ciñe enérgicamente la banda y se pone las manos en las caderas—. Es igual. Quédate aquí. Ahora vuelvo.

Me siento en el borde del diván; Onno me hace un asentimiento cortés, como si la situación fuera natural, y yo le correspondo. Hay relojes en la pared, sobre la mesa y junto a la ventana. Su tictac, a diferencia de en casa de mi hermano, es preciso y tranquilizador. Hay uno para la bajamar y la pleamar; yo no sabía que existiera.

—Reloj de mareas —dice Onno.

El agua está subiendo, dentro de dos horas alcanzará el nivel más alto y luego bajará de nuevo. El reloj es una preciosidad.

—¿Estás bien por ahora? —le pregunto.

—Sí. Hasta el momento, bien.

Amke se niega a entrar en la estrecha habitación y a hablar con Onno. Es que, como supone Mimi, cree que él lo hace adrede, que lo hace para aguarle la fiesta, ser el centro de atención de forma pasiva; así lo ha hecho durante toda su vida, nunca fue de otro modo. No quiere hablar con él y de ninguna manera quiere una ambulancia delante de casa en su cumpleaños.

—Voy a llevar a Onno al hospital. Y Amke que diga lo que quiera —

decide Arild.

El padre no parece tener nada que objetar, se diría que le agrada la perspectiva de que su hijo lo lleve al hospital el día del cumpleaños de su mujer. Se sienta, endereza la espalda, levanta las manos y aprieta con la derecha la base del pulgar de la izquierda.

—El lado izquierdo está dormido. En realidad, todo ese lado.

Mimi se arrodilla en el suelo ante su padre y lo ayuda a ponerse los zapatos con el calzador.

—Papá, no hagas tonterías —le dice.

Entretanto, Arild se ha quitado la chaqueta y puesto su zamarra de granjero. Está en la puerta y espera a que Mimi haya atado los zapatos de Onno con lazo doble.

—Ven tú también —me dice.

—¿Yo?

—Estaría bien que vinieras.

—Eso creo yo también —dice Onno.

Mimi se levanta y le crujen las rodillas. Inclina la cabeza hacia atrás, mira los relojes de Onno y las fotos que él ha colgado en la pared, de sus antepasados, de su familia. Suspira hondo. Quizá no se lo había imaginado así, es demasiado para ella. Da un tirón a su collar y las piedras de ámbar entrechocan.

—Bueno…, puedes recoger mañana tu bicicleta. La pongo a cubierto.

Marchad… —dice.

Ponemos a Onno en medio y caminamos despacio con él hacia el coche de Arild. Toda la fiesta de cumpleaños nos sigue con la mirada, no de manera ostentosa, pero sí clara y a la vez silenciosa; está claro que nadie entiende por qué voy con ellos. Qué se supone que significa eso.

Abro a Onno la puerta junto al conductor, espero a que se siente, lo ayudo a ponerse el cinturón y cierro con cuidado.

—En el asiento trasero hay jeringas para los cerdos, no para que te sientes encima —dice Arild.

—¡Ay, Dios!

Aparto las jeringas, las cánulas y las ampollas y luego me subo. Salimos de la granja sin mirar atrás.

Sobre los campos negros se cierne un sol a baja altura. Los tractores están parados junto a las zanjas, las bolas de heno son siluetas contra el cielo vespertino. Los molinos de viento giran lenta y pesadamente. Arild carraspea.

—Bueno… ¿De quién es ese campo? ¿Qué crecía antes aquí, papá?

Se nota mucho que tiene miedo, que le pregunta a Onno para deducir si lo entiende, si se aclara consigo mismo y su pronunciación. El hospital está a veinte kilómetros, quizá hubiera sido más prudente llamar a una ambulancia.

—Ése era el campo de Enno —dice Onno tranquilamente—. Lino y cebada. Lo encuentro descuidado. Podría estar mejor atendido. — Señala los gansos que se han posado en los surcos. Se vuelve a medias hacia mí y dice

—: Gansos egipcios, demasiados. Demasiado de lo uno y demasiado poco de lo otro. Así es…

Arild me observa por el retrovisor, busca mi mirada en el espejo. Cuando la tiene, se aferra a ella. Mimi diría que como si fuera algo sólido, algo que te puedes meter en el bolsillo. Y luego diría: «¿Y bien? ¿Qué te parece eso?».

En el hospital, ingresan a Onno en la unidad de accidentes cerebrovasculares y formulan con precaución que lo van a tener ingresado sólo una noche, por control y por seguridad.

El médico indio es muy joven. Trata al hombre poco menos que con ternura, con miramiento y gran respeto a su edad; qué belleza su piel morena y pecosa, su osamenta sólida, sus ojos de nácar, su simpatía. Cree que Onno está agotado del cumpleaños, que sólo es cansancio, nada más.

—No se preocupen ustedes —dice—, está muy bien que lo hayan traído, que lo cuiden el hijo y la nuera. La familia es lo más importante.

Arild no lo corrige y yo tampoco, y Onno aún menos. Está muy ocupado con las indicaciones de las enfermeras y el médico; se toca la nariz, sigue sus movimientos con los ojos, se pone sobre una pierna… y todo lo hace bien; ya no se marea y ya no tiene dormido el lado izquierdo.

—Tengo hambre —dice.

La enfermera trae una bandeja con té de menta, pan, queso fundido y mantequilla. Onno levanta la mano en la que tiene una cánula.

—¿Podrías prepararme el pan, por favor? —me pregunta.

Unto el pan de mantequilla, le pongo azúcar en el té y le sitúo la bandeja delante, y él sonríe suavemente y da las gracias. Arild está apoyado en la pared. Nos observa con los brazos cruzados sobre el pecho, como la noche en que lo vi por primera vez ante la puerta mosquitera de su cocina; no sonríe en absoluto.

Nos quedamos con Onno hasta que se bebe el té y termina su merienda.

Arild llama a Mimi y le dice que todo está bien, pero que él se queda una noche y no regresará a casa hasta mañana.

Onno escucha atentamente la conversación y dice:

—Muchos saludos. Di a Mimi que salude a todos de mi parte. —Señala con la cabeza a su hijo y me dice—: Los dientes de Arild no son los mejores. Malos genes. Demasiados pesticidas y productos para los cerdos.

Tiene un problema con la dentadura, tenéis que cuidar eso.

—Papá, de verdad… —dice Arild.

—Pero ella tiene que saberlo. Alguien se lo tiene que decir. Si tú no se lo dices, se lo tengo que decir yo —insiste Onno.

Se saca el audífono de la oreja, se echa boca arriba y cruza las manos sobre el estómago; da la impresión de estar en paz consigo mismo. En los árboles, delante de la ventana, se reúnen las grajillas; estiran las alas brillantes, guardan el equilibrio y caen sus plumas a través del atardecer.

Arild se inclina sobre su padre y le toca en el hombro. Nos marchamos.

Vamos de vuelta al pueblo, pero con la sensación de dirigirnos a otro sitio.

Arild toma el camino a lo largo del dique; las ovejas pintadas con la luz de los faros relucen en la oscuridad por su simpleza blanca, desnuda y resaltada de paz universal. Un relámpago pálido oscila en el horizonte, el cielo es plomizo y plateado; vamos en silencio por la cresta del mundo.

Arild está fumando. Le quito el cigarrillo de la mano, tomo una calada y se lo devuelvo.

—¿Tienes la casa vacía? —pregunta por fin.

—Sí.

—Quiero decir si hay alguna visita, si hay alguien allá.

—No, no hay nadie.

—Quisiera ir contigo.

—Bien.

Durante un rato, no decimos nada.

Me palpita el corazón.

—¿Pero tú puedes dejar de atender a los cerdos? ¿A los mil cerdos?

—Es que a veces las cosas van bien durante tanto tiempo que nadie se entera si cambias de rumbo. Son novecientos siete. Y sí, puedo dejarlos solos una noche. Los cerdos tienen otro sentido del tiempo. Ninguno, probablemente.

*

Dos semanas más tarde, vuelvo a ver al médico indio, a primera hora de la tarde en el pasillo, ante las cámaras frigoríficas de patología. Se acuerda de mí.

—¿Cómo está su suegro?

—Mi suegro está bien; era la excitación de la fiesta, la multitud de visitas, la tensión…

Él asiente y sonríe.

—Es fuerte, llegará a los cien años, desborda energía. Está hecho un roble.

—Este hospital no parece tener mucho personal, ¿verdad? —le digo.

—No demasiado, así es. La comarca está apartada, los inviernos son largos y oscuros… Poca gente quiere trabajar aquí.

—¿Está usted muy lejos de su casa? ¿De dónde es?

—Soy de Calcuta.

Estamos en pie juntos, respiramos, lo oigo tragar, percibo el crepitar de los tubos de neón en el techo, alas de insectos haciendo fricción, y el rumor del agua en las tuberías encima de nosotros, el canto de mi sangre.

—¿Está usted preparada?

—Lo estoy.

Empuja la gran puerta, enciende la luz y entra delante de mí en la

sala; yo voy detrás lo más pegada posible a él, que camina a lo largo de la fila izquierda de compartimentos, murmura números y toca compartimentos individuales. Por fin se para; no espera más: extrae uno y dobla hacia un lado la sábana sobre la figura en la camilla.

Nike yace de espaldas, con los brazos extendidos y las palmas de las manos vueltas hacia arriba, abiertas y suaves. Sus brazos están ilesos, salvo unos cardenales morados en las muñecas, posiblemente causados por grilletes o cuerdas. Las uñas de los dedos están rotas. Las lesiones externas en su cuerpo proceden de la parte inferior del vehículo con que alguien le pasó por encima; tiene desgarrado el estómago y el pecho y las costillas rotas. Con toda probabilidad, ya no estaba viva. La muerte tuvo lugar por asfixia. Según la autopsia, fue entre las siete y las nueve de la noche. Mi hermano la encontró en la calle ante los remolques; llevaba allá al menos dos horas muerta, y las nutrias escaparon cuando mi hermano bajó del coche. La cara sin maquillar, estrecha, pálida y bella, con los ojos cerrados, las pestañas luminosas y tupidas, la boca sumida sin dientes, un rostro renacentista. El cabello liso y extrañamente mojado en torno a su cabeza le cae sobre los hombros desnudos, retiene partículas minúsculas, quizá cristales rotos, diminutos espejos relucientes. Fósforo, un resplandor marino.

—¿Es ella? —pregunta el médico indio.

—Sí, es ella —respondo.

Arriba, en la oficina del hospital, un funcionario de la policía está sentado junto a la ventana, al lado del radiador. Se levanta cuando entramos y me tiende cortésmente la mano. El médico indio conecta la cafetera, pone dos vasos en la mesa, me señala su silla y nos deja solos. El agente es de mi edad; está cansado y le gustaría estar ahora mismo en otra parte, igual que yo. Miramos los dos la cafetera, esperamos a que se filtre el café, me ofrece uno, pone cara de preguntar si quiero leche y azúcar y rehúso las dos cosas.

—Yo tampoco —dice—. Siempre me bebo el café solo.

Mi hermano encontró a Nike; él llamó a la policía y a la ambulancia.

Nike no llevaba consigo ningún papel, nada, no había parientes, nadie a quien avisar. Sólo estaba mi hermano, que juró que esa persona destrozada en el asfalto era Nike y que él no había sido quien la había atropellado.

Ninguna huella en su coche de un suceso semejante. Ninguna coartada para él en las horas entre las siete y las nueve. Nadie que estuviera

dispuesto a identificar a Nike por añadidura. El dueño de El Ancla no se sentía capaz; los parroquianos tampoco.

—La gente de los remolques no ha oído nada. La chica fue atropellada allí delante y no han visto ni oído nada —dice el policía.

—No conozco a la gente de los remolques.

—Pero usted conocía a la joven.

—Apenas.

—¿Qué hacía en los remolques?

Me enderezo y restriego las palmas de las manos en los pantalones, y luego el dorso también.

—Supongo que jugaba a las cartas, ¿no? ¿Qué cree usted?

—Jugaba a las cartas… —repite reflexiva y amablemente, y mientras piensa clava la mirada con tal fijeza en un punto de la pared detrás de mí que tengo que reprimir el impulso de darme la vuelta—. Usted tendrá sin duda una coartada.

—Estuve trabajando en el bar de mi hermano hasta las diez de la noche.

Luego cerré y me fui casa.

—¿Testigos?

—Hasta las nueve y media, unos cuantos. Clientes y gente sentada en la barra. Después de las nueve y media, ninguno.

—Entiendo.

Bosteza, sonríe un poco y desliza hacia delante y atrás en la mesa el estetoscopio del médico, sus bolígrafos, su ratón del ordenador, como si le maravillasen los objetos con los que pasan sus días algunas personas. Mira con atención descarada la foto que está junto al ordenador: el médico indio en su círculo familiar, ante un paisaje que claramente no es el que se ve fuera por la ventana.

—Usted no fue, eso lo tengo claro.

—Lo tiene usted claro.

—Cautelarmente. Aún tendré que ocuparme un tiempo de su hermano.

De alguna otra persona más, su vecina, por ejemplo, pero en particular de su hermano. Daba la casualidad de que no estaba en el establecimiento mientras usted trabajaba ni en su puesto de jefe junto a la cafetera entre las siete y las nueve.

Respiro hondo.

—No. No estaba.

Él asiente.

—¿Quién era Nike?

—Una amiga de mi hermano. Una camarera. Estaba bien, era una persona como usted y como yo.

Me dejan irme. Le doy la mano al médico indio y, por un instante, nos quedamos así; su mano está seca, es extremadamente reconfortante notar su pulgar delgado sobre mi pulso. Tiene una imagen de mí, de mi familia, mi marido y mi suegro; piensa que pertenezco a una estirpe, a un género, que mi vida ha dejado huellas que los demás recordarán, aunque yo misma ya no pueda. Yo tengo una imagen de él, de su familia, de su estirpe. Podría volver y corregir la imagen que él tiene de mí. Él suelta primero la mano y salgo del hospital; las puertas se cierran detrás de mí.

Fuera, en el aparcamiento, Mimi y mi hermano están en el coche de ella.

He echado de menos la lluvia todo este año, pero en ningún momento tan claramente como en éste: una lluvia torrencial que lo lavara y arrastrara todo, que lo hiciera desaparecer; lluvia de un poema, lluvia como una misericordia, y las caras de Mimi y de mi hermano estarían difuminadas y borrosas, protegidas por el agua. Pero no llueve, y los veo a los dos, su palidez, su desconcierto; mi hermano fuma y echa el humo por la ventana abierta; me miran, mal dormidos y agotados, y saben con certeza que no tengo nada nuevo que decirles.

Subo tras ellos y cierro la puerta. Veo al funcionario de policía arriba en la ventana, mirándonos directamente a nosotros.

Mimi se vuelve hacia mí y dice:

—¿Era ella?

—Claro que era ella. ¿Quién iba a ser si no? —contesto, incomprensiva.

Mi hermano se vuelve hacia mí, tira la colilla por la ventana y rompe en llanto; un sollozo imparable le sacude el cuerpo y lo sujeta implacablemente con sus garras; se deja caer en el asiento y se acurruca. Mimi arranca el motor, acelera y pasamos junto a la barrera, que se abre sin resistencia. De vuelta a la calle.

Vamos a la casa de mi hermano. Mimi se detiene en el camino de entrada, tira del freno de mano y nos bajamos. El atardecer es fresco, por primera vez otoñal; todos los colores se han apagado. Sube un olor de las rosas de Oklahoma que es terroso, distinto del aroma de junio, una fragancia llena de algo que se ha agravado con el tiempo. Me doy cuenta de que hace mucho que dejé de podar los rosales; están asilvestrados, desaliñados y cubiertos de maleza, como un seto de *La bella durmiente,* y sé que no los podaré más en esta vida, que tendrá que cuidarlos otra persona; quizá lo haga Mimi.

Ella va delante con una cesta, ha comprado algo; le quita a mi hermano la llave de la mano, abre la puerta, enciende la luz, cuelga su chaqueta en el armario de fin de siglo, pone la cesta en la mesa de la cocina y saca las cosas.

Ha comprado un pollo, verdura, patatas y pan blanco.

Mi hermano y yo nos sentamos a la mesa. No nos quitamos la chaqueta.

Nos quedamos mirando a Mimi lavarse las manos en el fregadero como un cirujano: palmas, superficies exteriores, muñecas, dedos, puntas y vuelta a empezar. Cómo limpia, pule y corta en trozos la verdura; cómo pica perejil, cebolla, ajo y guindillas rojas relucientes. Pone una cazuela de agua al fuego, le echa un montón de sal, enjuaga el pollo y busca un cuchillo afilado en los cajones del armario entre raspadores, servilleteros y cajas de cerillas; encuentra por fin uno y corta el pollo por la mitad, parte las articulaciones, recoge los órganos en un platillo y espera a que el agua hierva. Hunde los muslos en la cazuela con apios, zanahorias y patatas. Sus movimientos son de un garbo particular, quizá indiferencia. Está cocinando una sopa primigenia. Una sopa del principio de todas las cosas. Se inclina sobre la cazuela y revuelve el contenido con una cuchara de palo como si fuera una tinaja de hacer la colada.

—Todos nosotros necesitamos ahora algo caliente. Un buen plato de sopa de pollo caliente y vigorizante.

No estoy segura de si necesito algo caliente. No tengo frío. Tampoco calor, pero en realidad quisiera irme.

—¿La has atropellado? —pregunto a mi hermano.

Él me mira como si nunca nos hubiéramos conocido, como si una extraña se sentara en su mesa. Tiene las ojeras de color malva, los labios secos y blancos, le hormiguea espuma en la comisura de la boca.

—No habíamos discutido. Ella había avisado de su cese en el empleo para el final de mes y yo pensaba cerrar La Cáscara; íbamos a hacer el viaje. Había dicho que vendría conmigo. La llevé a los remolques, como siempre, dijo que podría alargarse, que me llamaría para que fuera a recogerla. No llamó. Tengo…

Mi hermano se corta, no puede seguir hablando, le tiembla la voz, toda la cabeza.

—Voy a freír primero el hígado —dice Mimi—. El corazón también. Si no os coméis las asaduras, me las comeré yo.

Mi hermano me agarra del brazo, me aprieta la piel y tira de mí hacia él; me hace daño.

—Vine a casa. Estuve aquí —dice.

Me suelta y señala en derredor: el estante sobre la mesa del que ya no cuelga ninguna taza, la estufa, el aparador de la cocina, las horquillas de Nike en la repisa de la ventana, su encendedor de gato, su tubo de crema Miel Doré, su máscara de pestañas Xlash, su bloc de camarera, sus caramelos de frambuesa…

—Esperé y no llamó. Y, en cierto momento, me pareció raro, la llamé y no contestó, así que me puse en marcha. Fui a los remolques y la vi tendida en la carretera. No la atropellé, pero poco faltó. Apareció allá sin más, a la luz de los faros; pensé que lo había soñado. No había nadie. Todos los remolques estaban a oscuras. ¿Puedes decirme qué vamos a hacer, cómo seguir?

Nike y su manera de decir: «Mientes en cuanto abres la boca». Nike y su manera de bailar en el rincón de la estufa; ¿por qué justamente en ese rincón, frente a las telarañas polvorientas de la esquina y los

azulejos

azules? ¿Dónde está su sudadera de Charles Manson? ¿Dónde está su teléfono móvil? ¿Dónde, me pregunto, están la baraja de *Skip-Bo* y la armónica? ¿Dónde sus tiernos huesecillos quebradizos? ¿Dónde su obstinación y su malicia?

—¿Quién se ocupa del entierro de alguien así? —pregunta Mimi.

—¿Qué significa eso de «alguien así»? —dice mi hermano.

—Alguien sin familia —dice aquella, despreocupada—. Sin dinero y sin familia. ¿Quién lo hace? ¿Quién decide el entierro, los rituales?

—Yo me ocupo —dice mi hermano—. Yo lo haré.

—Fuego o tierra —dice Mimi—. O mar. Bueno, igual mar mejor no.

Me levanto y les digo:

—Tengo que irme, me vais a disculpar.

Y ellos dos no se oponen, no tiran de mí, no me piden que me quede con ellos. Están sentados a la mesa, y de la sopera se elevan vapores y un olor a grasa, hojas de laurel y hierro caliente. Sus caras quedan ensombrecidas y taciturnas a la luz de la lámpara que cuelga sobre la mesa. La de Mimi se ve ensimismada, caída fuera del tiempo, sin edad, seria y plana como un disco.

Creo que la quiero y ella lo sabe. Levanto la mano y me voy. Atravieso el pueblo dormido y vuelvo a casa por el camino sinuoso a lo largo del río. La llave está debajo de las caracolas junto a la puerta; ya no sé cuándo empecé a dejarla ahí en vez de llevarla conmigo, pero hace ya un tiempo, y tengo la sensación de que dentro de poco no cerraré más esta casa y de que al final dejaré la puerta abierta. La cocina está silenciosa y vacía. Pongo el paquete de Otis encima de la mesa, me quito la chaqueta, lleno un vaso de agua del grifo y enciendo mis últimas tres velas. Me gustaría guardar el paquete y que se quedara así, y me gustaría esperar un rato más, pero algo ha pasado y desaparecido, y me bebo el vaso de agua, y otro más, y luego me siento y rasgo el papel de regalo marrón y suave.

Una caja de zapatos. Otis ha escrito en la tapa: «Amor mío, estoy tratando de deshacerme del archivo, porque el mundo se deshace; hay cosas que puedes usar y que usaremos para no perdernos de vista».

Y la abro. Me ha enviado un receptor de radio universal, Salut 001, fabricado en la URSS, que parece aproximadamente de mi edad. Ha

pensado en las pilas; el dial brilla, ha marcado 4625kHz con rotulador. Saco la antena y giro cuidadosamente el botón para sintonizar frecuencias de izquierda a derecha. Música de laúdes, címbalos y sonajeros. Oigo ladridos de perros, el trémolo de una risa de mujer, voces suaves, nostálgicas, cansadas. Ruido de generadores, quizá un regateo en un mercado, una trompeta de Chet Baker y un tren que se aleja. En la 4625kHz, un susurro, ruido de cordajes, algo que restalla al viento. Una vela, posiblemente, y quizá la voz de Ann desde muy lejos, su voz alegre, la de los buenos días, la oigo; de hecho, está cantando una canción de cuna. Y puede que yo esté soñando y todo sea un sueño, también Nike, con sus pómulos marcados, su juego de cartas y su actitud defensiva; he soñado con Ann y Otis, y estoy soñando con agua, con mi infancia, conmigo misma.

En aquella época, en la fábrica de cigarrillos, después del trabajo tenías que pasar por un semáforo. Era un generador de números aleatorios; si estaba verde, podías seguir; si estaba rojo, salía el portero de su cabina y te registraba. Te llevaba aparte, cogía tu bolso y esparcía el contenido sobre su mesa. Lo revolvía todo, miraba en tu chaqueta y palpaba el forro. No podía tocar a la trabajadora, pero era evidente que lo hubiera hecho a gusto. Si encontraba cigarrillos, los llevaba al encargado de turno y la empleada recibía la comunicación de despido. Quien robaba cigarrillos iba a la calle en el acto. Era la norma.

Yo los robaba a diario. Robaba exactamente tantos como fumaba al día, una cajetilla, y no los robaba de uno en uno, sino en cartones. Cuando salía de la nave, cogía un cartón de la cinta continua, lo escondía en el bolsillo de mi bata azul y, una vez en la cabina de vestuario, lo pasaba al bolso de mano. Esperaba que el semáforo se pusiera rojo al pasar, lo deseaba.

Reducía el paso y daba vueltas en torno a él hasta que el portero levantaba la vista de su sudoku emborronado, dejaba la taza de café y preguntaba si pasaba algo. El semáforo estaba verde y así seguía. Siempre eran las demás las que tenían que enseñar su bolso; en todas aquellas semanas y meses, nunca me detuvo el semáforo rojo.

En la cantina, había platos con carne y uno sin ella, ensalada en tarrinas de aluminio con aliño francés y batido de chocolate en tetrabrik que jamás

bebí. Los zapatos de las trabajadoras rechinaban sobre el linóleo. En el ventanal había plantas que alguien cuidaba; las regaba, podaba y trasplantaba y barría las hojas secas.

Hibiscos de color amarillo nenúfar y rosa suave.

La acústica era peculiar: el rumor de la gente en la fila de reparto de comida, una charla cortés sin sentido para salvar esos pequeños pasos hacia delante y lo incómodo de toda la situación. Ponte en fila con un plato y espera a que alguien te lo llene de comida. Las mujeres de la cocina rara vez te miraban. Estaban ensimismadas, contemplativas o abstraídas, no daban la impresión de querer enterarse de nada, sencillamente hacían lo que se les pedía, aquello para lo cual se las requería: «La soja junto a la pasta, por favor», «No demasiadas patatas», «Sin guisantes, si puede ser»… Había bandejas grises y servilletas de papel minúsculas y birriosas; a veces los cubiertos estaban doblados porque alguien había tenido un arrebato de ira durante la comida. En la gran sala, la luz caía radiante y clara, casi deslumbrante; tenía algo burlón. Delante de la ventana estaba el aparcamiento y detrás había jardines, bungalós unifamiliares y los primeros edificios altos de la ciudad.

Recuerdo con nitidez que, en esa cantina, durante la comida de mediodía, de un día para otro, dejé de poder tragar. Ya no sé si fue en la cantina de la fábrica, en la que estuve en la cinta transportadora, o en la segunda nave, en la que tenía que acompañar a los jefes y comer con ellos a mediodía. Da igual. Estaba sentada a la mesa y comenzaba a comer; la comida estaba bien, ni buena ni mala; no pensaba en eso mientras pinchaba con el tenedor, me lo llevaba a la boca y masticaba, pero quería tragar y ya no podía hacerlo. No funcionaba. Era imposible. Había olvidado cómo se hacía, ya no sabía cómo usar el músculo de tragar, cómo deglutir lo que tenía en la boca, ya no podía. Sabía que, si lo intentaba, el músculo fallaría, la comida se me quedaría atascada en la garganta y me ahogaría. A veces me las arreglaba para sobrevivir a ese trago decisivo. Me agarraba fuerte debajo de la mesa a las patas de la silla, hacía un esfuerzo supremo y tragaba, y funcionaba, pero luego ya no podía comer más, estaba segura de que no sería capaz de repetirlo. A veces no lo conseguía, entonces tenía que

levantarme, ir al baño, escupir, volver a la mesa, quitar el plato lleno y decir: «Todo bien, gracias». Era terrible.

En aquella época tenía afición al chicle de canela. Sólo los había en paquetes grandes; cuando empezaba uno, no podía detenerme, tenía

que metérmelos todos, y se me hacía la boca agua. El momento en que el gusto a canela salía del chicle era breve, pero totalmente irresistible.

Otis tiene razón, solía ir a la piscina de vez en cuando. Al principio del verano y del otoño; en pleno verano estaba demasiado llena para mí.

Nadaba sin contar los largos durante una media hora. Tenía una estera de paja, un cesto, crema solar, una botella de agua y un libro. Me acostaba al sol boca abajo y me dormía. Una tarde, una tormenta que estalló abruptamente barrió la ciudad y trajo aguaceros y relámpagos tremendos; la gente salió del baño a toda prisa, y yo me puse el vestido y corrí a las cabinas de vestuario a esperar a que pasara la tormenta; me encantaban las tormentas. Había cabinas grandes para hombres y para mujeres, y otras pequeñas donde cambiarse a solas; pasé por delante de todas y en la última había un hombre que me había llamado la atención porque saltaba del trampolín todo el rato. Se subía, se lanzaba con elegancia de cabeza al agua, hacía un largo (a veces dos), salía de la piscina, se subía al trampolín y volvía a saltar. Parecía americano. Era alto, rubio, musculoso y atractivo de una manera antinatural, había algo extremadamente frío en él. Estaba parado y desnudo en la puerta abierta de esa cabina de vestuario. Fui donde él con todo lo que tenía, mi cesta, mi estera y las sandalias en la mano, y me dejó entrar; cerró la puerta detrás de mí y echó el pestillo. Me desnudé yo misma. La lluvia repiqueteaba como loca en el techo de cristal traslúcido, que parecía cubierto de leche.

Había también más hombres.

Conocí a Otis en el cine, en invierno, en la sesión de tarde de una película que he olvidado, un día en que había estado nevando desde primera hora de la mañana. Era uno de esos cines antiguos donde siempre estabas sola en la sesión de tarde y probablemente también en la de noche. Me gustaba ir sola al cine. Compré una entrada a la mujer que abría la sala, cortaba las entradas y fregaba el cine; era la responsable de todo. Fui al baño antes de

que empezara la película y al lado estaba la puerta del patio. Allí había un hombre y un perro. El patio era crepuscular; la nieve, blanca, y el perro y el hombre, negros. Él tenía en la mano una rama y el animal tenía en la boca el otro extremo de la rama. Los dos luchaban por ella. El perro la soltó, el hombre la levantó y aquel saltó. El perro era un lobo.

En aquella película caían casas a cámara lenta. Bloques de viviendas

grises en las que la bola de demolición se estrellaba contra las paredes y las casas se derrumbaban y caían. Nubes de polvo sobre montañas de escombro. Ceniza.

Cuando salí del cine, era de noche, y el hombre estaba sentado en el vestíbulo, esperándome; el lobo había desaparecido. Las calles seguían llenas de nieve y la ciudad a nuestro lado era un enjambre de abejas que se apartaba de nosotros, se elevaba y nos dejaba libres.

Me pregunto por qué no tuve miedo cuando conocí al mago y su mujer. Por qué fui con ellos como una sonámbula. Todo lo que hoy se me ocurre al respecto y que en el aquel momento no se me ocurrió. Mujeres esclavizadas, atormentadas, privadas de libertad y maltratadas, las palabras de Mimi, mujeres que se encierran en cajones, se meten debajo de la cama, se sacan si es necesario y vuelven a encerrarse en cajones. ¿Por qué no pensé entonces en todo eso? O sí que lo hice, pero no me preocupó. El mago me abrió su puerta y entré en su casa. Bebí su té helado, me metí en su cajón, lo cerró y lo volvió a abrir, y su mujer nos miraba entretanto. Debí de querer que me partiera en dos mitades, pero él renunció a hacerlo. Me dejé llevar por la vida; quizá eso es lo que hace Ann. Tan lejos en el borde del continente, allá donde las cosas se aceleran. Sus coordenadas se alejan, entra en un masa de agua aproximada que ya no está señalada en los mapas, como si el mundo fuera una esfera que se rompe y se derrama formando un universo.

Mimi me enseñó en qué había estado trabajando por las noches. Me dejó ver la escultura. Ni sirena ni ondina. Una mujer sentada, desnuda, con las rodillas recogidas hacia el pecho, las manos enlazadas en torno a los

tobillos, el mentón sobre las rodillas, el cabello sujeto con un moño de nudo marinero, los párpados cerrados.

—Cuando la tenga verdaderamente acabada, te la mandaré. Pero aún falta mucho. Necesito un poco más de tiempo… Se parece a ti, ¿no lo ves así? Ésta eres tú a mis ojos.

—Una vez —le digo a Arild—, conocí a una mujer que podría haber viajado en un crucero a Singapur como ayudante de un mago, como la doncella a la que asierran en el cajón, ¿conoces ese truco?

Ya sé que Arild encuentra difíciles las historias largas. El lenguaje parece confundir sus instintos, le dificulta la comprensión inmediata, el hallazgo. Además, le falta paciencia, no tiene calma para los relatos

largos.

Quizá es que sencillamente no tiene ganas, pero sí buen ojo para lo esencial, puede ir al grano.

—Sí. Ese truco lo conoce todo el mundo, ¿no?

Él nunca diría: «¿Por qué me preguntas eso?». O bien: «¿De dónde has sacado eso?». No se le ocurre que puedas tener una intención; no le cabe en la cabeza que, con una historia, te traigas algún propósito.

—Ella también conocía el truco —le digo—. Lo ensayó con el mago, no en el barco, sino en tierra firme, en una casa y con su mujer. Ensayaron para ver si podían trabajar juntos, si la cosa funcionaría, y funcionó. Pero la mujer decidió que no lo harían. Así que ella no viajó con ellos a Singapur.

—Podría haber salido mal —dice Arild—. En aquella casa. Nunca sabes con qué tipo de psicópatas te vas a encontrar, a qué es capaz de llegar la gente.

—Sí, podría haber salido mal. Pero no fue así. Al menos no de la forma clásica.

Callamos los dos, nos quedamos sumidos en nuestros pensamientos.

Estamos acostados desnudos, yo echada boca abajo con el brazo cálido de Arild descansando sobre mi espalda. Desde que lo acompañé al hospital con su padre, viene más veces a verme por la noche, y después de la muerte de Nike, más a menudo aún. Se queda a dormir en mi casa; dice que le gusta lo vacía que está, sorprendentemente percibe ese vacío como acogedor, es lo que dice. No comenta nada del cerrojo en mi dormitorio y todavía no ha

encontrado el espray pimienta, la pistola ni el cuchillo debajo de la cama.

Me gusta cuando pasa la noche conmigo. Es hermoso dormir y no estar sola, no tener que estar en vela, oyendo los ruidos nocturnos, esperando algo. Cuando Arild duerme conmigo, el animal, si es que aún está en casa, permanece escondido, y yo caigo en el sueño como una piedra que se hunde en un pozo; me lleva consigo y me deposita en el fondo.

—Esa mujer me ha contado que, no obstante el paso de los años, aún tenía la sensación de haber perdido algo en aquel cajón. Sentía que

una parte de ella seguía allá dentro, una parte esencial que se puede nombrar.

—El alma —dice Arild.

—Sí y no.

—Supongo que era joven.

—Bastante. Veinteañera.

—Cuando yo era joven —dice él—, vino una vez a casa el veterinario.

Era cuando Onno y Amke ya se habían ido, cuando me hice cargo de la granja. Se habían llevado todo consigo y sólo dejaron la mesa de la cocina, una silla y la televisión.

Se da la vuelta y la cama se mueve; su cuerpo es pesado. Se pone sobre mí, mete su mano entre mis piernas, las separa empujando con la rodilla y me penetra con los dedos, un requerimiento, me prepara de nuevo.

Respira tranquilamente en mi oído.

Entrar y salir.

—Pues vino el veterinario a ver los cerdos —dice— y yo estaba como paralizado. No era capaz de hablar con él, abrirle la cuadra y acompañarlo a verlos. Tampoco hacía falta, sabía lo que tenía que hacer y lo hizo solo.

Cuando terminó, entró en casa dando la vuelta por la cocina. Se paró junto a la puerta de la sala de estar, donde yo estaba sentado en la única silla ante la televisión, y dijo que todo estaba bien. Y luego cruzó el umbral, me puso la mano en el hombro y me dijo: «Tú tienes tus planes».

Arild se apoya en el codo, me hace volver la cara hacia él y me tira suavemente del cabello. Está oscuro, en realidad no nos reconocemos.

—Yo no tenía ningún plan —dice en voz baja—. No había decidido nada y él lo sabía. Era muy amable por su parte expresarse así, y no olvido cómo

me puso la mano en el hombro. En todo caso, yo tampoco habría ido a Singapur. Y tampoco me iría hoy a ningún sitio. Me quedo aquí.

—Sí, ya lo sé —le digo.

Esa noche me despierta el ruido de la trampa cerrándose. De manera excepcional, estoy despierta un momento antes y oigo que se cierra y queda encajada. El animal, que esta vez ha entrado en la trampa, no se defiende, sino que se queda inmediatamente quieto y comienza a esperar, recogido en sí mismo, fuera de mi tiempo. Arild duerme profundamente, con la respiración tranquila y largas pausas. Estoy pensando en pedirle por la mañana que mire la trampa antes de irse, pero su móvil suena a las cuatro y media, y yo estoy en pleno sueño, demasiado cansada para hablar. Él va tanteando por el pasillo al baño, orina copiosamente, se lava la cara, se viste y se marcha, y yo me vuelvo a dormir. Cuando me despierto del todo, son las ocho y es de día, así que me levanto.

Hago té y me lo llevo al jardín. Una niebla otoñal descansa sobre el campo; no sale humo de las chimeneas; los gansos egipcios están posados en los surcos, grises y blancos, como nieve a punto de derretirse. El sol se ve vidrioso sobre el dique. Me llevo el té detrás de la casa, bajo el techo del cobertizo. En la profundidad, el agua está quieta, de color estaño, un nuevo elemento desconocido. Los caballos en la otra orilla están juntos, los oigo resoplar y golpear los cascos contra la tierra dura. La trampa está en la esquina, con sus dos escotillas cerradas; dentro no se mueve nada, absolutamente nada, está en silencio.

Acerco una silla y me siento.

Tomo el té y tiro al suelo el último sorbo. Luego me agacho, respiro y abro la trampa.

Gracias a

Mark A. Augustat,

por tantas cosas.

Document Outline

- Cubierta
- En casa
- Créditos